BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 44

JOSE E. RODO

ARIEL
LIBERALISMO Y JACOBINISMO

MONTEVIDEO
1964

ARIEL

BIBLIOTECA NACIONAL

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 44

JOSÉ E. RODÓ

ARIEL y LIBERALISMO Y JACOBINISMO

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

JOSE E. RODO

ARIEL
LIBERALISMO
Y JACOBINISMO

Prólogo de

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ

MONTEVIDEO
1964

BIBLIOTECA NACIONAL

PROLOGO

ARIEL

I

José Enrique Rodó no nació en 1872 y así lo hizo saber el excelente crítico "Lauxar", ni falleció en setiembre de 1917, como dice Alberto Zum Felde en su *Proceso Intelectual del Uruguay*. Un norteamericano, Guillermo Berrien, precisó, incontestablemente, las fechas de nacimiento y de muerte de Rodó. Nació en Montevideo el 15 de julio de 1871 y murió, a las 10 y 15 del 1º de mayo de 1917, en Palermo (Italia), dos meses y medio antes de cumplir 46 años. Resulta curioso que, por bastante tiempo, el día del fallecimiento se refiriese al 2 de mayo y no al 1º. Tal era esta persistencia que, por repetidas veces, nos creímos obligados a señalar públicamente el error en que se incurría. Al fin obtuvimos esta explicación: el hecho se fundamentaba en que el aniversario de la muerte coincidía con el Día de los Trabajadores: no aparecían diarios para recordar al Maestro y, por falta de medios de locomoción — debido al paro habitual — era poco menos que imposible reunir un grupo de admiradores en torno a las cenizas de Rodó, depositadas en el Panteón Nacional...

Para conocer la biografía de Rodó hay que recurrir, por ahora, al estudio encomiable, más amistoso que veraz, que le consagró Víctor Pérez Petit, al admirable ensayo que le dedicó Osvaldo Crispo Acosta

("Lauxar") y al minucioso prólogo que escribió Emir Rodríguez Monegal para la edición de *Obras Completas*. En la profusa bibliografía que, año tras año, surge en torno a la vida y a la obra del Maestro, hay elementos —contradictorios o complementarios— más que suficientes para facilitar la obra del futuro biógrafo.

Rodó no fue "niño mimado de casa rica", como sostuvo un día Hugo D. Barbagelata; ni fue un dipsómano como algunos han afirmado desaprensivamente; ni se apartó del medio por insensibilidad democrática o por indiferencia o incomprensión ante los problemas sociales; ni actuó en el campo político por despecho; ni pasó por el Parlamento como uno de tantos; ni se alejó del país con la amargura de un resentido; ni hizo acopio avaricioso de bienes que nunca tuvo en abundancia... Rodó no puede ser juzgado, ni calificado con sujeción a tales premisas negativas. Fue, sencillamente, un hombre de su ambiente y de su tiempo, a quien, según la manida fórmula de Terencio, nada de lo humano le fue indiferente. Vivió la infancia y la adolescencia propias de los que proceden de hogares de mediano pasar. Tuvo una juventud exenta de bullanguerías callejeras. Cuando la vida, en la máxima plenitud de sus posibilidades le ofrecía, sin duda, la ocasión para la soñada victoria final, murió, en soledad extranjera, sin haber tenido tiempo para completar su experiencia europea y darnos el fruto maduro de su pensamiento. Pero, lo que ha quedado de su morosa actividad literario-filosófica, édito e inédito, es lo suficientemente importante como para salvar su nombre del olvido.

No estructuró un sistema filosófico, ni arquitecturó una doctrina literaria, ni formuló una teoría histórí-

ca de esos que permitirían inmovilizarlo en determinado casillero. Fue, substancialmente, un hombre de letras. Preconizó determinadas normas conciliables con la libertad en el pensar y en el sentir, cuyos problemas expuso y analizó con reiterada frecuencia.

Acaso la mejor calidad de su labor consista en habernos dicho bien — con exacta verdad y con limpia belleza en un estilo ciertamente barroco — lo que ya otros, en distintas épocas y en diversos tiempos, habían expresado no de mejor manera. Clemente Pereda, al estudiar, con perspicacia, estas fuentes ético-filosóficas, ha dicho que el mérito de las páginas de Rodó reside en una especie de renovación de las cosas viejas, o sea, que sus páginas tienen valor, "no por expresar cosas nuevas, sino por decirlas mejor". Se trataría, pues, no de una *creación*, sino de una re-creación. Ni más, ni menos, lo del vino viejo en odre nuevo. Pero, esto necesita ciertos esclarecimientos, porque no es tan simple, ni tan categóricamente incontrovertible y aceptable.

II

Echaremos una rápida mirada sobre la infancia y la adolescencia de José Enrique.

A los cinco años conoce las primeras letras y aprende a leer en los libros antiguos de la biblioteca de su padre, don José Rodó y Janer, catalán de rancia estirpe y de blasón nobiliario.

Tiene nueve años cuando ingresa a la Escuela "Elbio Fernández", en cuyos archivos, en 1883, se hace figurar al niño Rodó "Por su buena conducta como también por su aplicación". En este período infantil, comienza Rodó su actividad periodística: manuscribe

una publicación escolar "El Plata" que, al año siguiente, se transforma en "Lo cierto y nada más", título que sorprende por lo categórico de lo que promete. Más adelante, este periódico se convierte en "Libertad". Por conciliación explicable, se transforma esta rúbrica en "La coalición" y, cuando el niño tiene once años, ya está como periodista escolar redactando una revista quincenal que titula "Los primeros albores". ¡Cinco periódicos — de efímera existencia, sin duda alguna — antes de cumplir doce años y durante el primer trienio de la vida escolar!

La adolescencia rodiana se abre ante un incierto porvenir. Fallecido su padre, que era el único sostén de la casa, el hogar familiar se resiente en lo económico y el adolescente, por medio de modestísima ocupación remunerada, conquista una pequeña ayuda pecuniaria para los suyos. Simultáneamente, aprovechando ratos libres, inicia los estudios secundarios del viejo bachillerato universitario. Pero, estudiante demasiado exigente ya para consigo y excesivamente nervioso, por consciente responsabilidad, para soportar el proceso psicológico de las pruebas de competencia, va espaciando los exámenes hasta que, al fin, decide poner término a sus estudios disciplinados. Su adolescencia termina así, preanunciándole una juventud difícil.

Abandonados los cursos universitarios, comienza su paciente labor autodidacta y amanece con ella, el escritor, todo ello estimulado por un hambre insaciable de lecturas que Rodó realiza en la biblioteca paterna, en la del Ateneo de Montevideo y en la batalladora prensa rioplatense de la época. En los anaqueles de la biblioteca hogareña encuentra un periódico, "El Iniciador", que le atrae sobremanera y lo tienta como un nuevo camino. En su lectura nutre sus me-

jores entusiasmos y empluma sus primeras ilusiones juveniles. Cabe señalar, para ir mostrando su esquema bio-tipológico, que, no bien comienza a recorrer con inusitado afán el universo de los libros, reduce al mínimo, el mundo de sus amigos. Se aisla para reconcentrarse y reflexionar sobre lo leído, sin llegar a ser un misántropo. Sabe seleccionar con jerarquía el núcleo de sus amigos. Teme la conversación trivial, esa que, según observa, suele ser "ocio sin dignidad casi siempre", y busca en el leer fecundo, la palabra viva y vitalizadora de los escritores que desea tener más cerca de su corazón. Así, después de haber abrevado su romanticismo en la dulzura de Lamartine y en el desborde verbal de Víctor Hugo, comienza a leer con progresivo entusiasmo a Guyau, a Spencer y a Renán, a Taine y a Tocqueville, a Carlyle y a Emerson, a Menéndez Pelayo y a "Clarín", a Ribot y a Paulham, a Montaigne y a Saint Víctor, y a los clásicos españoles y franceses, sobre todo. El copioso eclecticismo de sus lecturas no alcanza a desorientarlo. Basta recorrer los libros de su biblioteca, que se conservan en el Museo Histórico Nacional, y aun los de la biblioteca del Ateneo que frecuentó, para comprobar de qué manera acotaba y documentaba sus lecturas y cómo se informaba de cuanto le interesaba para sus ulteriores investigaciones literarias.

III

No se comprenderá bien a Rodó, ni podrá valorarse con ecuanimidad, la significación de su obra, si no se la sitúa en el medio en que se llevó a cabo.

Suele decirse, sin conocimiento de la realidad uruguaya, que Rodó nada le debe a su ambiente y que su

labor es algo así como un hongo solitario de inexplicable presencia en el Montevideo finisecular. Y no ocurre esto, solamente con Rodó. A don Miguel de Unamuno llegó a intrigarle —según se lo escribió a Alberto Nin Frías— "cómo ha podido producirse y cómo puede vivir en un ambiente de frivolidad como es aquél — (se refería a Montevideo) — un hombre como Vaz Ferreira..."

Hay que decirlo sin reticencias: tales opiniones están desmentidas por los hechos y son absurdas por arbitrarias e indocumentadas. El Montevideo de fines del siglo XIX corresponde a un ámbito cultural difícilmente superado en América. Nos referimos a este período histórico al prologar, para la BIBLIOTECA DE CLASICOS URUGUAYOS, una colección de artículos periodísticos de Daniel Muñoz, cuyo pseudónimo literario "Sansón Carrasco" dice a las claras su ascendencia cervantina, suma de gracejo hispano y de picardía criolla. En el período que va desde el "año terrible", nuestro 1875, hasta la publicación de ARIEL, en 1900, transcurren la infancia, la adolescencia y la juventud de Rodó. Coincide dicho tiempo con la presencia activa de los más preclaros hombres de acción político-social y de pensamiento que ha tenido el Uruguay. Es suficiente recordar que, durante estos veinticinco años, se comprueba la existencia de un frenesí tanto en lo social como en lo político, en lo ideológico como en lo literario. La generación llamada "civilista" alcanza cumbres de heroísmo en el quinquenio que va desde 1881 a 1886, documentado en los "Anales del Ateneo" de Montevideo. El periodismo es cátedra y púlpito, ágora y academia. Es época de luchas cívicas ardorosas y de pasiones político-religiosas desbordadas. Don Juan Zorrilla de San Martín retorna de

Chile, y en 1878, levanta la tribuna católica de "El Bien Público", un diario que se enfrenta a "La Razón", otro diario fundado unos meses antes por Daniel Muñoz, "sin otro programa que combatir al catolicismo y demás religiones positivas". Los católicos fundan, como si levantaran un baluarte, el "Club Católico", el mismo "año terrible" en que se derrumba el "civilismo" principista y se instaura el "militarismo" motinero y cuartelero. José Pedro Varela, sin claudicaciones, desafiando acusaciones de tremenda injusticia por lo incomprensivas, desenvuelve, bajo la dictadura militar, su reforma escolar de que hoy, todavía, estamos orgullosos, emulando a Horacio Mann y a Domingo Faustino Sarmiento. Los racionalistas del Ateneo, atacan a Latorre, denigran a Varela y, de acuerdo con sus principios liberales, defienden la enseñanza laica. La prensa diaria es una ardorosa fragua. Los que escriben son hombres de acción, tanto como hombres de letras. Están en las primeras líneas del combate diario con la plenitud de su arrogancia batalladora: Juan Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo Díaz, José Batlle y Ordóñez, Juan Carlos Blanco, Julio Herrera y Obes, Francisco Bauzá, Mariano Soler, Prudencio Vázquez y Vega, los hermanos Ramírez, Luis Melián Lafinur, Angel Floro Costa, y vienen ya en tropel juvenil a ocupar puestos de avanzada: Carlos Roxlo, Antonio Bachini, Manuel Bernárdez, Julio Piquet, Samuel Blixen, Joaquín de Salterain, Pablo de María, Carlos Reyles... En el novecientos tendrán cumplidos sus veinticinco años, María Eugenia Vaz Ferreira, Julio Herrera y Reissig, Florencio Sánchez —nacidos los tres en 1875—, y estarán a su lado Alvaro Armando Vasseur, Roberto de las Carreras, Horacio Quiroga, Ernesto Herrera...

Hay una generosidad espléndida en casi todos estos hombres para dar la vida por una idea, con arrogante desprendimiento y juvenil temeridad. Lo denodado de tal actitud está explicado por esta afirmación certera de Rodó: "Ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad o selección, una patente de egoísmo".

IV

Ya vimos cómo Rodó, desde la infancia, sintió y cumplió esta especie de determinismo telúrico. No puede extrañar, pues, que al llegar a los veinticuatro años, en un ambiente hecho a la acción del pensamiento, concretase el propósito de publicar un periódico donde exteriorizar las insobornables inquietudes de su espíritu. La empresa reclamaba un singular esfuerzo porque la idea que la inspiraba era trascendente. El país estaba agitado políticamente por convulsiones revolucionarias. Había terminado el militarismo despótico y llevaba buen camino la era del civilismo que deseaba ser democrático. El país estaba rehaciéndose todavía y prosperaban las triquiñuelas politiqueras, las influencias directrices, los partidismos personalistas y excluyentes... La paz pública veía ennegrecer el horizonte con dificultades de orden económico-financiero. En estas circunstancias y, ambiciosamente, José Enrique Rodó, Víctor Pérez Petit, Daniel y Carlos Martínez Vigil y otros muchachos veinteañeros, vuelven la mirada hacia la honda entraña del idioma nativo. No era nueva la intención, ni llevaba a otros la delantera. Coincidía con el auge de los almanaques literarios y de las crestomatías de prosa y de verso.

En nuestro Uruguay, Benjamín Fernández y Medina, en 1894, había coleccionado para su *Antología Uruguaya,* trozos históricos y literarios de los mejores escritores uruguayos. Orestes Araújo en un primoroso tomito acababa de mostrar *Nuestro país* en una acertada compilación de "cuadros descriptivos del Uruguay". El grupo acaudillado por Rodó se proponía ir más lejos: pretendía fundar una Academia, rectora del idioma; pero, decidió limitar su ambición y publicar un periódico literario quincenal. Fue éste la "Revista nacional de literatura y ciencias sociales", que apareció el 5 de marzo de 1895 y dio su postrer número 60, el 25 de noviembre de 1897.

El análisis de esta publicación fue realizado con sabiduría por el doctor José Pedro Segundo en el "prólogo" al tomo I de las *Obras Completas de Rodó,* y exhaustivamente, por el joven investigador José Enrique Etcheverry. Los citados estudios prueban que la propaganda y la fe preconizadas por la "Revista nacional", cifraban "su aspiración más alta en tener por patria la América" y podían resumirse en la divisa literaria "Por la unidad intelectual y moral de Hispanoamérica", que Rodó le comunica, en 1896, al argentino Manuel Ugarte.

En carta de 1897, dirigida al poeta Salvador Rueda, reitera Rodó que la misión de la "Revista nacional" es la de "contribuir a la unidad espiritual de la gran patria a que españoles y americanos pertenecemos".

Ya desaparecida la revista, Rodó le escribe, en 1898 a Baldomero Sanín Cano, y recuerda: "Esa idea de unidad intelectual americana fue una de las inspiraciones que nos estimularon".

Rodó insistirá, todavía en 1905, en su concepto favorable a la unidad política y moral del continente,

asegurando que "patria es, para los hispanoamericanos, la América española". Y en 1910, refirmará este pensamiento, manifestando: "podemos llamarnos "iberoamericanos"... y aún podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a los nativos del Brasil".

Es, como se advierte, el sueño bolivariano de la "magna patria" a cuya realización consagrará Rodó, su existencia y su pluma. Es, insiste en ello, "la idea de la América concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria". Esta prédica importará — y así en 1909, se lo confiesa a Alberto Nin Frías —, "la acción, la esperanza y el amor a la vida" porque cree — cada día con mayor seguridad profética — "que tal es el rumbo por donde en América haremos obra realmente americana, obra de porvenir".

Mientras la "Revista Nacional" se va publicando, en el ámbito uruguayo, la pasión política absorbe todo y triunfa. Estalla la llamada revolución del 97 que convulsiona al país y termina trágicamente con el asesinato del presidente Idiarte Borda. La tarea literaria del grupo rodiano se convierte en "un esfuerzo casi heroico". En coincidencia con la preocupación por el logro de la paz pública, deja de aparecer la "Revista nacional de literatura y ciencias sociales". Contemporáneamente, ingresa Rodó al profesorado de Literatura en la Universidad. Ocupa la vacante producida por el retiro del doctor Samuel Blixen. Es, en cierto modo interesante recordar y señalar, que Blixen — ya consagrado escritor y crítico de teatro — había dado, poco antes, el espaldarazo público a Rodó, transcribiendo en su diario "La Razón", el ensayo titulado *El que vendrá,* publicado en la "Revista". Ahora Rodó

reemplazaba en la cátedra universitaria a "Suplente" tal el pseudónimo de Blixen. Ni éste, ni Rodó, fueron los docentes que cabía esperar y suponer. Eran tiempos en que se prefería la erudición informativa de historia literaria a la explicación de los autores mediante el conocimiento directo y analítico de los textos. Los exámenes constituían una tortura pedagógica en consonancia con los programas, muestra acabada de la pedantería didáctica de aquella época. Rodó pasó sin gloria y sin mucho entusiasmo por el profesorado. Años después, en 1909, al tiempo de exponer cómo concebía que debía ser y escribirse un libro de iniciación literaria —que habría de ser "no sólo de *instrucción,* sino también de *educación* de la sensibilidad estética"—, indicaba "una vez más la deplorable insuficiencia y *petrificación* de los textos usuales de literatura".

V

Cuando Rodó cumplió 26 años, era ya un escritor de noble estilo. Quedó documentada su persistencia en el ideal de americanismo anfictiónico. Completa su pensamiento sociológico una predilección particular por la crítica literario-artística en que acredita certero juicio y anticipa meritísimas preferencias. Prefiere el estudio de lo iberoamericano y, desde los albores de su actividad intelectual, rechaza los dogales de la preceptiva. Tiene normas; pero no son inflexibles. Su posición en este período inicial está expuesta, desde luego sin ceñirse a rígida sistematización, en el primero de los tres opúsculos que constituyen la serie que titula *La vida nueva.* Dicho folleto reúne dos ensayos publicados en la "Revista Nacional": los titula-

dos: *El que vendrá* y *La novela nueva*. Participan ambos de la didascalia, de la historia y de la literatura crítica, seguro trípode que habrá de sustentar los más duraderos ensayos de su obra. La vida nueva es, para Rodó, un armonioso conjunto de excelencias que partirán de la realidad histórica, se exteriorizarán en noble hacer estético, y propenderán a crear directrices apropiadas para orientar hacia una existencia mejor. El lo dice: "nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre". Es la hora "en que 'la caravana de la decadencia' se detiene, angustiosa y fatigada, en la confusa profundidad del horizonte". Tal es la preocupación generacional finisecular.

En el enjundioso estudio sobre *La novela nueva*, Rodó concreta su pensar y su sentir, sin reticencias, ni anfibologías.

Asegura: "...rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las (miradas) de los que nos precedieron sólo vieron la sombra".

Observa: "Nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta; pero muy candorosa".

Previene: "Todo propósito de autonomía literaria que no empiece por reconocer la necesidad de la vinculación fundamental de nuestro espíritu con el de los pueblos a quienes pertenece el derecho de la iniciativa y de la dirección, por la fuerza y la originalidad del pensamiento, será, además de inútil, estrecho y engañoso".

Y como si adivinase alguna objeción a su pensamiento, reduce el amplio vuelo de sus párrafos a esta categórica y sintética afirmación, que todo lo contiene en el seguro optimismo que lo inflama: "Creo en los pueblos jóvenes". En esta creencia indubitable radica la inmarcesible enseñanza rodiana: tal creencia va

a ser, en todo momento, el norte de su brújula. Por esto la juventud americana puso en él su esperanza.

VI

Tras su primer opúsculo que, en cierto modo, es una prematura selección de los trabajos insertos en la "Revista nacional", Rodó alcanza mayor altura, al publicar, en 1898, el análisis crítico-literario de *Prosas Profanas* de Rubén Darío. De tal modo ya tiene continental renombre que, cuando por vez primera aparece el ensayo, por error editorial, sin su firma al pie, en la edición de París en 1898, Darío lo consagra diciendo: "Nadie sino Rodó podría suscribirlo".

"Nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad", había escrito Rodó en su ensayo *El que vendrá*. Ahora se le presentaba una oportunidad para evidenciarlo. En la primera línea del admirable análisis de la citada obra de Rubén Darío, recuerda y estampa esta afirmación incontestable: "No es el poeta de América". No bastaba asegurarlo. Era preciso demostrarlo. Realiza, entonces, un examen minucioso de las raíces líricas de la temática rubendariana y de los elementos estéticos de esa poesía que ejerció poderosa influencia sobre todos los poetas de España y de Hispanoamérica.

Sin haber cultivado mucho, o preferentemente, las formas poéticas, Rodó tenía un nítido concepto sobre cuál debía ser el contenido de la poesía. En otra ocasión, al explicar la técnica de lo poético, desde el punto de vista rodiano, expusimos cuáles eran, a nuestro entender, las ideas de Rodó sobre tal asunto.

Al comentar un libro del argentino Guido Spano, Rodó dijo que "la poesía es irradiación de todas las

faces del espíritu, y como la naturaleza, para cada una de las regiones del mundo, ella tiene, para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura".

Más de veinte años después, con motivo de la muerte de Stechetti, Rodó formula ideas que ayudan a desentrañar y a comprender mejor, su cabal concepto de la poesía. En esta ocasión, reaccionando contra la imputación que se hace a Orlando Guerrini — Stechetti en literatura — relativa a la inmoralidad y a la irreligión, Rodó concreta dos afirmaciones categóricas para explicar y defender al poeta boloñés: "No hay inmoralidad en el desnudo, ni en la sinceridad sensual, cuando de representaciones verdaderamente artísticas se trata". "El límite de la libertad de cada artista está determinado sólo por su mayor o menor capacidad para realizar belleza". Así como no se adhiere al reparo de inmoralidad, defiende al poeta de la acusación de irreligioso. Pero, esto sí, le censura "que la sensualidad y la irreligión estén allí como un límite cerrado, sin un resquicio que descubra en el alma del poeta perspectivas más hondas e ideales".

Rodó nunca exigió en la obra poética nada más que Belleza, de cuyo religioso culto, jamás renegó. "Cuando nos hace gracia de ese don — declaró un día — vale decir, cuando su obra es verdadera poesía, el poeta es irresponsable y sagrado. Ello no quita — dijo, aún, para completar su pensamiento — que le agradezcamos, también, el bien y la verdad, si nos los da por añadidura".

De tal modo enalteció la Belleza como ideal supremo, que llegó a afirmar que "allí donde lo bello es el fin o la forma de lo malo, lo malo no se cohonesta, pero sí, se atenúa".

El triple ideal de las supremas virtudes platónicas constituía, para Rodó, el paradigma de la poesía perfecta. El poeta para serlo, fielmente, tenía que engarzar en su verso, la emoción con la filosofía, porque para Rodó "las supremas virtudes de la mente eran dos: la que conduce a la Verdad y la que inspira la Belleza". Cierto es que, en ocasión de considerar *Prosas Profanas* admiró otra clase de poesía; pero, no echemos al olvido que, comprendiendo, después, su desvío, el mismo Rodó declara: "Presumo tener, entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud". Tenía, indudablemente, esa gran fuerza del crítico que concretó en "la capacidad de admirar" porque al fin de cuentas, Rodó pertenecía "a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas".

No creía mucho, desde luego, en lo que el porvenir podía significar como material inspirador para lo poético, porque, según él, le falta al futuro, para ser célula de poesía, "concreción, forma evocable, plasticidad y color de cosa que ha existido". "Lo presente — para Rodó — sólo puede dar de sí una poesía limitada por los cuatro muros de la prosa", con lo cual, evidentemente, se equivocaba. Sólo el pasado es, según el pensar rodiano, el puro elemento de la poesía; sólo lo pretérito constituye para Rodó la "ubicación ideal", la "patria de adopción" de los poetas verdaderos. Esta idea le venía, tal vez, de Darío quien escribió: "Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas". Tal es la razón por la cual, cuando pretende dar ámbito poético a su docencia filosófica, Rodó busca en la historia, o en los rincones de la fantasía le-

gendaria, el tema imaginativo para imprimirle vida en uno de esos poemas en prosa, de contenido trascendente, que denominaba "parábolas" o "cuentos simbólicos".

Rodó consideraba que el poeta, al escribir en verso, tenía que hacerlo utilizando un lenguaje musical, dentro de una forma que se adecuase a cadencias rítmicas. El, que se había declarado "un gran curioso de sensaciones", no podía concebir que llegara a tener vida duradera el verso falto de ritmo musical. Consideraba que el verso estaba asentado sobre un trípode cuyos pies eran: la idea, el sentimiento y la música. Desaparecida la idea, ausente el sentimiento, "el verso, según Rodó, quedaría justificado todavía como jinete de la onda sonora" porque, para él, "para que se sostenga el trípode del verso, es suficiente que dure el pie que reposa sobre la música". El contenido musical, el ritmo del verso, anticipan como está claro, la forma poética; y ésta, para Rodó, no puede ser otra que "obra divina del instinto, el resultado de esa misma economía misteriosa e infalible que ha enseñado a la abeja las ventajas de la forma exagonal para los alvéolos de sus panales". Como se advierte, en la concepción de Rodó, el poeta tenía que obedecer a un designio misterioso y poderoso, que entraría en él, por la senda maravillosa de lo subconsciente.

"Verdad de sentimiento: elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo", tales vienen a ser las condiciones exigibles en toda expresión poética, dentro del ideario lírico de Rodó. Por ello, aun cuando descubre en Montalvo la existencia de "la vena del sentimiento poético", lo llama, sencillamente, "versificador", vale decir, le regatea el mérito lírico, porque le advierte una incapacidad para

las formas poéticas, a pesar de haberle reconocido un "absoluto dominio del idioma".

Rodó, sin "dejar de tener la idolatría de la forma", amaba el verso que le dejase oir "un arrullo para su corazón y un eco para su tristeza". Por eso, porque el verso tenía que ser esto, pedía al poeta y estatuario de su ideal, con frase anhelante: "Escúlpenos una elegía de mármol negro; y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón".

Años más tarde, acaso recordando tal solicitud, Rubén Darío escribiría en el prólogo de *Cantos de vida y esperanza* esta estrofa admirable:

En mi jardín había una estatua bella,
pareció mármol, y era carne viva:
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

VII

Cuando Rodó, concretado y definido su ideal americanista, había afirmado que Darío no era el poeta de América, se produce un hecho insólito: la guerra de Cuba, que conmueve al continente. Como secuela de la victoria norteamericana, se presienten peligros que se magnifican ante lo fulminante de los acontecimientos ocurridos. La inseguridad institucional de algunos gobiernos hispanoamericanos aprovecha la coyuntura internacional para exasperar los sentimientos nacionalistas, con que suelen apuntalarse los malos gobernantes. Se agudiza, en forma coetánea, una hispanofilia, que intenta salvar del desastre una unidad racial de discutible existencia. Ante el éxito y el crecimiento fabuloso de Norteamérica, la "nordomanía" utilitaria comienza a realizar otra conquista por medio de los

pescadores de río revuelto. Se atrincheran los defensores de la latinidad moribunda. Está alboreando el siglo XX.

Rodó percibe, como antena prodigiosa, todas estas vibraciones continentales. Su misantropía se hipersensibiliza. En el silencioso refugio de su biblioteca principia a escribir un "sermón laico" que será, por extraordinaria predestinación, requisitoria prudente y admonición profética, exaltación de la democracia idealista y evangelio fervoroso de los jóvenes de América, en los que sigue creyendo con recalcitrante optimismo. En tales instantes y con tal estado de ánimo, compone ARIEL, desde cuyo alto mirador dictará el viejo Próspero su lección. Rodó pone en labios del maestro, en el instante en que despide a sus discípulos, el pensamiento visionario de una América nueva para un mundo mejor.

ARIEL emprende el vuelo, cuando en los dominios de América se pone el sol de España. Quizás Rubén Darío ya había pensado en aquella temerosa inquietud que concretará en el prefacio de sus *Cantos de vida y esperanza:* "Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable)". Rubén, con la anticipación profética de los poetas, había escuchado las alciónicas palabras de su canto magnífico:

La América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guaetemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del león español.

¿Cómo no iba a inquietarse, también, quien, como Rodó tan hondamente percibía el latido del corazón americano? España había sido vencida; pero no estaba humillada. Igual que Don Quijote, buscaba en el infortunio nueva oportunidad para rehabilitarse de la derrota. Por ello Rodó se fue habituando a borrar de su fantasía "la vulgar imagen de una España vieja y caduca" para "asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza". Por esto, de igual modo, tendió su mirada hacia las generaciones juveniles y les adelantó su mensaje previsor y optimista. ARIEL resultó así el anuncio de un *hacer* que estaba en las posibilidades de quienes habían aprendido de España las virtudes indispensables para vencer los desfallecimientos y hacer perecederas las desesperanzas.

VIII

¿Qué valores posee este libro uruguayo — ARIEL — que José Enrique Rodó, no cumplidos sus 29 años, publica en Montevideo y dedica "A la juventud de América"? ¿Por qué, más de medio siglo después de aparecido, las nuevas ediciones se multiplican y se agotan? ¿A qué se debe que aún hoy se lo estudia como "libro todavía vivo"? [1] ¿Cómo explicar que Francis de Miomandre lo traduzca al francés y que, con motivo del cincuentenario de su aparición, se le editase traducido al esperanto? [2] ¿Por qué se discuten, con enardecimiento, las ideas que integran la doctrina que ha dado en llamarse "arielista" o "rodiana o rodonia-

1 Roberto F Giusti, *Poetas de América*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1957

2 Francis de Miomandre llevó a cabo esta traducción, que adquirida por la Academia Nacional de Letras del Uruguay, será editada.

na"? ¿Qué hay en él, que lo hace perdurable e inmarcesible? ¿Qué clase de obra es, a qué genero pertenece y en qué finca su trascendental importancia? ¿Por qué ARIEL ha sido y sigue siendo libro de lectura preferente, utensilio encomiable para el trabajo idiomático y el análisis estilístico?

Comencemos por procurar respuestas investigando en las copiosas páginas manuscritas por el Maestro de las Juventudes Americanas.

Rodó tenía plena fe en la importancia que le asignaba al destino de ARIEL. No bien aparece el volumen, en el mes de febrero de 1900, se entrega a la tarea de enviarlo a los más preclaros hombres de letras hispanoamericanos y cuida de reclamarles opinión. Cada dedicatoria escrita cuidadosamente, cada carta expresiva e informativa con que remite el libro, muestran, incontestablemente, que Rodó poseía cabal conciencia de su labor de escritor y de pensador. Quien como él fue tan celoso de su personal intimidad, vuelca sus preocupaciones intelectuales con recalcitrante locuacidad. Basta recorrer su abundante epistolario de aquel entonces para corroborarlo.

Breves días después de aparecido ARIEL, Rodó dedica un ejemplar a Miguel de Unamuno y lo acompaña con la carta del 20 de marzo de 1900 en la que explica cuál fue su propósito al publicarlo:

"...he querido hablar a la juventud a que pertenezco, a la juventud de América, sobre ideas cuyo interés y oportunidad me parecen indudables, y si no pareciera una aspiración presuntuosa, agregaría que he ambicionado iniciar, con mi modesto libro, cierto movimiento de ideas en el seno de aquella juventud, para que ella oriente su espíritu y precise su progra-

ma dentro de las condiciones de la vida social e intelectual de las actuales sociedades de América".

El mismo 20 de marzo de 1900, Rodó escribe a Antonio Rubio y Lluch — escritor catalán — para enviarle un ejemplar de ARIEL, "recién salido a luz", y le dice:

"El libro que le envío es, como Ud. verá, obra de *acción* y propaganda en favor de la intelectualidad y del arte, en favor de toda idealidad generosa, y en favor, también, de la tradición *latina* y del porvenir de nuestra raza de América.

Tengo verdadero interés en que ese libro se lea, porque, si el desempeño no es enteramente malo, creo que él puede hacer algún bien y sugerir ideas y sentimientos fecundos".

Rodó procura mostrarse precursor de un movimiento continental de ideas, dirigido a los jóvenes hispanoamericanos. En la carta con que acompaña el ejemplar que manda al discutido escritor venezolano César Zumeta, le declara que ARIEL es "algo parecido a un manifiesto dirigido a la juventud de nuestra América sobre ideas morales y sociológicas", cuyos propósitos quisiera que fueran "el punto inicial de una propaganda que cundiera entre los intelectuales de América".

Rodó insiste en explicar al cubano Enrique José Varona la finalidad que persigue con su libro combativo:

"He querido proponer en sus páginas, a la juventud de la América latina, una profesión de fe, que ella puede hacer suya. Me han inspirado, para hacerlo, dos sentimientos principales: mi amor vehemente por la vida de la Inteligencia y dentro de ella, por la vida del Arte, que me lleva a combatir ciertas tendencias utilitarias e igualitarias; y mi pasión de raza, mi pa-

sión de latino, que me impulsa a sostener la necesidad de que mantengamos en nuestros pueblos lo fundamental de su carácter colectivo, contra toda aspiración absorbente e invasora".

Rodó vuelve a escribir a Miguel de Unamuno, el 12 de octubre de 1900, y refirma su programa de acción, que es, al mismo tiempo, profesión de fe, propaganda de lucha, grito de combate:

"Mi aspiración inmediata es despertar con mi prédica, y si puedo con mi ejemplo, un movimiento literario realmente *serio*, correspondiente a cierta tendencia ideal, no limitado a vanos juegos de forma, en la juventud de mi querida América".

ARIEL era el punto de partida del programa que Rodó se fijaba a sí mismo para el porvenir. Y así concretaba a Miguel de Unamuno las razones en que fundaba los nobles anhelos que procuraba *practicar:*

a) "...tengo en mucho el aspecto artístico y formal de la literatura":

b) "...creo que sin estilo no hay obra literaria";

c) "...estoy convencido de que sin una ancha base de ideas y sin un objetivo *humano,* capaz de interesar profundamente, las escuelas literarias son cosa leve y fugaz".

Las dificultades para llevar adelante su pensamiento estribaban en que "nuestros pueblos (España por anciana, América por infantil) son perezosos para todo lo que signifique pensar o sentir de manera profunda y con un objetivo desinteresado".

A esta carta de Rodó, contestó Miguel de Unamuno, el 13 de diciembre de 1900, y finaliza su extensa respuesta con estas frases extraordinariamente expresivas: "¡Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil! Hay que trabajar. Su obra de us-

ted es la más grande a mi conocimiento, que se ha emprendido últimamente en América. Hay que sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontraremos todos".

IX

ARIEL se va abriendo camino, si bien es verdad que a su alrededor se comprueban ciertos silencios injustos o desconsiderados. Pronto comienzan a llegarle a Rodó, de casi todos los rumbos del continente y, sobre todo, de España, juicios laudatorios que le evidencian que su prédica idealista no se ha iniciado en vano. Transcurren los meses y Rodó trabaja, con tesón optimista, en la forja de *Motivos de Proteo*. "Tengo fe en ésta que será mi obra de más aliento, hasta hoy", le dice a Juan Francisco Piquet, en carta del 31 de enero de 1904. Simultáneamente cumple tareas periodísticas y actúa en política partidaria ocupando una banca en la Cámara de Representantes. La obra periodística tanto como la parlamentaria de Rodó, no ha sido — hasta la fecha — ordenada para las páginas duraderas del libro, salvo algunos trabajos recogidos en *El mirador de Próspero*.

El optimista ilusionado que hay en Rodó padece, en esta época, una crisis de desencanto por el desencuentro de su idealismo de pensador con el medio político dentro del que le toca actuar.

Rodó había comenzado la vida política, como se lo dice al pensador peruano Francisco García Calderón, en carta del 2 de agosto de 1904, pensando que "los hombres de pensamiento, o de aficiones intelectuales, entraran a romper lanzas en la arena política"; y confiando "en que su participación contribuiría a sanear

y perfeccionar las costumbres, a templar odios y a echar los fundamentos de una vida mejor". Pero, la realidad le resultó distinta de lo que había imaginado. Y así lo confiesa, desengañado y desesperanzado, a su corresponsal peruano: "Quizá debamos remontar la mirada, y preparar el terreno de una política más culta, sana, y mejor, por medios que no sean los de la participación militante, en las luchas políticas actuales, dadas las condiciones en que están ellas planteadas. Es claro que nada de esto significa que yo renuncie al ideal de cultura armónica y de vida *integral* que en ARIEL propuse a mi manera. Seamos ciudadanos siempre, y demos alguna vuelta por el Agora; pero no empleemos preferentemente en la política la fuerza y la atención de nuestro espíritu, que pueden ser mucho más eficaces para bien de nuestros pueblos si las consagramos a *civilizar* y *educar* desde el libro, la cátedra, la prensa, el taller artístico o industrial, etc."

Poco tiempo antes, en carta de junio de 1904, Rodó escribía a otro amigo para confesarle, desilusionado: "...la experiencia que mi temporada de politiquero me ha suministrado, me ha bastado para tomar desde ahora (o más bien, desde antes de ahora), la resolución firmísima de poner debajo de mi última página de vida parlamentaria, un letrero que diga: "Aquí acabó la primera salida de Don Quijote, y decir adiós a la política".

Mas Rodó, como Don Quijote, no puede quedarse en el refugio hogareño tras su primera salida. En el fondo de cada periodista —dijo un día Luis A. Thévènet y Rodó lo era por fatalidad de su destino de escritor—, existe una noble y misteriosa vehemencia que lo dirige siempre a la abnegación, por esa altruista sed del bien ajeno que orienta sus actos profesionales

hacia un apostolado social. Precisamente, el propio Rodó le manifestaba al citado salteño Thévènet, en memorable carta de 1916: "El verdadero hombre de diario no se adapta sin penoso esfuerzo a los ambientes bonancibles: es ave de tormenta criada para arrostrar el ímpetu de los vientos desencadenados y mojar sus alas en la hirviente espuma de las olas...". Por esto Rodó, años más tarde, retornó al periodismo político para contribuir —según expresa declaración— "a realizar una propaganda que, siendo de imparcial expectativa al iniciarse, pasó muy luego a ser de franca y resuelta oposición". Y ésta, sí, fue su última y definitiva salida.

Este nuevo desencanto de su incursión por el campo político, no era ya reacción pasajera, puesto que, en la carta que escribe a su devoto amigo y esclarecido arielista, Hugo D. Barbagelata, el 14 de enero de 1917, Rodó le asegura, decepcionado, pocos meses antes de morir: "La política es la más precaria de las ocupaciones para los que tenemos altivez e independencia de carácter".

Y sin embargo, ocho años después de la carta escéptica remitida a García Calderón, y a propósito del libro *Alma Dominicana* de Federico García Godoy, Rodó vuelve sus pasos hacia el camino emprendido con ARIEL y, nuevamente confiado en el porvenir de la juventud y en la acción del idealismo generoso, le expone al publicista dominicano: "...yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y

de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad y con voluntaria y señoril contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien".

X

ARIEL es, formal y fundamentalmente, la última lección del año, "sermón laico", que un "viejo y venerado maestro" dirige a "sus" jóvenes discípulos. El maestro se llama Próspero "por alusión al sabio mago de *La tempestad* de Shakespeare". No es ésta la única alusión a la obra del genial dramaturgo inglés: ARIEL se titulará el monólogo del maestro y en el aula lucía "un bronce primoroso", que figuraba al Ariel, de *La tempestad*.

ARIEL es, en el simbolismo de la obra shakesperiana, "la parte noble y alada del espíritu": dentro de la escenografía con que, en el ámbito del aula, preside la última clase, la estatua que representa — en la obra de Rodó — a Ariel, "reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo". Cabe señalar la profundidad de esta representación simbólica: Ariel, "desplegadas las alas" se dispone a realizar "el gracioso arranque del vuelo": no está todavía desvanecido en el relámpago, ni ha desaparecido, para los ojos humanos, en el fugaz resplandor luminoso. Es idealidad en el símbolo estatuario, y es realidad en el bronce; no ha dejado de apoyarse en la tierra y ya está, tendido para el vuelo, casi en el aire.

Al terminar la postrera lección de Próspero, "era la última hora de la tarde". Los discípulos, concluida la labor del año, se alejan en silencioso grupo juvenil. Cuando entran en contacto con la vorágine de la muchedumbre de la calle, "era la noche ya", "una cálida y serena noche de estío", "sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud". Y es entonces, bajo el titilar de la noche estrellada, cuando uno de los discípulos, "el más joven del grupo, a quien llamaban "Enjolrás", por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—"Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador".

Así termina el libro, con esta nota poética, en que el paisaje y la palabra se funden estéticamente en unidad perfecta.

Entre el cuadro de intimidad casi confidencial del aula y la cálida amplitud de la noche de estío bajo la cual se dispersan los discípulos, se desarrolla la "lección de Próspero". ¿A qué podría reducirse?

XI

La "lección de Próspero" consta de seis capítulos, que resumiremos con sumarias acotaciones complementarias.

I. Rodó sostiene la "necesidad de que cada generación entre a la vida activa con un programa propio". Exalta la "belleza moral de la juventud" porque cree en el porvenir de los pueblos jóvenes, que son "los

pueblos más fuertes y gloriosos". Señala el ejemplo de Grecia inmortal. Distingue entre la "fe en la vida" y "un optimismo cándido", para destacar la necesidad de mantener la primera, que es la que América necesita y está en su juventud.

II. "El hombre no debe desarrollar una sola faz de su espíritu, sino su naturaleza entera". Rodó parte de una observación feliz: Guyau había sostenido que "hay una profesión universal que es la de *hombre*". Rodó utiliza tal pensamiento para aconsejar que hay que desarrollar, dentro de lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud del ser. Muestra el "peligro de las civilizaciones avanzadas" y destaca que "la hermosura de la vida de Atenas depende de que supo producir el concierto de todas las facultades humanas". De aquí la pequeñez de las civilizaciones exclusivistas. De aquí la razón de aquel legendario rey patriarcal que reservaba, en el laberinto de su palacio, un rincón para el goce pleno de sus sueños, reservado, celosamente, "para las preocupaciones puramente ideales". Debemos defender nuestro derecho a disfrutar de un refugio inviolable e inexpugnable donde, sin egoísmos utilitarios, ni intromisiones extrañas, podamos monologar o dialogar con nuestros sueños, vivir nuestra *vida interior*, el delicioso *ocio* de "la meditación desinteresada, la contemplación ideal", sin echar al olvido que "ni la vida de los individuos, ni la vida de las sociedades, deben tener un objetivo único y exclusivo".

III. Rodó expone aquí la importancia que el sentimiento estético asume en la educación del espíritu. "Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía", escribe. Y esto es verdad

porque "la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias". Por idéntico fundamento, "dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia". El sentimiento de lo bello ayuda "para distinguir lo malo de lo bueno". Rodó insiste en mostrar la relación existente entre la Belleza y la Moral y abunda en ejemplos históricos para evidenciarla. Explica que "la idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades". Modernamente, digámoslo con regocijo, Fernando de los Ríos concretó en admirable divisa idéntica fórmula en la nobleza de este ideal constructivo: "a la Ética por el camino de la Estética".

IV. Rodó estudia, luego, las causas del utilitarismo del siglo. El utilitarismo fundamenta su explicación y su justificación en las revelaciones de la ciencia y en el triunfo de la democracia Para responder a la pregunta: "¿debe creerse que la democracia conduce al utilitarismo?", Rodó se propone hablarnos exclusivamente de ella. Brunetière historió la más aparente que real, "bancarrota de la ciencia". Rodó nos hablará de la democracia para espiritualizarla defendiéndola contra la acusación injusta de que ella conduce a "un Sacro Imperio del utilitarismo". Para lograr su intento, disocia y examina afirmaciones de Ernesto Renán, y lo hace con meridiana claridad y austera serenidad filosófica. Apunta los peligros de la democracia. La democracia decaerá "sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida". Acaso en este punto, Próspero entone la voz con cierta vehemencia para exaltar lo que la democracia puede y debe realizar en América. El tono per-

suasivo, casi evangélico del discurso adquiere fuerza dialéctica y tono polémico al proclamar la necesidad, tanto como la urgencia, de que predomine y se haga efectivo "el dominio de la *calidad* sobre el *número*". El odio hacia el gobierno de las mediocridades asume por instantes vigoroso ardor. Contra los que "odiarán en el mérito una rebeldía", procura conciliar "el aristocratismo sabio de Renán" con "el principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos"; y piensa en "la *educación* de la democracia y su reforma" para que, sin desmedro, dirijan a las masas los mejores, y para que pueda alcanzarse a imponer al Estado la obligación de "predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan". Este es el verdadero "concepto de la igualdad democrática". A partir del cumplimiento de esta obligación primordial, "toda desigualdad estará justificada porque dependerá del esfuerzo realizado por cada uno"; la muchedumbre vivirá en "el ambiente *providencial* de la cultura" y el espíritu democrático proclamará "la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados". Así tendrá que suceder porque "sólo cabe pensar en educar el espíritu de la democracia para que dominen los mejores" y por esto, y de igual manera, "la democracia bien entendida es el ambiente más propio para la cultura intelectual". Tal es el concepto aristocrático de la cultura en que Rodó fundamenta el triunfo de la democracia.

V. Es necesario recordar que, cuando Rodó escribe ARIEL, la fórmula del espíritu de americanismo significaba en Europa, "la concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social". Los Estados

Unidos de Norteamérica eran "representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida". Contra ellos arremete Rodó, en defensa del idealismo democrático, fundado en una aristocracia de la cultura, estructurada sobre la base de una uniforme igualdad inicialmente niveladora. Era demasiado notorio el progreso fantástico, vertiginosamente ascencional, de aquella nación que, al avanzar con paso de vencedor, atraía con deslumbrante prestigio. Estaban en la incierta hora de su definitiva organización institucional y política casi todos los países americanos. Aquel modelo de pueblos tenía la suicida atracción de la lámpara encendida para las nocturnas falenas. Contra el peligro que amenaza a los pueblos libres, contra la "nordomanía" imperante". Rodó se yergue con valentía, para denunciar y demostrar que imitar el ejemplo de los Estados Unidos ocasionará peligros e inconvenientes. Rodó entiende que "los pueblos no deben renunciar en ningún caso a la originalidad de su carácter para convertirse en imitadores serviles". Rodó censura que sea meta de un pueblo el engrandecimiento material, que se desdeñe el sentimiento estético y que se estime a la ciencia nada más que como obrera de la utilidad. Para Rodó, el principal defecto de los Estados Unidos "consiste en que no persiguen otro ideal que el engrandecimiento de los intereses materiales". Y agrega razones para evidenciar que la gran nación norteamericana "exagera todos los defectos del carácter inglés", "carece de verdadero sentimiento artístico", "no cultiva la ciencia sino como un medio de llegar a las aplicaciones útiles" y "su intelectualidad está en completa decadencia". Luego de considerar los caracteres de la vida política de los norteamericanos, y frente a la indudable aspiración de "los Estados Unidos a la hege-

monía de la civilización contemporánea", Rodó llega a la conclusión categórica e intergiversable de que "la civilización norteamericana no puede servir de tipo o modelo único". Sin embargo cabe esperar "que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad".

¿Cómo no admitir tal esperanza si, no hace mucho (26 de junio de 1957), el publicista Luis Araquistain sostuvo refiriéndose a los Estados Unidos: "queramos o no, su poder y su influencia en el mundo son la mayor garantía de la seguridad del Occidente y de su convivencia pacífica con todas las razas, con todos los pueblos y todas las doctrinas que se están levantando contra su hegemonía en el mundo?". La crítica de Rodó no es hoy íntegramente válida; pero lo fue en la hora finisecular, aunque ahora nos parezca implacable y desorbitada. No en balde escribió Pedro Henríquez Ureña: "Las palabras de ARIEL se dijeron en el momento oportuno".

VI. En la ponderada palabra de Próspero, Rodó recuerda que no existe un gran pueblo si no ostenta, como razón de su existencia, un ideal desinteresado. Con el recuerdo que suministra la historia, tal como en aquella famosa enumeración de las coplas manriqueanas, "no son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización". "No basta la grandeza material para la gloria de los pueblos". Lo que éstos necesitan para perdurar en el tiempo, es que, a su sola enunciación, desparramándose la evocación por sobre "los arrabales del espíritu", el nombre esclarecido anticipe "todo un horizonte del tiempo..."

La juventud tiene en sus posibilidades de labor, recoger las enseñanzas de Próspero. Para esto "debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir". Los jóvenes serán los precursores de esa "América regenerada", si consagran una parte de su alma, "al porvenir desconocido" que es, en la vida social de la humanidad, "el pensamiento idealizador por excelencia".

La materialización magnífica del pensamiento idealista de Rodó habrá de ser Ariel —razón, sentimiento, instinto de perfectibilidad— en la plenitud de la victoria, en la glorificación del símbolo y en el triunfo anhelado de la Esperanza: "idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres..."

Así termina la "lección de Próspero", reiterando como en el comienzo del discurso, el símbolo de Ariel en *La tempestad* de Shakespeare: "en ese simbolismo está resumido el tema general" que desenvuelve la obra.

XII

No vamos a penetrar en el ámbito de las ideas expuestas por Rodó, cuya síntesis acabamos de intentar. El mundo de ayer se ha modificado radicalmente, y el de hoy trabaja, febrilmente, en una reconstrucción maravillosa para conquistar un esplendente futuro. Lo que el Maestro vio y juzgó está lejos de nuestro campo visual y una como cerrazón envuelve las distancias en la perspectiva del tiempo. Del mismo modo, ciertos conceptos ya fueron puestos a prueba en las tremendas catástrofes convulsionadoras de la civilización occidental. Yacen en escombros ciertos ídolos que levantó

la multitud; y ahí están, nuevamente erguidos, con la austeridad maravillosa de su perenne grandeza, aquellos dos valores supremos — el *saber* y el *amor* — por los que Rodó combatió con valentía y alzó su verbo para aleccionar a la juventud de América. Ramiro de Maeztu censuró a Rodó porque no rindió pleitesía a un tercer valor supremo — el *poder* — diciendo que Rodó no lo comprendía "sino como una fatalidad, como un destino, como una conveniencia o como un instrumento" y que le "habría parecido blasfemo parangonarle con el *saber* o con el *amor*". Esta es la perennidad de la enseñanza rodiana: su ideal "de cultura armónica y de vida *integral*" perdura con renaciente vigor. Es injusto que se le enjuicie porque no presintió las trágicas realidades actuales. Sólo quiso exhortar, desde el umbral del siglo, a los jóvenes de América, para que cumpliesen su destino, con elevación espiritual, de la mejor manera, porque, como lo escribió un día, "la república que soñaba Martí era libertad, era prosperidad, era paz; pero era también inteligencia, cultura e idealismo".

La enseñanza de Rodó, como la lección de Próspero, resisten aún a las veleidades de los hombres y al cambio cinematográfico de las ideologías modernas.

XIII

Sobre la forma estilística de ARIEL, un joven profesor uruguayo, Carlos Real de Azúa, en un enjundioso ensayo [3] que mereció señalado premio, dice lo más exacto que hay que decir sobre la prosa de Rodó:

3 *Significación y trascendencia literario-filosófica de Ariel.* Obra inédita que obtuvo el primer premio en concurso celebrado en Montevideo, en ocasión del Cincuentenario de la publicación de "Ariel". Nuestra condición de miembro del tribunal que adjudicó el premio a Carlos Real de Azúa nos permitió conocer tan valioso ensayo

"El período en ARIEL no es con frecuencia breve y a menudo es demasiado extenso para el gusto moderno. No es tan largo, empero, como el anterior y el posterior de Rodó. Usa las oraciones intercaladas con empleo habitual de guiones: no abusa de ellas. La expresión nunca es abrupta ni cortada; la igualdad, la fluidez como líquida de esa prosa, son sus características relevantes. Hay un ritmo en la escritura ariélica que es el de la marcha imperturbable".

De "forzada tersura" la calificó Luis Alberto Sánchez. Más comprensivamente, ha expresado Carmelo M. Bonet que "muchas veces desearíamos que de pronto se detuviese ese chorro constante de armonía, esa voz de órgano incansable, y que un bronco sonido, alguna nota bárbara y discorde, como batahola de orquesta yanqui, despertara nuestro oído adormilado por el arrullo de las palabras mansas y sonoras..."

Rodó mostró sus predilecciones literario-filosóficas con absoluta sinceridad. En la carta a Miguel de Unamuno, del 12 de octubre de 1900, — ya mencionada — le declara, sin ambages: "Me seduce lo francés por la espiritualidad, la gracia, la fineza del gusto y la generosa amplitud y liberalismo del sentimiento". Y por si no fuese suficiente y explícita esta confesión categórica, agrega esta declaración que concreta toda una profesión de fe: "Mis dioses son Renán, Taine, Guyau, los pensadores, los removedores de ideas y para el estilo, Saint Víctor, Flaubert, el citado Renán... Lo español me merece sincera y viva simpatía".

Nota. — El precedente Prólogo figura en la edición de ARIEL hecha por la Editorial Kapeluz S. A con autorización del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, y se reproduce en la presente con conocimiento de dicha Editorial.

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

XIV

Toda la obra de Rodó, según Alberto Zum Felde, "es un constante juego dialéctico de conciliación y síntesis de antinomias", y "el episodio polémico contenido y perpetuado en el folleto LIBERALISMO Y JACOBINISMO, da como una demostración práctica de ese criterio, en cuanto norma de convivencia humana y orden de la cultura".

En una hora en que la vehemencia pasional era la tónica para el más intrascendente diálogo, Rodó muestra serenidad para comprender e interpretar las discrepancias, porque obedece a "la ley de simpatía que es fundamento de toda crítica certera". Por consecuencia, se ciñe a normas lógicas cuando sostiene: "Jamás me sentiré tentado a encontrar objeto de desprecio o de burla en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, percibo un hondo y personal sentimiento del impenetrable misterio de que son símbolos o cifras todos los dogmas". Discípulo de Renán, Rodó discrepa con su maestro que suele sonreir y dudar ante los dogmas... Es la característica de su independencia ideológica y la explicación de su permanente espíritu de tolerancia. Sabe comprender y sabe salvaguardar la integridad de su pensamiento sin desconocer el derecho a discrepar, cuando se respalda en una convicción profunda. Por razón de estas raíces mentales, practica una respetuosidad tolerante.

Es periodista y ejercita tal actividad con la conciencia plena de una disciplina de trabajo. Lo confesó, al inaugurar el Círculo de la Prensa de Montevideo, el 14 de abril de 1909: "El escritor es, genéricamente,

un *obrero;* y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensamiento. En serlo, tiene su más alta dignidad".

Tan arraigado es su convencimiento que reitera y ratifica su pensar y su sentir asegurando en definitiva afirmación: "Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrática, y ese título será el de *obrero.* Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, 'el hombre que trabaja', es decir, la única especie de hombre que merece vivir".

XV

El siglo XIX termina con la repercusión continental de la pérdida para España, de su última colonia en América. Este hecho histórico abre para el ámbito hispanoamericano, como lo señalamos al hablar de *Ariel,* zozobras de que son voceros sus eminentes hombres de letras. Los comienzos montevideanos del siglo XX fueron vividos con ardorosa inquietud espiritual. En 1900, para circunscribirnos al ambiente rioplatense, echa a volar *Ariel,* sermón laico de Próspero, resonancia de los más encumbrados sentires.

En los años aurorales del siglo la actividad literario-filosófica en el libro, en la prensa y en la tribuna, traduce un verdadero frenesí coetáneo con un notorio inconformismo. La actividad intelectual se intensifica y aflora en la lucha política con ardoroso apasionamiento. Son años de intensa labor y nunca tantas biografías tuvieron derecho a perdurar como ejemplo pa-

radigmático de modos de vivir y de actuar. Basta recordar hombres, hechos y obras para penetrar en zonas de asombro.

En uno de estos años de tal época, en 1905, la ideología filosófica encuentra razón y motivo para agitar las procelosas aguas del ambiente. En la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública, que tiene a su cargo la supervisión de los hospitales del país, actúan ciudadanos que consideran que todo lo administrativo no ha de ser sólo rutinario cumplimiento de reglamentaciones. Por sobre las disposiciones reglamentarias tienen que imponerse normas que no se circunscriban a frígidas pautas oficinescas. Y es así, y por esto, que uno de los integrantes de la Comisión propone y logra que se ordene, drásticamente, el retiro de los crucifijos de las paredes en las salas de enfermos de los hospitales, como término de anteriores y sucesivas prohibiciones relacionadas con los oficios religiosos. La medida tenía evidencia de posición anticatólica y anticlerical y encrespa el ambiente social. No falta, desde los púlpitos, la palabra enérgica que predispone a la beligerancia. Los diarios metropolitanos comentan la resolución resucitando antiguas militancias. Entre ellos, "La Razón", fundada en 1878 por Daniel Muñoz, que estaba a cargo del dinámico periodista Juan Antonio Zubillaga, íntimo amigo de Rodó. Frente a lo que se dio en denominar "la expulsión de los crucifijos", Zubillaga creyó de palpitante actualidad y de evidente interés, consultar a Rodó sobre "aquel acto de extremo y radical liberalismo". Rodó redactó, de inmediato, la respuesta y ésta se publicó en "La Razón" del 5 de julio de 1906. Fue el comienzo de una noble e incruenta batalla.

XVI

En carta que se publica bajo el título "La expulsión de los crucifijos", Rodó opina sobre la justicia y la oportunidad de la medida que sancionó "definitivamente la expulsión de los crucifijos" y manifiesta que no es exacto llamarla "acto de extremo y radical liberalismo".

"¿Liberalismo?" —se pregunta Rodó, y a sí mismo se contesta: "No; digamos mejor "jacobinismo". Y para corroborar la verdad de su aserto, aclara:

"Fueron suprimidos paulatinamente los rezos y los oficios religiosos que de tradición se celebraban; fueron retirados los altares, las imágenes y los nichos, que servían para los menesteres del culto Quedaba, sin embargo, una imagen que no había sido retirada de las paredes de las salas de los enfermos, y esta imagen era la del Fundador de la caridad cristiana. Un día, la Comisión encuentra que no hay razón para que este límite se respete, y ordena la expulsión de los crucifijos".

Para Rodó es censurable "una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad*". En esto centra lo básico fundamental de su crítica. Estima que lo resuelto por la Comisión es una muestra fehaciente de intolerancia jacobina cuyos peligros habría que prevenir porque, a título de ejemplo, "si la intolerancia ultramontana llegara un día a ser gobierno, mandaría retirar de las escuelas públicas el retrato de José Pedro Varela". Considera que la medida cuestionada sería razonable sólo cuando en el ánimo de los enfermos coexistiesen "la repugnancia y el odio por la personalidad y la doctrina de Cristo". Apasionándose con la verdad de

su tesis, Rodó asegura: "Ningún sentimiento respetable se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una casa de caridad". El enfermo librepensador verá en el crucifijo "una imagen que evoca, con austera sencillez, el más sublime momento de la historia del mundo"; y el creyente cristiano contemplará en el crucifijo, la imagen de su Dios. Y concluye Rodó: "*Los que no creemos en tal divinidad* veremos sencillamente la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana, glorificado donde es más oportuna esa glorificación". "Un crucifijo sólo será signo religioso para quien crea en la divinidad de aquel a quien en él se representa". En resumen, termina Rodó afirmando que la "injustificada y censurable" resolución de la Comisión de Caridad, "no reivindica ningún derecho, no restituye ninguna libertad, no pone límite a ningún abuso" y, en cambio, "hiere a la conciencia moral, interesada en que no se menoscabe ni interrumpa el homenaje debido a las figuras venerandas que son luz y guía de la humanidad".

La Junta Directiva del Centro Liberal de Montevideo consideró que "no debía dejarse pasar en silencio" la carta con que José E. Rodó "en nombre del liberalismo condenaba la resolución aprobada por la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública".

La prensa montevideana tomó buena cuenta del asunto. La cuestión palpitante enardeció los ánimos. Y surgió la noticia de que, en cumplimiento de lo dispuesto por el Centro Liberal, el doctor Pedro Díaz se proponía refutar, públicamente, a Rodó. La contienda iba a ser, en cierto modo, la lucha de dos generaciones...

XVII

En la tarde del 14 de julio de 1906 — indudablemente una fecha propicia para las circunstancias —, en acto público organizado por el Centro Liberal, el doctor Pedro Díaz explanó su respuesta con repetidas muestras de respeto para su ocasional opositor.

Reconoce que Rodó tiene razón al señalar el interés social y psicológico de investigar la posible trascendencia que corresponde a la medida impugnada, que se ajusta a "la laicización absoluta de los establecimientos de beneficencia" porque "ninguna creencia religiosa o filosófica debe imponerse a las conciencias". Y por esto, el doctor Díaz arguye que si al lado del crucifijo "la herejía y la impiedad colocaran un retrato de Kant y un busto de Zoroastro", "la misma protesta airada se habría levantado".

Como Rodó sostuviera en su carta que la eliminación de los crucifijos era acto de "franca intolerancia y de estrecha incomprensión moral e histórica", el doctor Díaz reacciona con violencia verbal para decir: "Si odiar el crucifijo es fanatismo, yo me confieso fanático: yo lo odio y lo desprecio; yo seré fanático, pero serán conmigo también fanáticas todas las conciencias libres", puesto que "el crucifijo — que no es Cristo — representa aquella tiranía brutal y sanguinaria que la Iglesia hizo pesar durante siglos sobre la humanidad..."

Ante la afirmación rodiana de que Cristo es "el creador de la caridad", el doctor Díaz expresa que los conceptos que ella supone "son anteriores a Cristo" y están insertos en los "dogmas de las más viejas religiones y postulados de la filosofía pagana de la Grecia y de la antigua Roma". Para atestiguarlo, enume-

ra complementarias referencias históricas y pone fin a su argumento diciendo: "Ni Cristo es el creador de la caridad, ni fue él quien la trajo al mundo, ni como sentimiento, ni como doctrina".

Como Rodó había escrito que "la medida discutida es un acto de guerra religiosa de hostilidad a la Iglesia, de un fanatismo peor que el de los creyentes", el doctor Díaz expresa que "se abusa de las palabras cuando se califica de fanatismo esta lucha contra la influencia ilegítima de la Iglesia" porque "la lucha contra el clericalismo es un esfuerzo en pro de los grandes ideales de la verdad y de la justicia". El doctor Díaz entiende que el "anticlericalismo activo" debe oponerse al "liberalismo pasivo" que es, a la postre, una deserción ya que este tipo de liberal podría definirse: "un hombre que creyendo comprender la verdad y sentir la justicia, debe practicar o acatar la mentira y el abuso".

El doctor Díaz califica de "lamentable extravío de criterio" la actitud asumida por el autor de *Ariel* y pone término a su fervorosa réplica, asegurando que "los que predican el liberalismo pasivo, hacen un apostolado de claudicación".

XVIII

Publicada la conferencia del doctor Díaz, Rodó se considera obligado a contraatacar, declarando que se encuentra "libre de toda vinculación religiosa". Le interesa ser sincero porque "el más seguro camino es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad". Y así, durante los días 4, 5, 7, 8, 11, 12, 13 y 14 de setiembre de 1906, en "La Razón", inserta sendas contrarréplicas.

Rodó diseca la conferencia del doctor Díaz comenzando por exponer y analizar los orígenes históricos del sentimiento de la caridad y en ellos, la personalidad de Jesús como "fundador de la caridad en el mundo". Para ello examina, una por una, las citas y pruebas históricas invocadas por el doctor Díaz, disponiéndolas en orden cronológico, a partir de Confucio.

Luego de escudriñar con implacable dialéctica los argumentos invocados por el doctor Díaz, Rodó acaba por afirmar que "Jesús produjo la revolución moral que le da derecho imprescriptible a la posesión y a la gloria del principio" porque fue un creador de sentimientos y no un divulgador de ideas. Con relación a la real existencia de Jesús, Rodó es categórico: "Si no es efigie, es símbolo. Si no es retrato. es figura legitimada por el amor de cien generaciones".

Rodó indaga lo que hay de sustancia en el concepto de "caridad científica" expuesto por el doctor Díaz, y llega a la conclusión de que "no existe una caridad traída por revelación de la ciencia" puesto que "la caridad es una sola" y "el fundador de esta caridad en la civilización que ha prevalecido en el mundo, es Jesús de Nazareth".

El doctor Díaz había afirmado que el crucifijo no es Jesús, que tiene su significado propio y que es en tal concepto que se le repudia y proscribe. Rodó reacciona contra esto, que califica de "sectarismo religioso". Para Rodó, "el signo histórico, el supremo símbolo del cristianismo, es y será siempre la cruz". Cabe recordar que, en 1900, en *Ariel,* Rodó escribió: "...mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es

decir, siempre, — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar".

La penúltima contrarréplica la dedica Rodó a exponer la definición de lo que entiende por jacobinismo, en contraposición con "la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter". Rodó aclara: "No le agrada esta tolerancia al distinguido portavoz del Centro Liberal, que ve en ella una suerte de claudicación pasiva, y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo".

El final de las contrarréplicas se circunscribe a dilucidar qué debe entenderse por "libre pensamiento"; qué, por "librepensador" y, como resumen, qué, por "liberalismo", "superior independencia de toda sugestión, preocupación y prejuicio". Según Rodó, "la tarea esencial para los fines del pensamiento libre es educar, es extender y mejorar la educación y la instrucción de las masas". Para Rodó "el libre pensamiento es, en su más íntima esencia, la tolerancia; y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también...". La tolerancia que placía a Rodó ya se tratase de juzgar asuntos de religión, de ciencia o de literatura, era "aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, ...percibir la nota de verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado".

XIX

En los últimos días de 1906 se imprimió en la imprenta "El Siglo Ilustrado", Avenida 18 de Julio Nº 23, de Montevideo, para la librería y papelería "La Anticuaria", el folleto que, titulado LIBERALISMO Y JACOBINISMO, contiene además de la respuesta al pedido de opinión solicitado por el Director de "La Razón", las ocho contrarréplicas al discurso del doctor Pedro Díaz y una carta enviada al señor R. Scafarelli, en la que Rodó expone ideas complementarias que se relacionan con las explanadas en la carta inicial y en las contrarréplicas referidas.

En verdad, como se habrá podido comprobar, no hubo sino comienzo de polémica. Rodó inició el diálogo y lo concluyó sin obtener respuesta. En 1964, recordando nítidamente el hecho, el doctor Díaz da la explicación de su silencio en aquella circunstancia, diciéndole al redactor de "Marcha" que lo interroga:

"Mi oponente escribió una serie de artículos que después ordenó y publicó en un libro. Nunca le contesté sin embargo. La enfermedad y la muerte de mi padre, ocurrida por ese tiempo, me alejaron la oportunidad de hacerlo".

El problema controvertido tuvo antecedente y repercusión continentales, luego de silenciado en Montevideo.

LIBERALISMO Y JACOBINISMO "produjo sensación en nuestro medio" certifica Víctor Pérez Petit en su biografía *Rodó* (Montevideo, 1918).

"Esos son los principios que yo siempre he profesado, pero que nunca hubiera podido decir con tanta precisión y galanura", declaró el encumbrado doctor José Pedro Ramírez.

Un colombiano ilustre, Carlos Arturo Torres, dice en nota a la página 256 de su "Idola Fori": "Rodó, en su opúsculo LIBERALISMO Y JACOBINISMO, tan noble y alto en las ideas como gallardo en la forma, estudia con admirable lucidez la diferencia que existe entre la escuela liberal, propiamente dicha, y el jacobinismo. *Antes que el ilustre pensador* de Montevideo, aunque a infinita distancia de él en el mérito literario de su esfuerzo, el autor de este ensayo había tratado el mismo asunto y con el mismo criterio..."

Otro colombiano, Enrique Pérez, en su ensayo *Cirugía política*, de 1913, cita en apoyo de sus ideas las que Rodó desenvolvió en el folleto de 1906.

Y en 1910, escribe el ecuatoriano Alejandro Andrade Coello para decirle, entre otras frases: "Mi liberalismo es, en su más íntimo fondo, tolerancia, y tanto se opone al fanatismo clerical como a la violencia jacobina. Libre de toda vinculación religiosa, experimento como usted alto respeto por la figura humana y sublime del fundador de la civilización cristiana".

En nuestra América, frente al jacobinismo —tal como lo ha destacado Carlos Arturo Torres, en la obra mencionada.— "se han erguido como un absoluto opuesto a otro absoluto los que, por una evidente similitud de psicología y de fanatismos, podrían llamarse "los carlistas hispanoamericanos". Sería injusto incluir entre éstos a José Enrique Rodó, que no era católico, ni clerical, sino laico, profundamente laico, imagen viva y ejemplar de verdadero librepensador. No veía en Cristo "cosa divina, materia de revelación, sino obra de genio y monumento de grandeza humana". El nombre de Jesús es para Rodó, "el núcleo de proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los

hombres". Acaso por esto podamos admitir, como lo confesó Dardo Regules, que Rodó "es *cristista*, sin llegar a ser cristiano..."

Rodó fue un liberal auténtico, cuando serlo implicaba casi un desafío. Y ser liberal, lo dijo Gregorio Marañón en uno de sus "Ensayos liberales", es "primero, *estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo;* y segundo, *no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin*".

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

JOSE ENRIQUE RODO

Nació en Montevideo el 15 de julio de 1871, hijo de José Rodó y de Rosario Piñeiro. Cursa estudios primarios en la Escuela "Elbio Fernández", e ingresa hacia 1885 en la Universidad, que abandona sin concluir el bachillerato.

Publica sus primeros escritos en la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (1895-1897), de la cual fue fundador y co-director. En 1897, da a las prensas *La Vida Nueva;* en 1899, *Rubén Darío*, y a comienzos de 1900, *Ariel*, de extraordinaria resonancia en el ámbito de habla española.

Dicta desde 1898 hasta 1901, la Cátedra de Literatura en la Sección de Estudios Preparatorios de la Universidad. En julio de 1900, integra la Comisión Honoraria destinada a proyectar la reorganización de la Biblioteca Nacional, y se hace cargo, interinamente, de la dirección de este instituto.

Atraído por la política, escribe en "El Orden", que apoya la gestión del Presidente Provisional Juan L Cuestas. Forma parte en 1901, del grupo que pugna por la unificación del Partido Colorado y es fundador del "Club Libertad" Ocupa una banca de representante por Montevideo en la XXI Legislatura (1902-1905); es reelecto y renuncia a su cargo en febrero de 1905 En 1907 preside el "Club Vida Nueva" y es nuevamente electo Representante para la XXIII Legislatura (1908-1911), hacia 1912 se aparta de las directivas oficialistas de su partido, a las que combate desde el "Diario del Plata"

Mientras tanto había publicado *Liberalismo y Jacobinismo* (1906), *Motivos de Proteo* (1909), y *El Mirador de Próspero* (1913) En setiembre de 1910 asistió como Delegado Especial de la República a la celebración del centenario de la independencia de Chile En 1912, la Real Academia Española le nombró Correspondiente Extranjero.

En 1914 pasa a colaborar en "El Telégrafo". El 14 de julio de 1916, viaja a Europa como corresponsal de "Caras y Caretas" Visita Portugal y España; en Italia enferma gravemente, falleciendo en Palermo (Sicilia), el 1º de mayo de 1917.

Aparte de los títulos citados, luego de la muerte del autor se editó *Desde Europa* (San José de Costa Rica, 1918), y la Editorial "Cervantes" publicó *El Camino de Paros* (Valencia, 1918), *El que vendrá* (Barcelona, 1920), *Hombres de América* (Barcelona, 1920) y *Nuevos Motivos de Proteo* (Barcelona, 1927), mezclando escritos que aún no habían sido impresos en libro, con otros ya conocidos. Asimismo se editó parte de su correspondencia. *Epistolario* (París, 1921) *Ultimos Motivos de Proteo*, fue impreso en Montevideo, en 1932, y en 1945, *Los escritos de "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" Poesías dispersas.*

CRITERIO DE LA EDICION

Las dos primeras ediciones de *Ariel* fueron hechas en Montevideo, Imp. de Dornaleche y Reyes, 1900. Por tercera y cuarta vez *Ariel* aparece como Suplemento de la "Revista Literaria", Santo Domingo, 1901, y de "Cuba Literaria", La Habana, 1905. La quinta edición es de Monterrey, Talls. Modernos de Lozano, 1908; la sexta de Méjico, Escuela Nacional Preparatoria, 1908 y la septima de Valencia, F. Sempere y Cía., 1908. La octava y novena edición son de Montevideo, José María Serrano, 1910 y 1911 Después de la muerte de José Enrique Rodó, *Ariel* fue reeditado innumerables veces.

La primera edición de *Liberalismo y jacobinismo* es de Montevideo, Librería y Papelería "La Anticuaria" de Adolfo Ossi. Imp. "El Siglo Ilustrado", 1906. También, luego de la muerte de su autor fue reeditado varias veces, generalmente en compañía de *Ariel*.

La presente edición está basada en el T. II de las *Obras completas de José Enrique Rodó; edición oficial al cuidado de José Pedro Segundo y Juan Antonio Zubillaga*. Montevideo, Barreiro y Ramos S. A., 1956, y teniendo a la vista la primera publicación de los textos reproducidos. Se han suprimido las notas de la edición oficial.

J. P. B. y B N.

ARIEL

A R I E L

Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakespeariana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor.

Ya habían llegado ellos a la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala — como numen de su ambiente sereno — un bronce primoroso, que figuraba al ARIEL de *La Tempestad*. Junto a este bronce, se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago a quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, — el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen, había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz, — *voz magistral,* que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena, — comenzó a decir, frente a una atención afectuosa:

Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a ARIEL como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno

generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio, — que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción, — no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe, en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del

artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce e inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones*, de un "vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar a Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el día de sus bodas. — Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana a su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego a recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción a su alma. Entonces, tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá,* volvía a ceñirse la corona y el velo y a sonreir en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupcia-

les para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas a personificar, desde la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan, — no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente; — y de nuevo se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado; cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. — Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació,

los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. "Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios — dice uno de los himnos homéricos — se imagina que ellos no han de envejecer jamás". Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: *¡No sois sino unos niños!* Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven, — el entusiasmo y la esperanza, — corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y a la luz.

— Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto: — La idea cristiana, sobre la que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es en la interpretación — que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética — de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma, o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas a toda penitente gravedad; junto a un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por "las aves del cielo" y "los lirios de los campos", con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del "reino de Dios" sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza. — De este cuadro dichoso, están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que a él le siguen, los compara a los paraninfos de un cortejo de bodas. — Y es la impresión de aquel divino contento la que incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la Odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir; y la que, al llegar a Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior — la de su alma embalsamada por

la libación del vino nuevo — a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas, que él sea fecundo, o se prodigue vanamente, o fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora. — Un escritor sagaz rastreaba, ha poco, en las páginas de la novela de nuestro siglo, — esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años, — la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar a Des Esseintes. — Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía, en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de *A rebours* o la del Robert Greslou de *Le Disciple*. — Pero comprobaba el análisis, también, un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud de que suele hablarnos una literatura que es quizá nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaître, de Wizewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grie-*

ve con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza? — Vosotros, los que vais a pasar, como el obrero en marcha a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie, imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza "no pensar en los dioses", como aconseja la Forquias del segundo *Fausto* al coro de cautivas; ¿no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. — Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor a menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento — virtud todavía más grande que la espe-

ranza — ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá,* con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento, que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas. — No es ése el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos. — Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. — Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en

la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable. — No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay a menudo sugestiones fecundas. Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo o el consejero pérfido que mueve a la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de "indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte". Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad

de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador. — Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. — Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas que debieran ser. Gastón Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. — Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su ju-

ventud. — He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. — Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. "Hay una profesión universal, que es la de *hombre*", ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura huma-

na no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atenciosos allí donde no podáis ser actores. — Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. — El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gri-

tos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la naturaleza por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimien-

to de la solidaridad. — Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus "muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros". El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero a quien la división del trabajo de taller obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano — agrega el pensador positivista — no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia.

No menos que a la solidez, daña esa influencia dispersiva a la *estética* de la estructura social. — La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro fa-

ces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Ática es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. — Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego*, — una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida, — en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas pre-

ocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada, región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce el automatismo de una actividad, en definitiva, material. — Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. — Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como

por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. — Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corros los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. — Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar, — como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís, — la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban

largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar — como la "perdida iglesia" de Úhland en lo esquivo del bosque — al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. — Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. — Alguna vez, — cuando la noche era diáfana y tranquila, — abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de mar-

fil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... — Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y húespedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. — Pensar, soñar, admirar:

BIBLIOTECA

he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio,* que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. — La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio a los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular, en cada uno de nosotros, la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás so-

bre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. — Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido; pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior,* donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribe: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento!

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu. — De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la

aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega a ser, así, el carácter normal, con relación a lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente a los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad a la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es, todavía, una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra, — según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller, — la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser

cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. — Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerar al educado sentido de lo bello, el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena, que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela trasmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se sustituye con nada y que realza el bien que se concede, como un toque de luz.

Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las

Gracias. — La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seri realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía. — Guyau, que es rey en las comparaciones hermosas, se vale de una insustituible para expresar este doble objeto de la cultura moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del coro de una gótica iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspiración de la fe presenta, en una faz, escenas de una vida de santo y, en la otra faz, ornamentales círculos de flores. Por tal manera, a cada gesto del santo, significativo de su piedad o su martirio; a cada rasgo de su fisonomía o su actitud, corresponde, del opuesto lado, una corola o un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es, por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano *dilettantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y

del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber", desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento de hermosura*, hay necesidad de que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al don de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas, ha podido decir Renán profundamente que "la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta". La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina, — puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la Sinagoga, buscándola desde el *Deuteronomio* hasta el *Talmud*, — sino en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comuniones que menosprecien esa relación estética de su vida o de su propaganda. El ascetismo cristiano, que no supo encarar más que una sola faz del ideal, excluyó de su concepto de la perfección todo lo que hace a la vida amable, delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió para que el instinto indomable de la libertad, vol-

viendo en una de esas arrebatadas reacciones del espíritu humano, engendrase, en la Italia del Renacimiento, un tipo de civilización que consideró vanidad el bien moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad, en las maneras, en el traje, en los discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores, — tendió junto a la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aun no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres. — Macaulay declara preferir la grosera "caja de plomo" en que los puritanos guardaron el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas y de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla a los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, a Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aún puro, se difundía

en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales, en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la historia iban a enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la idea nueva que marchaba entonces a la conquista del mundo. Pero para concebir la manera como podría señalarse al perfeccionamiento moral de la humanidad un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una aptitud artística, cuidar, con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es "una rienda firme del criterio". Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve a la luz cuando la primera se oscurece y vacila. El sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. "La educación del buen gusto — agrega el sabio pensador — se dirige a favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada". Si algunas veces veis unida esa educación, en el espíritu de los individuos y las sociedades, al extravío del sentimiento o la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, impo-

sibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras. — En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera observa Taine que, en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: "las mismas líneas del Partenón que halagan a la mirada con proporciones armoniosas, contentan a la inteligencia con promesas de eternidad".

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula a las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se reconstruyera la historia íntima de las del pasado para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención y el hábito de una abominable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insanía, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral y la limitación fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña a distinguir en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero, de lo hermoso, y a aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar a cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta a estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensamiento hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el "genio de la propaganda", — es decir: con el don poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, a la posesión de aquellos atributos escogidos, debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta a comunicar a cuanto elige y

consagra. — Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en las evoluciones de la vida, esas encantadoras exterioridades de la naturaleza, que parecen representar, exclusivamente, la dádiva de una caprichosa superfluidad, — la música, el pintado plumaje, de las aves: y, como reclamo para el insecto propagador del polen fecundo, el matiz de las flores, su perfume, — han desempeñado, entre los elementos de la concurrencia vital, una función realísima; puesto que significando una superioridad de motivos, una razón de preferencia para las atracciones del amor, han hecho prevalecer, dentro de cada especie, a los seres mejor dotados de hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo de lo bello, hay, sin duda, cierto género de mortificación, en resignarse a defenderle por medio de una serie de argumentos que se funden en otra razón, en otro principio, que el mismo irresponsable y desinteresado amor de la belleza, en la que halla su satisfacción uno de los impulsos fundamentales de la existencia racional. Infortunadamente, este motivo superior pierde su imperio sobre un inmenso número de hombres, a quienes es necesario enseñar el respeto debido a ese amor del cual no participan, revelándoles cuáles son las relaciones que lo vinculan a otros géneros de intereses humanos. — Para ello, deberá lucharse muy a menudo con el concepto vulgar de estas relaciones. En efecto: todo lo que tienda a suavizar los contornos del carácter social y las costumbres; a aguzar el sen-

tido de la belleza; a hacer del gusto una delicada impresionabilidad del espíritu y de la gracia una forma universal de la actividad, equivale, para el criterio de muchos devotos de lo severo o de lo útil, a menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades, por una parte, su capacidad utilitaria y positiva, por la otra. — He leído en *Los trabajadores del mar* que, cuando un buque de vapor surcó por primera vez las ondas del canal de la Mancha, los campesinos de Jersey lo anatematizaban en nombre de una tradición popular que consideraba elementos irreconciliables y destinados fatídicamente a la discordia, el agua y el fuego. — El criterio común abunda en la creencia de enemistades parecidas. — Si os proponéis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y esa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la hermosura, por ella misma, en atributo de la multitud. Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados a *expulsar a las golondrinas de la casa,* siguiendo el consejo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados!

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, e incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface — como norma de conducta humana — la concepción *utilitaria,* por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés.

La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función de utilidad que ha absorbido a la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo, — ya que no las justifique, — muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay, por ello, un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones, — entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau, — que han intentado sellar la reconciliación definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza — que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables a ellas, convergen a destruir toda idealidad por su base, — son la una, la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me

propongo hablaros exclusivamente de esta última causa; porque confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar. — Sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarismo. La acusación se refleja con vibrante intensidad en las páginas — para mí siempre llenas de un sugestivo encanto — del más amable entre los maestros del espíritu moderno: en las seductoras páginas de Renán, a cuya autoridad ya me habéis oído varias veces referirme y de quien pienso volver a hablaros a menudo. — Leed a Renán, aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo. — Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de "enseñar con gracia", que Anatole France considera divino. Nadie ha acertado como él a hermanar, con la ironía, la piedad. Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote. Aun cuando enseña a dudar, su suavidad exquisita tiende una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y tan vagos, que hacen pensar en una religiosa música de ideas. Por su infinita comprensibilidad ideal, acostumbran las clasificaciones de la crítica personificar en él el alegre escepticismo de los *dilettanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez intimáis dentro de su espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los escépticos se distingue de su tolerancia como la hospitalidad galante de un salón, del verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro, que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta

del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente a la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo. — Abundan afirmaciones semejantes a éstas de Renán, en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourguet se inclina a creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder a la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. "Quien dice democracia — agrega el sagaz autor de *Andrés Cornelis* — dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura". — Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos, un interés vivísimo, para los que amamos — al mismo tiempo — por convencimiento, la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis; y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta a los caprichos de la multitud. — Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces ba-

rreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada a sí misma, — sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida, — la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. — La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruido las jerarquías imperativas e infundadas, no las sustituya con otras, que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio instable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

Con relación a las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social, un doble im-

perio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aun débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, — nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden; y que, librando su ordenación jerárquica a la torpeza del acaso, conduce forzosamente a hacer triunfar las más injustificadas e innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos, — a falta de virtud, — a ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar.* — Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. — Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. — Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elemen-

tos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. — La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser sustituida en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres, el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. — Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, "la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad".

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de las desigualdades legítimas y la sustitución de la fe en el

heroísmo — en el sentido de Carlyle — por una concepción mecánica de gobierno. Todo lo que en la civilización es algo más que un elemento de superioridad material y de prosperidad económica, constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía. — En ausencia de la barbarie irruptora que desata sus hordas sobre los faros luminosos de la civilización, con heroica, y a veces regeneradora grandeza, la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra mansa y disolvente de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas; las hordas inevitables de la vulgaridad, — cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande; cuyo atributo es el rasero nivelador. — Siendo la indiferencia inconmovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza no son por eso incapaces de llegar a la ira épica y de ceder a los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces "falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *Mediocridad* y marchan animadas por el odio de lo extraordinario".

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su voluntad triunfante una partida de caza organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca a la consagración del pontífice "Cualquiera", a la coronación del monarca "Uno de tantos". Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada a la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo

del sentido vulgar, sabiduría; gravedad, a la mezquina aridez del corazón; criterio sano, a la adaptación perfecta a lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto. — Su concepción de la justicia lo llevaría a sustituir, en la historia, la inmortalidad del grande hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común, bien con la memoria igualitaria de Mitrídates, de quien se cuenta que conservaba en el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su manera de republicanismo se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento probatorio de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el criterio del diputado que le parecía más perfecta personificación del *country-gentleman*, por la limitación de sus facultades y la rudeza de sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia* de que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor a los mediocres. ¡Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse a un resultado más fatal!

Embriagad al repetidor de las irreverencias de la medianía, que veis pasar por vuestro lado; tentadle a hacer de héroe; convertid su apacibilidad burocrática en vocación de redentor, — y tendréis entonces la hostilidad rencorosa e implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo digno, contra todo lo delicado, del espíritu humano, que repugna, todavía más que el bárbaro derramamiento de la sangre, en la tiranía jacobina; que, ante su tribunal, convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el genio de Chenier, la dignidad de Malesherbes; que, entre los gritos habituales en la Convención, hace oir las palabras: — *¡Desconfiad de ese hombre, que ha hecho un libro!;*

y que refiriendo el ideal de la sencillez democrática al primitivo *estado de naturaleza* de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro imprudente que pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye al titán-filántropo que su fuego es mortal a quien le toca!

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra al democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz a quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados, en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía, del espíritu humano, aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa, que os permite a vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontráis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad e independencia en la evolución de las ideas, mientras el

idealismo alemán rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la historia a la superioridad individual, el positivismo de Comte, desconociendo a la igualdad democrática otro carácter que el de "un disolvente transitorio de las desigualdades antiguas" y negando con igual convicción la eficacia definitiva de la soberanía popular, buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social que habría de sustituir a las jerarquías recientemente destruidas. — La crítica de la realidad democrática toma formas severas en la generación de Taine y de Renán. Sabéis que a este delicado y bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo, como en Atenas, "una igualdad de semidioses". En cuanto a Taine, es quien ha escrito los *Orígenes de la Francia contemporánea;* y si, por una parte, su concepción de la sociedad como un organismo, le conduce lógicamente a rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva a abominar de la invasión de las cumbres por la multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo,* entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad. Emerson refleja esa voz en el seno de la más positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso. Dentro del arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento, que podríamos llamar de *extrañeza,* del espíritu, en

BIBLIOTECA

medio de las modernas condiciones de la vida. Para escucharlas, no es necesario aproximarse al parnasianismo de estirpe delicada y enferma, a quien un aristocrático desdén de lo presente llevó a la reclusión en lo pasado. Entre las inspiraciones constantes de Flaubert — de quien se acostumbra a derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias, — ninguna más intensa que el odio de la mediocridad envalentonada por la nivelación y de la tiranía irresponsable del número. — Dentro de esa contemporánea literatura del norte, en la cual la preocupación por las altas cuestiones sociales es tan viva, surge a menudo la expresión de la misma idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la altiva arenga de su Stockmann alrededor de la afirmación de que "las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y la verdad; y el formidable Nietzsche opone al ideal de una humanidad mediotizada la apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nivel de la humanidad como una viva marea. — El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia, vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renán formula la más explícita condenación del principio fundamen-

tal de la democracia: la igualdad de derechos; cree a este principio irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual; y llega hasta señalar en él, con una enérgica imagen, "*las antípodas de las vías de Dios,* — puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu". — Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables a la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento real y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia. — Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque aún no terminada, no ha llegado a conciliar defintivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía. — La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituíbles soportes sobre los que nuestra civilización descansa; o, expresándolo con una frase de Bourguet, las dos "obreras" de nuestros destinos futuros. "*En ellas somos, vivimos, nos movemos*". Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades

verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo. Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu del pueblo que la que enseña que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad*, pero nunca una igual *realidad*, de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar a las superioridades morales que deben dar razón y fundamento a las superioridades efectivas; pero sólo a los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras, debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superiorida-

des humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. — Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia, las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, "todos esos dones del alma, repartidos por el cielo al acaso", fueron colaboradores en la obra de la democracia, y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos a poner de relieve la natural, la no heredada grandeza, de que nuestro espíritu es capaz. — La emulación, que es el más poderoso estímulo de cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesita, a la vez, de la igualdad en el punto de partida, para producirse, y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores, como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenara en nivelador igualitarismo y se limita a considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascención al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores,

asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores, — las de la virtud, el carácter, el espíritu, — y sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. "La gran ley de la selección natural, ha dicho luminosamente Fouillée, continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad". — El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad. — Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El anti-igualitario de Nietzsche, — que tan pro-

fundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas,* — ha llevado a su poderosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reacionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *superhombre* a quien endiosa, un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles; legitima en los privilegios de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, a afirmar que "la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos". — No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir: siempre, — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquía* de la moralidad y la cultura. — Por otra parte, — como lo ha hecho notar, una vez más, en un simpático libro, Henri Bérenger, — las afirmaciones de la ciencia contribuyen a sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y oscuro en cualquiera manifestación

del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación, que atribuye, en la naturaleza, a la obra de los infinitamente pequeños, a la labor del nummulite y el briozoo en el fondo oscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva, todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir a los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun a las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando a la sociología y a la historia, restituye al heroísmo, a menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller o el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero a la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente a la ley universal de *imitación,* si se la relaciona con el perfeccionamiento de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos e influentes que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud, — únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres, — reciba su autoridad y su prestigio de la libertad y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará, dentro de una sociedad semejante — según lo observa, en el mismo libro de que os hablaba, Bérenger, — la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. — Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas, nacen el sentido del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugestiones del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aún más que las viejas aristocracias, inviolables se-

guros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto!

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo.* — Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que le son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. — Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. — Y, de admirarla, se pasa, por una transición facilísima, a imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. "La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral — decía Bagehot — tiene

su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad". — El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita a aquél en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. — Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propio voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. — Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional. — Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. — Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, — su genio *personal*, — para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que

eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación. — Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y, con ellos, el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al afanoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algunos de los *snobs* encadenados para siempre a la tortura de la sátira por el libro de Thackeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la naturaleza o la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. — El cuidado de la independencia *interior*, — la de la personalidad, la del criterio, — es una principalísima forma del respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte

de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. — Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. — Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos — los americanos latinos — una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos, en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta.

— Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. — América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aún favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la *imitación unilateral* — que diría Tarde — de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia a todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica. — Y llego, ahora, a la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. — Siento fácil mi espíritu para cumplirla. — Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos — para emplear la paradoja osada por Baudelaire a otro respecto

— con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. — La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano; porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la inconmovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado — según la feliz expresión de Tocqueville — la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. — Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente — acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización — la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole el mandil de cue-

ro del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinsón, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entraran a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. — Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. — Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. — Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo, en la caldera de vapor y en la dínamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara mara-

villosa. — El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. — La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió a esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. — Han sabido, también, guardar, en medio a los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y, obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. — Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer,* y me inclino ante la "escuela de voluntad y de trabajo" que — como de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles — ellos han instituido.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del *Fausto* podría empezar un futuro historiador de la poderosa república, el Génesis, aún no concluido, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento.* Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero,* como el "superhombre" de Nietzsche. — Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Minneapolis, ha dicho Paul Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un *grognard* del gran Emperador. Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener — hipnotizador audaz — el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrar-

se aún en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes, de aquella civilización. Nadie negará que Edgar Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental — que Baudelaire ha señalado profundamente — en el carácter de los héroes de Poe, es, todavía, el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos, el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto a él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. — ¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? — ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? — Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en

todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. — Spencer agregaba que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo; e identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del

espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. — Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido sustituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. — De la suma de los elementos de su riqueza y su poder, podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante e inquieto sobre el copioso combustible. — Ni siquiera el egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli ha sufrido, al trasmitirse a sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las exageraciones de la pasión o de la sátira, ha podido atribuirse al posi-

tivismo de Inglaterra. — El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, a no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fue una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia, — por anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político, — un alto e inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y a la prosa invasora; tan alto e inexpugnable baluarte que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas, no presentaba la historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, — todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. — Fáciles son de seguir las manifestaciones de esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después

a otras más esenciales y más íntimas. — Pródigo de sus riquezas — porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón, — el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir, en tal ambiente, a título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. Habla Bourget, en *Outre-Mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help* que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; a despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sen-*

sacionismo que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. — Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semi-cultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. — En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y la organización surgen para representar, lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que *los dioses se van*. Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aún irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana*, la ciudad de las doctas tradicio-

nes, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. — ¿Quiénes han recogido después la herencia de Channing, de Emerson, de Poe? — La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende a desvanecer el poco carácter que quedaba a aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto a letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista!*

Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta a un verdadero principio de desinterés. — La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Suart Mill. — La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin: — Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo; y que, sólo apta para prestar a la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes. — Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuan-

do el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probo y mesurado de Franklin, el término forzoso — que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville — de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre y, en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral. — Allí donde el precepto tiende a poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligtario, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación. — Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al código de Franklin han sucedido otros de más francas tendencias como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más inequívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto docto libro que se intitulaba *Pushing to the front,* que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, a propósito del libro afortunado, la *Imitación* de Kempis, como término de comparación!

La vida pública no se sustrae, por cierto, a las consecuencias del crecimiento del mismo germen de des-

organización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más, olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta a contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos tiempos de la república romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material — numen de aquella civilización — impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como

en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle-for-lifer* osado y astuto, convertido en la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional, — en el postulante a su *representación* emersoniana, — en el *personaje reinante* de Taine!

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección a la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipí. En efecto: es en ese improvisado oeste, que crece formidable frente a los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos, del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yankee ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que "los últimos serían un día los primeros". El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda alcanzarán, con él, su último triunfo. Todo elemento noble de aquella civilización, todo lo que la vincula a generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica, — el legado de los tri-

pulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación, — quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, "el palladium de la tradición washingtoniana". Chicago se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano. — Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas, y se consideran a sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi-irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a oscurecer, en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose, una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la

dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender a convencerles de que, aunque la contribución que han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana*, ella es insuficiente para hacer transmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del ario europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aún continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison*. ¡Ellos aspirarían a revisar el Génesis para ocupar esa primera página! — Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. — Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad* — en alto sentido, — de ese extraordinario poder de simpatía, con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. — Aquella civilización puede abundar, o abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yer-

gue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Ática, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar *los intereses del alma.* — Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material, es imposible en las sociedades humanas el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renán, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. "Elevarse sobre la necesidad — agrega el maestro — es redimirse". — En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador; puesto que contribuyen eficazmente a multiplicar los instrumentos de la inteligencia, a pulir y suavizar las costumbres, y a hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada. — La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas "pagó — según Saint-Victor — los gastos del

Renacimiento". Las naves que volvían de los países de *Las mil y una noches*, colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites platónicos. La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (a condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la humanidad, si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos — ¡seguramente, malcomprendidos de sus contemporáneos! — a quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo. — Esta ley de armonía nos enseña a respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu, — el alfabeto, que da alas de inmortalidad a la palabra, — nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, se-

gún la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre. — Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más inaccesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro. — Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles y, en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad, no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no digerida por el organismo social, podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los Estados del centro y del Far-West conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en

muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. — Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y a dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aún pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio, presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *El sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascensión poderosa, más arriba de las cumbres de la Cordillera!

Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la

idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. — Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo, — en la acepción que tiene valor para la historia, — son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero — según dijo Carlyle del alma de sus "héroes": — *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas*. Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quien las posee, por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que "el alma que acude a beber

fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña". — Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. — De las piedras que compusieron a Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano, si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. — Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la

lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización. — Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina. — Leyendo el *Maud* de Tennyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. — Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, a pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida a los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita a toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu y los cascos de los caballos que pasan, parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro, de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el

pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fue un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, — puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser*, — en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento, — para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo a palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida. — É, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad crecien-

te de sus cráneos, ese empuje del obrero interior. Él en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena a él mismo. — Pero tal persuasión que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar a los mediocres y los pequeños, de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu, — arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas, — debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir — un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían — ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta?... — Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo

alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. — No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan. En las sanciones glorificadoras del futuro, hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgar Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la historia y la naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prématuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las *especies proféticas* de que a propósito de la evolución biológica habla Héer. El tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad"; y por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces — digámoslo con las palabras de Quinet — *el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí porqué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano; una filosofía que no se adhiera a lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie o como a la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una

generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer a los oficiantes solemnes de su gloria. — "No es la posesión de los bienes, — ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento; — no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza".

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiencia en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine. — Pero, donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supiérais que las primicias del suelo penosamente trabajado, no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los "dioses ignorados". Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y

una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión oscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para terminar de cada período de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se trasmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspi-

ración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una idea a la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece a la vez a un recuerdo inconsciente del pasado y a un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta, de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores a nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. — Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. — El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en

la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz, — la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. — Él es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el ario primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, — hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albernia. — Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de

Calibán, proscripto por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el "eterno estercolero de Job", Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aun a los que le niegan y le desconocen. Él dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, a la obra del bien. Él cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que trabajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece le permita — cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero, — romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aún más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu. — Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza*, medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, a ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con

la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce — troquelados vuestros corazones con ella — desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño de día en que las cosas reales harán pensar que ¡la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!

Así habló Próspero. — Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y, tocando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. — Por mucho espacio marchó el grupo en si-

lencio. Al amparo de un recogimiento unánime, se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. — Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fue entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, a quien llamaban "Enjolrás" por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

— Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

FIN

LIBERALISMO
Y JACOBINISMO

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

LA EXPULSIÓN DE LOS CRUCIFIJOS

(Carta publicada en "La Razón" del 5 de julio de 1906)

I

Señor***

Estimado amigo: Desea usted mi opinión sobre la justicia y oportunidad del acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública, que sanciona definitivamente la expulsión de los crucifijos que hasta no ha mucho figuraban en las paredes de las salas del Hospital.

Voy a complacer a usted; pero no será sin significarle, ante todo, que hay inexactitud en la manera como usted califica la resolución sobre que versa su consulta, al llamarla "acto de extremo y radical liberalismo".

¿Liberalismo? No: digamos mejor "jacobinismo". Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda legítima acepción del liberalismo, cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce o extreme la significación de esta palabra.

Ocioso me parece advertir — porque no es usted quien lo ignora — que, rectamente entendida la idea de liberalismo, mi concepción de su alcance, en la es-

fera religiosa, como en cualquiera otra categoría de la actividad humana, abarca toda la extensión que pueda medirse por el más decidido amor de la libertad. E igualmente ocioso sería prevenir que, por lo que respecta a la personalidad y la doctrina de Cristo — sobre las que he de hablar para poner esta cuestión en el terreno en que deseo, — mi posición es, ahora como antes, en absoluto independiente, no estando unido a ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional a los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

Dicho esto, planteemos sumariamente la cuestión. La Comisión de Caridad inició, hace ya tiempo, la obra de emancipar de toda vinculación religiosa la asistencia y disciplina de los enfermos; y en este propósito plausible, en cuanto tendía a garantizar una completa libertad de conciencia contra imposiciones o sugestiones que la menoscabasen, llegó a implantar un régimen que satisfacía las más amplias aspiraciones de libertad. Fueron suprimidos paulatinamente los rezos y los oficios religiosos que de tradición se celebraban; fueron retirados los altares, las imágenes y los nichos, que servían para los menesteres del culto. Quedaba, sin embargo, una imagen que no había sido retirada de las paredes de las salas de los enfermos, y esta imagen era la del Fundador de la caridad cristiana. Un día, la Comisión encuentra que no hay razón para que este límite se respete, y ordena la expulsión de los crucifijos. Acaso pensó irreflexivamente no haber hecho con ello más que dar un paso adelante, un paso último, en la obra de liberalismo en que se hallaba empeñada. ¿Era, efectivamente, sólo un paso más, sólo

un paso adelante? No: aquello, como he de demostrarlo luego, equivalía a pasar la frontera que separa lo justo de lo injusto, lo lícito de lo abusivo. Aquello tenía en realidad un significado enteramente nuevo y que parecía denunciar, en las mismas supresiones y eliminaciones anteriores, un espíritu, una tendencia, diferentes de los que las habrían justificado...

Y ahora, el error, que pudo explicarse, cuando se cometió por vez primera como acto inconsulto, adquiere la persistencia de una ratificación laboriosamente meditada, de una ratificación definitiva.

II

El hecho es sencillamente éste: — la expulsión reiterada e implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad.

Un profesor de filosofía que, encontrando en el testero de su aula, el busto de Sócrates, fundador del pensamiento filosófico, le hiciera retirar de allí; una academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes; un parlamento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín o de Belgrano fueran derribadas para no ser repuestas; un círculo de impresores que acordase que el retrato de Gútenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario más que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad* — del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina — no ofrece, para quien desapasiona-

damente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción y puede trascender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas o de sentimientos, por qué vías de convicción o de pasión, ha podido llegarse a tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad, expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que ministran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica *en línea recta* del jacobinismo, que así lleva a las construcciones idealistas de Condorcet o de Robespierre como a los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria; y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias, cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.

III

La vinculación entre el espíritu de las instituciones de beneficencia que la Comisión de Caridad gobierna y el significado histórico y moral de la imagen que ella ha condenado a proscripción, es tan honda como manifiesta e innegable.

Si la Comisión de *Caridad* se propone apurar el sentido de este nombre que lleva y evoca para ello la fi-

liación de la palabra, fácilmente encontrará el vocablo latino de donde inmediatamente toma origen; pero a buen seguro que, desentrañando la significación de este vocablo en el lenguaje de la grandeza romana, no hallará nada que se parezca a la íntima, a la sublime acepción que la palabra tiene en la civilización y los idiomas de los pueblos cristianos; porque para que este inefable sentido aparezca, para que el sentimiento nuevo a que él se refiere se infunda en la palabra que escogió, entre las que halló en labios de los hombres, y la haga significar lo que ella no había significado jamás, es necesario que se levante en la historia del mundo, dividiéndola en dos mitades — separando el pasado del porvenir con sus brazos abiertos — esa imagen del mártir venerando que el impulso del jacobinismo acaba de abatir de las paredes del Hospital de Caridad.

La caridad es creación, verbo, irradiación del fundador del cristianismo. El sentimiento que levanta hospicios para los enfermos, asilos para los menesterosos, refugio para los huérfanos y los ancianos, y los levanta en nombre del amor que identifica al protector y al socorrido, sin condición de inferioridad para ninguno, es — por lo menos dentro de la civilización y la psicología histórica de los pueblos occidentales — absolutamente inseparable del nombre y el ejemplo del reformador a quien hoy se niega lo que sus mismos proscriptores no negarían tal vez a ningún otro de los grandes servidores de la humanidad: el derecho de vivir perdurablemente — en imagen — en las instituciones que son su obra, en las piedras asentadas para dar albergue a su espíritu, en el campo de acción donde se continúa y desenvuelve su iniciativa y su enseñanza.

IV

Sentado en derecho que militaba para la permanencia, y militaría para la reposición, de las imágenes de Cristo en las salas del Hospital de Caridad, paso a examinar las consideraciones con que el desconocimiento de ese derecho se autoriza.

Todos sabemos la razón falaz de libertad y tolerancia que se invoca para cohonestar la real intolerancia de la expulsión: se habla del respeto debido a las creencias o las convicciones de aquéllos que, acogiéndose a la protección del hospital, no crean en la divinidad de la imagen que verían a la cabecera de su lecho. La especiosidad de la argumentación no resiste al más ligero examen. Si de garantizar la libertad se trata, impídase, en buenhora que se imponga ni sugiera al enfermo la adoración o el culto de esa imagen; prohíbase que se asocie a ella ningún obligado rito religioso, ninguna forzosa exterioridad de veneración siquiera: esto será justo y plausible, esto significará respetar la inmunidad de las conciencias, esto será liberalismo de buena ley y digno de sentimiento del derecho de todos. Pero pretender que la conciencia de un enfermo pueda sentirse lastimada porque no quiten de la pared de la sala donde se le asiste, una sencilla imagen del reformador moral por cuya enseñanza y cuyo ejemplo — convertidos en la más íntima esencia de una civilización — logra él, al cabo de los siglos, la medicina y la piedad: ¿quién podrá legitimar esto sin estar ofuscado por la más suspicaz de las intolerancias?

Para que la simple presencia de esa efigie sublevase alguna vez el ánimo del enfermo, sería menester que las creencias del enfermo involucrasen, no ya la indi-

ferencia ni el desvío, sino la repugnancia y el odio por la personalidad y la doctrina de Cristo. Demos de barato que esto pueda ocurrir de otra manera que como desestimable excepción. ¿Podría el respeto por ese sentimiento personal y atrabiliario de unos cuantos hombres prevalecer sobre el respeto infinitamente más imperativo, sobre la alta consideración de justicia histórica y de gratitud humana que obliga a honrar a los grandes benefactores de la especie y a honrarlos y recordarlos singularmente allí donde está presente su obra, su enseñanza, su legado inmortal?... Fácil es comprender que si el respeto a la opinión ajena hubiera de entenderse de tal modo, toda sanción glorificadora de la virtud, del heroísmo, del genio, habría de refugiarse en el sigilo y las sombras de las cosas prohibidas. Los pueblos erigen estatuas, en parajes públicos, a sus grandes hombres. Entre los miles de viandantes que diariamente pasan frente a esas estatuas, forzosamente habrá muchos que, por su nacionalidad, o por sus doctrinas, o bien por circunstancias y caprichos exclusivamente personales, no participarán de la veneración que ha levantado esas estatuas, y acaso experimentarán ante ellas la mortificación del sentimiento herido, de la convicción contrariada. ¿Quién se atrevería a sostener que esto podría ser motivo para que la admiración y la gratitud de las colectividades humanas se condenasen a una ridícula abstención de toda forma pública, de todo homenaje ostensible?... Lo que la conciencia de un pueblo consagra —y aún más lo que la conciencia de la humanidad consagra— como juicio definitivo y sanción perdurable, tendrá siempre derecho a imponerse sobre toda disonancia individual, para las manifestaciones solemnes de la rememoración y la gloria.

Hablemos con sinceridad; pensemos con sinceridad. Ningún sentimiento, absolutamente ningún sentimiento respetable, se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una casa de caridad. El creyente cristiano verá en ella la imagen de su Dios y, en las angustias del sufrimiento físico, levantará a ella su espíritu. Los que no creemos en tal divinidad, veremos sencillamente la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana, glorificado donde es más oportuna esa glorificación: en el monumento vivo de su doctrina y de su ejemplo; a lo que debe agregarse todavía que ninguna depresión y ningún mal, y sí muy dignificadoras influencias, podrá recibir el espíritu del enfermo cuyos ojos tropiecen con la efigie del Maestro sublime por quien el beneficio que recibe se le aparecerá, no como una humillante dádiva de la soberbia, sino como una obligación que se le debe en nombre de una ley de amor, y por quien, al volver al tráfico del mundo, llevará acaso consigo una sugestión persistente que le levante alguna vez sobre las miserias del egoísmo y sobre las brutalidades de la sensualidad y de la fuerza, hablándole de la piedad para el caído, del perdón para el culpado, de la generosidad con el débil, de la esperanza de justicia que alienta el corazón de los hombres y de la igualdad fraternal que los nivela por lo alto.

Es este criterio y este sentimiento de honda justicia humana el que habría debido mantenerse y prevalecer sobre la suspicacia del recelo antirreligioso. Pero el jacobinismo, que con relación a los hechos del presente tiene por lema: "La intolerancia contra la intolerancia", tiene por característica, con relación a las cosas y a los sentimientos del pasado, esa funesta pasión de impiedad histórica que conduce a no mirar

en las tradiciones y creencias en que fructificó el espíritu de otras edades, más que el límite, el error, la negación, y no lo afirmativo, lo perdurable, lo fecundo, lo que mantiene la continuidad solidaria de las generaciones, perpetuada en la veneración de esas grandes figuras sobrehumanas — profetas, apóstoles, reveladores, — que desde lo hondo de las generaciones muertas iluminan la marcha de las que viven, como otros tantos faros de inextinguible idealidad.

V

Si la intolerancia ultramontana llegara un día a ser gobierno, mandaría retirar de las escuelas públicas el retrato de José Pedro Varela. — ¿Qué importa que la regeneración de la educación popular haya sido obra suya? No modeló su reforma dentro de lo que al espíritu ortodoxo cumplía; no tendió a formar fieles para la grey de la Iglesia: luego, su obra se apartó de la absoluta verdad, y es condenable. ¡No puede consentirse su glorificación, porque ella ofende a la conciencia de los católicos! — Ésta es la lógica de todas las intolerancias.

La intolerancia jacobina — incurriendo en una impiedad mucho mayor que la del ejemplo supuesto, por la sublimidad de la figura sobre quien recae su irreverencia, — quiere castigar en la imagen del redentor del mundo el delito de que haya quienes, dando un significado religioso a esa imagen, la conviertan en paladión de una intolerancia hostil al pensamiento libre. Sólo ve en el crucifijo al *dios enemigo*, y enceguece para la sublimidad humana y el excelso significado ideal del martirio que en esa figura está plasmado. ¿Se dirá que lo que se expulsa es el signo

religioso, el *icono*, la imagen del dios; y no la imagen del grande hombre sacrificado por amor de sus semejantes? La distinción es arbitraria y casuística. Un crucifijo sólo será signo religioso para quien crea en la divinidad de aquél a quien en él se representa. El que lo mire con los ojos de la razón — y sin las nubes de un odio que sería inconcebible, por lo absurdo, — no tiene por qué ver en él otra cosa que la representación de un varón sublime, del más alto Maestro de la humanidad, figurado en el momento del martirio con que selló su apostolado y su gloria. Sólo una consideración fanática — en sentido opuesto y mil veces menos tolerable que la de los fanáticos creyentes, — podría ver en el crucifijo, *per se*, un signo abominable y nefando, donde haya algo capaz de sublevar la conciencia de un hombre libre y de enconar las angustias del enfermo que se revuelve en el lecho del dolor.

¿Por qué el enfermo librepensador ha de ver en el crucifijo más de lo que él le pone ante los ojos: una imagen que evoca, con austera sencillez, el más sublime momento de la historia del mundo y la más alta realidad de perfección humana? ¿Acaso porque ese crucifijo, puesto en manos de un sacerdote, se convierte en signo e instrumento de una fe religiosa? Pero no es en manos de un sacerdote donde le verá, sino destacándose inmóvil sobre la pared desnuda, para que su espíritu lo refleje libremente en la quietud y desnudez de su conciencia...

VI

De cualquier punto de vista que se la considere, la resolución de la Comisión de Caridad aparece injustificada y deplorable.

No reivindica ningún derecho, no restituye ninguna libertad, no pone límite a ningún abuso.

Y en cambio hiere a la misma institución en cuyo nombre se ha tomado ese acuerdo, quitando de ella el sello visible que recordaba su altísimo fundamento histórico: que insustituiblemente concretaba el espíritu del beneficio que allí se dispensa, en nombre de una ley moral que no ha dejado de ser la esencia de nuestra civilización, de nuestra legislación y de nuestras costumbres. Y hiere a la conciencia moral interesada en que no se menoscabe ni interrumpa el homenaje debido a las figuras venerandas que son luz y guía de la humanidad; homenaje que si es un esencialísimo deber de justicia y gratitud humana, es, además, para la educación de las muchedumbres, un poderoso medio de sugestión y de enseñanza objetiva; lo mismo cuando se encarna en los bronces y los mármoles erigidos en la plaza pública, que cuando se manifiesta por la efigie colgada en las paredes de la escuela, del taller, de la biblioteca o del asilo: de toda casa donde se trabaje por el bien o la verdad.

Esto es lo que sinceramente siento sobre el punto que usted somete a mi consideración; esto es lo que yo propondría a la meditación de todos los espíritus levantados sobre los fanatismos y las intolerancias.

Haga usted de esta carta el uso que le parezca bien, y créame su afectísimo amigo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

CONTRARRÉPLICAS

(Publicadas en "La Razón", con motivo de la conferencia dada por el Dr. D. Pedro Díaz, en el "Centro Liberal", el día 14 de julio, refutando las ideas expuestas en la carta anterior.)

Esperaba con interés la publicación de la conferencia que el doctor don Pedro Díaz consagró a refutar mi crítica de la expulsión de los crucifijos, de las salas del Hospital de Caridad. — No se mezclaba a ese interés el propósito preconcebido de contrarreplicarle y hasta deseaba que mi participación personal en la agitación de ideas promovida alrededor de tan sonado asunto, quedara terminada con la exposición serena de mi juicio.

No es que no sea para mí un placer quebrar una lanza con inteligencia tan reflexiva y espíritu tan culto como los que me complazco en reconocer, desde luego, en mi adversario de ocasión; pero confieso que, un tanto desengañado sobre la eficacia virtual de la polémica como medio de aquilatar y depurar ideas, me hubiera contentado con dejar persistir, frente a frente, mi argumentación y su réplica, para que, por su sola virtud, se abrieran camino en los espíritus dotados de la rara cualidad de modificar sinceramente sus juicios o prejuicios por la influencia del raciocinio ajeno.

Pero, por otra parte, el grave mal de estas disputas sobre puntos de índole circunstancial y transitoria, es que en sus proyecciones quedan casi siempre envueltos puntos mucho más altos, de interés imperecedero y esencial, que las conveniencias accidentales del pole-

mista resuelven en el sentido más favorable a su tesis del momento; propendiéndose con frecuencia así a deformar la verdad, a arraigar la mentira histórica, a fomentar sofismas perniciosos y enormes injusticias, que acaso quedan flotando en el aire y se fijan luego en las asimilaciones inconscientes del criterio vulgar, como el único y deplorable rastro de estas escaramuzas efímeras. — No es otro el interés que me mueve a no dejar sin contrarréplica la refutación a que aludo.

Me detendré ante todas las fases de la cuestión que encara el doctor Díaz, y aun ante algunas otras; y le seguiré, paso a paso, en todas las evoluciones y los giros y las vueltas y revueltas de su habilidosa argumentación; por lo cual ha de disculpárseme de antemano si abuso, con más extensión y por más días que fuera mi deseo, de la afectuosa hospitalidad de este diario.

Libre de toda vinculación religiosa, defiendo una gran tradición humana y un alto concepto de la libertad.

No miro a mi alrededor para cerciorarme de si está conmigo la multitud que determina el *silent vote* de la opinión y que determinaría el sí o el no en un plebiscito de liberales. Me basta con perseverar en la norma de sinceridad invariable, que es la única autoridad a que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra. Recuerdo que, cuando por primera vez tuve ocasión de hablar en una reunión política, en vísperas de elecciones y con la consiguiente exaltación de los ánimos, fue para decir a la juventud en cuyo seno me encontraba, que mi partido debía ceder el poder si caía vencido en la lucha del sufragio. Tal manifestación, hecha en días de gran incertidumbre

electoral y en un ambiente de apasionamientos juveniles, no era como para suscitar entusiasmos, y a los más pareció, cuando menos, inoportuna; pero no pasó mucho tiempo sin que pudiese comprobar que más de uno de los que se acercaran a censurármelo en aquel momento, se había habituado a escuchar sin escándalo, y aun a reconocer por sí mismo, que la conservación del poder debía plantearse en el terreno franco y llano del derecho. — El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino también para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad; y nunca habrá satisfacción más intensa para la conciencia leal, que cuando se le presente oportunidad de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan, y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita.

Dicho esto, entremos, sin más dilaciones, en materia.

I

LOS ORIGENES HISTORICOS DE LA CARIDAD

Afirmé en mi carta, y repito y confirmo ahora, que la vinculación entre el espíritu de las casas de beneficencia y el significado de la imagen que ha sido expulsada de su seno, es tan honda como manifiesta e innegable; que Jesús es en nuestra civilización, y aun en el mundo, el fundador de la caridad; que por él este nombre de caridad tomó en labios de los hombres acepción nueva y sublime; y que son su enseñanza y su ejemplo los que, al cabo de los siglos, valen para el enfermo la medicina y la piedad.

El estimable conferenciante desconoce rotundamente todo esto; sostiene que "no es por la idea ni por el sentimiento cristiano por lo que el hombre socorre al hombre"; califica de falso mi concepto de la personalidad de Jesús, y añade que este concepto importa atribuir al fundador del cristianismo, en la historia de la humanidad, una significación que "la ciencia" (así dice) le niega en absoluto.

Escuchemos la severa palabra de la ciencia. La ciencia nos opone, por labios del doctor Díaz, un argumento deductivo y copiosos argumentos históricos. El argumento deductivo consiste en inferir que siendo las revoluciones morales y sociales la obra impersonal de las fuerzas necesarias que se desenvuelven, con el transcurso del tiempo, en el seno de las sociedades humanas, importa una anomalía inaceptable atribuir la iniciativa de un nuevo sentimiento moral a la inspiración personalísima de un hombre: cosa que, de ser cierta, invadiría la esfera del milagro y confirmaría para Cristo la naturaleza, que le negamos, de Dios.

No se necesita mucho esfuerzo para mostrar la inconsistencia de tal razonamiento, aun colocándose dentro del criterio histórico que más lo favorezca. Porque sin menoscabar la acción de las fuerzas necesarias que presiden a la evolución de las sociedades y preparan en su oscuro laboratorio los resultados ostensibles de la historia humana, cabe perfectamente valorar la misión histórica y la originalidad de las grandes personalidades que, con carácter de iniciadores y reformadores, aparecen personificando en determinado momento los impulsos enérgicos de innovación; aunque su obra haya sido precedida por un largo proceso de preparación lenta e insensible, y aun-

que la acción del medio en que actúan colabore inconscientemente con ellas para el triunfo que se manifiesta como exclusiva conquista de su superioridad.

Por mucho que se limitase la jurisdicción de la voluntad y el pensamiento personales; por mucho que se extremara la concepción determinista de la historia, nunca podría llegarse a anular el valor de aquellos factores hasta el punto de que no fuera lícito a la posteridad, en sus rememoraciones y sanciones, vincular a un nombre individual la gloria máxima de una iniciativa, la inspiración capital de una revelación, el mérito superior de una reforma. — La invención personal, en la esfera de las ideas morales, representa una realidad tan positiva e importante — según ha mostrado Ribot en su análisis de la imaginación creadora, — como en el terreno de la ciencia o del arte. [1]

Pero hay más: para atribuir a Jesús la fundación de la moral caritativa, no sólo no se requiere desconocer las fuerzas históricas que obren por encima de la personalidad humana para producir los movimientos morales y sociales, sino que no es necesario desco-

1 "En el origen de las civilizaciones se encuentran personajes semihistóricos y semilegendarios (Manú, Zoroastro, Moisés, Confucio, etc.), que han sido inventores o reformadores en el orden social y moral. Que una parte de la invención que se les atribuye es debida a sus predecesores y a sus sucesores, es evidente, pero la invención, sea quienquiera el autor, no es por eso menos cierta. Hemos dicho en otra parte, y se nos permetirá repetirlo ahora, que esta expresión *inventores* aplicada a la moral, podrá parecer extraña a algunos, porque están imbuidos por la hipótesis de un conocimiento del bien y del mal innato, universal, compartido por todos los hombres y en todos los tiempos. Si se admite, por el contrario, como lo impone la observación, no una moral hecha de antemano, sino una moral que se va haciendo poco a poco, preciso es que sea la creación de un individuo o de un grupo." (Ribot: *Ensayo sobre la imaginación creadora*, tercera parte, cap. VII).

nocer siquiera los precedentes, más o menos directos y eficaces, que aquella moral haya tenido dentro mismo de la conciencia y la acción personal de los hombres. El doctor Díaz refuerza su argumento deductivo con abundantes citas históricas para demostrarnos que el sentimiento de la caridad ha existido en el mundo desde mucho antes de Jesús; y que ya entendían de caridad Confucio, Buda, Zoroastro y Sócrates y cien otros. Muy pronto desvaneceremos la ilusión que pueda cifrar el doctor Díaz en estos recursos de su erudición histórica, y reduciremos a su verdadero valor la congruencia y oportunidad de tales citas. Pero, aceptándolas provisionalmente y concediendo que fuesen exactas y oportunas, ellas no serían un motivo para que Jesús no pudiera ser llamado, en el sentido usual de este género de calificaciones históricas, el fundador de la caridad en el mundo. El mismo argumento que invocaba el doctor Díaz para resistirse a aceptar que la moral del cristianismo haya significado tan excepcional vuelco de ideas; su mismo argumento de que no hay obra humana sin preparación y antecedentes, determinaría el significado de las relaciones que pudieran encontrarse, en la historia anterior al cristianismo, con la obra de Jesús. No hay obra humana sin preparación y antecedentes; y sin embargo de ello, hay y habrá siempre, para el criterio de la historia, iniciadores, fundadores, hombres que resumen en sí el sentido de largos esfuerzos colectivos, la originalidad de una reforma social, la gloria de una revolución de ideas.

Cuatro siglos antes de que Lutero quemase en la plaza de Wittenberg las bulas de León X, habían rechazado los albigenses la autoridad del pontífice romano y sostenido la única autoridad de las Escritu-

ras; largos años antes de Lutero, habían sido arrojadas al Tíber las cenizas de Arnaldo de Brescia y había perecido Juan Huss por la libertad de la conciencia humana. Pero Lutero es y será siempre, ante la justicia de los siglos, el fundador de la reforma religiosa.

Varias generaciones antes de que Sócrates platicase de psicología y de moral con los ciudadanos de Atenas, había filosofado Tales, y Pitágoras había instituido su enseñanza sublime, y habían razonado los atomistas y habían argumentado los eléatas; pero Sócrates es y será siempre en la memoria de la posteridad el fundador del pensamiento filosófico.

Mucho tiempo antes de que Colón plantase en la playa de Guanahaní el estandarte de Castilla, los marinos normandos habían llegado con sus barcos de cuero, no ya a las costas del Labrador y de Terranova, sino a las mismas tierras donde hoy se levantan las más populosas, más opulentas y más cultas ciudades de la civilización americana; pero Colón es y será siempre ante la conciencia de la historia el descubridor del Nuevo Mundo.

Más de un siglo antes de que la Revolución del 89 proclamara el principio de la soberanía popular y realizase la forma republicana, los puritanos de Inglaterra habían reivindicado los derechos del pueblo, y el trono de los Estuardos había precedido en la caída al de los Borbones; y a pesar de ello, la Revolución del 89 es el pórtico por donde la sociedad moderna pasa del ideal del absolutismo monárquico al ideal de las instituciones libres.

Siempre habrá un precedente que invocar, un hombre que anteponer, una huella que descubrir, en el campo de las más audaces creaciones de los hombres;

pero las sanciones de la justicia humana no se atendrán jamás al criterio que parta del rigor de estos fariseísmos cronológicos, — miserables cuestiones de prioridad, cuyo sentido se disipa en la incertidumbre crepuscular de todos los orígenes. La predilección en el recuerdo, la superioridad en la gloria, no serán nunca del que primero vislumbra o acaricia una idea, del que primero prueba traducirla en palabras o intenta comunicarle el impulso de la acción, sino del que definitivamente la personifica y consagra: del que la impone a la corriente de los siglos: del que la convierte en sentido común de las generaciones: del que la entraña en la conciencia de la humanidad, como la levadura que se mezcla en la masa y la hace crecer con su fermento y le da el punto apetecido.

Por lo demás, si existe originalidad humana, no que excluya todo precedente, pero sí que se encuentre en desproporción con los precedentes que puedan señalársele, es sin duda la originalidad de la persona y la obra de Jesús. El entusiasta conferenciante manifiesta extrañar, por honor de la humanidad, que se acepte que en las civilizaciones anteriores a Cristo el sentimiento de la caridad no fuera conocido y practicado en formas tan altas, por lo menos, como las que ha realizado la enseñanza cristiana. La extrañeza es absurda en quien tanto habla de fuerzas que gobiernan la historia por determinismo y evolución. Lo que implicaría un concepto evidentemente contradictorio con toda idea de evolución y determinismo, sería imaginar que la razón humana ha podido levantarse, desde el primer instante de su desenvolvimiento, a la concepción de la moral más alta, y que la idea del deber no ha necesitado pasar por adaptaciones y modificaciones correlativas con los caracteres del medio, la raza

y los demás complejos factores de la historia antes de llegar a la moral que constituye el espíritu de nuestra civilización.

Pero entremos a examinar menudamente el valor que tengan las citas históricas del doctor Díaz, en relación con nuestro asunto. Tal será el tema del artículo siguiente.

II

¿Cuál deberá ser el criterio para graduar la oportunidad y eficacia de las citas con que se disputa a Jesús la originalidad de la moral caritativa y el derecho a ser glorificado en primer término por ella? — El criterio no puede ser otro que el de aquilatar la influencia que las doctrinas y los nombres citados representen en la obra de difundir y realizar aquella moral, con anterioridad a Jesús. Y como ninguna sociedad humana está obligada a tributar agradecimiento ni gloria por beneficios de que no ha participado, debe agregarse como condición que el alcance de tales influencias llegue, directa o indirectamente, a la sociedad que ha de rememorarlas y glorificarlas. De donde se sigue que la cuestión queda lógicamente reducida a investigar los orígenes del sentimiento de la caridad en cuanto se relacionen con la civilización de cuyo patrimonio y espíritu vivimos: la civilización que, tomando sus moldes últimos y persistentes en los pueblos de la Europa occidental, tiene por fundamentos inconcusos la obra griega y romana, por una parte; la revolución religiosa en que culminó el cometido histórico del pueblo hebreo, por la otra.

No negará el doctor Díaz que ésta es la manera como deben encararse los títulos históricos que se pon-

gan frente a los de Jesús; porque de lo contrario, si se admitiera que la simple prioridad cronológica, fuera de todo influjo real, determinase derecho preferente para la apoteosis, llegaríamos a la conclusión de que, resuelto un día el problema de la comunicación interplanetaria y averiguándose que en Marte o en Saturno empezó a existir antes que en la Tierra una especie racional capaz de virtudes y heroísmos, la humanidad debería posponer la glorificación de sus apóstoles y sus héroes a la de los héroes y los apóstoles saturninos o marcianos.

Establecido, pues, el criterio con que procederemos, ha de permitirnos, ante todo, nuestro ilustrado contendor, que pongamos un poco de orden en la sucesión tumultuosa de sus citas, disponiéndolas con arreglo a cierta norma, que, a falta de otra menos empírica, será la de su correspondencia geográfica de Oriente a Occidente. Y ha de permitirnos también que comenzando, según este orden, por Confucio, le neguemos resueltamente el pasaporte, con todo el respeto debido a tan majestuosa personalidad. Del lado de Confucio no es posible que haya venido, para la civilización europea, ni frío ni calor, ni luz ni sombra. Ninguna suerte de comunicación espiritual, ninguna noticia positiva siquiera, habían fijado la idea de la China en el espíritu de Europa, antes de los viajeros del Renacimiento. Era aquélla una tierra de leyenda, — la Sérica de los antiguos, la Catay semisoñada de Marco Polo. Apenas cuando los navegantes portugueses llegaron a las extremidades orientales del Asia, comenzó a abrirse a las miradas del mundo el espectáculo de ese pueblo que había permanecido por millares de años en inviolada soledad, tan ajeno a los desenvolvimientos convergentes y progresivos de la

historia humana como lo estaría la raza habitadora de un planeta distinto. ¿Por qué grietas de la famosa *muralla* ha podido filtrarse un soplo del aire estagnado dentro de aquella inmensa sepultura, para infundirse en el espíritu de otras civilizaciones y concurrir a formar el sentido moral de la humanidad?... — Convengamos en que esta piadosa evocación de la geta mongola de Confucio no pasa de ser un exceso de *dilettantismo* chinesco.

Tras de Confucio, sale a luz la fisonomía, menos pavorosa, de Buda. Nos encontramos en presencia de un ideal moral realmente alto y en algunos respectos no inferior, sin duda, al cristianismo. Nos encontramos además en un mundo que, del punto de vista étnico, puede considerarse más vinculado al origen de los pueblos occidentales que el propio mundo de Jesús. Y con todo, ¿cuál es la influencia histórica positiva del budismo en la elaboración del espíritu de la civilización cristiana?

Absolutamente ninguna. La religión de Sakia-Muni, expulsada, no bien nacida, de su centro por la persecución de la ortodoxia brahmánica, se extiende hacia el oriente y hacia el norte, sigue una trayectoria enteramente opuesta a la que hubiera podido llevarla al gran estuario de ideas de Occidente, y queda así sustraída a la alquimia de que resultó nuestra civilización. Si algún esfuerzo hace el budismo para tomar el rumbo de las remotas emigraciones de los arios ante la certidumbre histórica ese esfuerzo no pasa de manifestaciones oscuras y dispersas. Si ecos menos vagos de su espíritu cabe sospechar en alguna de las sectas gnósticas de los primeros tiempos cristianos, los ecos se disipan con ellas. Es menester que muchos siglos transcurran, y que el maravilloso sentido his-

tórico del siglo XIX despeje el enigma multisecular de esa India, que no había sido hasta entonces en la imaginación europea más que una selva monstruosa, — para que el foco de infinito amor y de melancólica piedad que había irradiado en la palabra del Buda se revele a la conciencia de Occidente con su poética y enervante atracción, suscitando en el pensamiento germánico las congeniales simpatías que llevaron el espíritu de Schopenhauer al amor del loto de Oriente e indujeron a Hartmann a buscar en el desesperanzado misticismo del solitario de Urubilva el germen probable de la futura religión de los hombres. [2]

Queda cerrado el atajo de Sakia-Muni. — Sigamos adelante. Henos aquí en plena Persia, ante el formidable *Zaratustra* de Nietzsche, o el Zoroastro de la denominación vulgar. — "¿Cómo hablaba Zaratustra?". Según el doctor Díaz, de manera no menos alta y generosa que Jesús. Démoslo de barato y vamos a lo pertinente: ¿ha trascendido de allí al espíritu de nuestra civilización una influencia positiva que menoscabe la originalidad de nuestra ley moral? — Este es, sin duda, un campo histórico más fronterizo que los de

2 Las conjeturas de Hartmann sobre el porvenir de la evolución religiosa no excluyen de este porvenir la persistencia de elementos cristianos, ni impiden que el filósofo del pesimismo reconozca explícitamente que la preponderancia y el sentido progresivo de la civilización occidental se deben a la superioridad de la filosofía cristiana, en cuanto afirma la realidad del mundo, sobre el idealismo *nihilista* que ha detenido la evolución de los arios asiáticos. Para Hartmann la fórmula religiosa del porvenir será una síntesis del desenvolvimiento religioso ariano y el semítico, del budismo y el cristianismo; sólo que concede marcada preferencia al primero, por entender que el panteísmo es una concepción más conciliable con la idea científica del mundo que el deísmo personal trascendente, y por creer en las ventajas del pesimismo, como fundamento ético, sobre el espíritu, optimista en definitiva, de la moral judeo-cristiana. Véase Hartmann: *La religión del porvenir*, capítulos VIII y IX.

Buda y Confucio, con los orígenes de la civilización cristiana. Admitamos sin dificultad que el ambiente de la religión de la Persia, respirado por los profetas durante el cautiverio, haya suministrado elementos teológicos y morales a la elaboración del mesianismo judío. Concedamos también que, fuera de esa vía de comunicación, el espíritu occidental haya podido asimilarse, por intermedio de la cultura helénica, partículas que procedan del contenido ideal del mazdeísmo; sea desde los viajes más o menos legendarios de Pitágoras, sea desde las expediciones de Alejandro. ¿Quién es el que se atrevería a precisar, aun así, la vaguedad incoercible de estas infiltraciones históricas, de aquellas que no faltan jamás ni alrededor de la obra de más probada espontaneidad; y quién podría demostrar, sobre todo, que ellas se relacionan con el sentimiento moral cuya procedencia discutimos y que se relacionan hasta el punto de determinar una influencia capaz de considerarse como valor histórico estimable y de pesar en las sanciones de la posteridad? — Por otra parte, o esta cuestión no existe, o se reduce a la de la originalidad de la obra de Jesús con relación al Testamento Antiguo y a la moral de los filósofos griegos; únicos puentes posibles entre el espíritu del reformador de la Bactriana y la conciencia de la moderna civilización. Ningún otro influjo autoriza a incluir la moral del mazdeísmo entre los precedentes de la moral que profesamos. La religión del Zendavesta, no sólo perdió en Maratón y Salamina la fuerza necesaria para propagarse e influir en los destinos del mundo, sino que ni aun supo persistir dentro de sus propias fronteras, y fue barrida de ellas al primer empuje de proselitismo del Corán, para arrinconarse en las semiignoradas regiones donde aún

prolonga su lánguida agonía. — La evocación de Zoroastro no tiene, pues, más oportunidad que la de Confucio y Buda.

Análogas razones invalidan la cita del Egipto, cuya intervención veneranda negocia también el distinguido orador, para que le auxilie con la moral del *Libro de los muertos.* — Aquí el contacto es evidente, por ambas faces de los orígenes cristianos: evidente el contacto del pueblo de Israel con el imperio de los Faraones, y por tanto muy presumible la influencia de la tradición egipcia en el espíritu de la ley mosaica; y evidente el contacto del pensamiento griego, desde Pitágoras o desde antes de Pitágoras, con la enseñanza de los sacerdotes del Nilo. Pero estas vinculaciones quedan incluidas entre las de la doctrina de Jesús con la antigüedad hebrea y helénica, punto que hemos de considerar en breve llevados por los pasos de nuestro replicante. Si Cristo se relaciona con los adoradores de Osiris, será por intermedio de Moisés; y si el cristianismo primitivo se asimila elementos de procedencia egipcia será por intermedio de los pensadores griegos, y singularmente del neoplatonismo de Alejandría. Lo que cabe preguntar desde luego es si la originalidad y virtud de la moral cristiana, como ley de amor extendida a todos los hombres, ha podido venir del seno del *Libro de los muertos;* y para esta pregunta la respuesta negativa se impone con absoluta certidumbre, siendo indudable que lo que la tradición de los egipcios haya proporcionado para la constitución del dogma cristiano, podrá referirse a la parte teológica o teogónica, pero nunca al espíritu y la expansión de la moral, que aquel pueblo de formulistas y canonistas, con su inmovilidad hierática y su egoísmo desdeñoso y estrecho, jamás hubiera sido capaz

de infundir, por su propia eficacia, en el organismo de una fe apta para propagarse e imponerse al mundo.

Vea, pues, nuestro estimable antagonista cómo podíamos habernos ahorrado este paseo por Oriente. No es en aquellas civilizaciones donde se encendió para la nuestra, el fuego de la caridad. No será allí donde sea posible hallar argumentos que menoscaben la grandeza de la obra de Jesús ni la originalidad de su moral, como títulos para nuestra gratitud y glorificación. — Y esta razón decisiva nos exime de entrar en argumentos de otro orden, y juzgar el árbol por sus frutos, según enseña el Evangelio: el valor de la doctrina por los resultados de la aplicación; y mostrar a la China de Confucio momificada en el culto inerte de sus tradiciones; al Tibet y la Indochina de Buda durmiendo, bajo el manzanillo del Nirvana, el sueño de la servidumbre; a la Persia de Zoroastro olvidada de su originalidad y su grandeza, para echarse a los pies del islamismo; y a la Europa y la América de la civilización cristiana, manteniendo en alto la enseña capitana del mundo sobre quinientos millones de hombres, fortalecidos por la filosofía de la acción, de la esperanza y de la libertad.

Mañana relacionaremos la idea cristiana de la caridad con sus inmediatos precedentes: la ley hebrea y la moral helénica y examinaremos si en este terreno tiene mejor éxito la dialéctica del doctor Díaz.

III

Admiremos, [3] ante todo, los contradictorios resultados a que lleva la pasión de la polémica. Es in-

3 Este tercer capítulo vio la luz, en las mismas condiciones editoriales de los anteriores, en el número de "La Razón" del 7 de setiembre del año mencionado.

dudable que, para quien se proponga negar la originalidad de Jesús, significa una posición mucho más fuerte colocarse dentro del *Antiguo Testamento* y tender a demostrar la identidad de su espíritu con la moral cristiana, que remontarse, en busca de inoportunos precedentes, a Confucio, Buda y Zoroastro. Pero como el interés es amenguar a toda costa la fama histórica de Jesús, y como el *Antiguo Testamento* está demasiado vinculado con Jesús para que allí pueda reconocerse cosa buena siendo el fundador del cristianismo tan insignificante y tan nulo, nuestro replicante presenta lo que debiera haber sido la parte principal de su argumentación, en esta forma displicente y casi despectiva: "En *los mismos* libros del *Antiguo Testamento*, anteriores a Jesús, hay preceptos de caridad..., etc.".

Los hay, sin duda; y en este punto, no sólo aceptamos el argumento que se nos opone, sino que, antes de refutarlo, lo ampliamos y reforzamos por nuestra cuenta.

La caridad — puede, efectivamente, decírsenos — estaba toda en el espíritu y la letra de la Ley antigua. El amor del pobre, del desamparado, del vencido, es la esencia misma de esa clamorosa predicación de los profetas, que constituye el más penetrante grito de la conciencia popular entre las resonancias de la historia humana. No hay más efusión de caridad en las parábolas del *Evangelio* que en las sentencias del *Deuteronomio* o en la poesía de los *Salmos*. La glorificación del esclavo, del humilde, no necesitaba ser revelada por Jesús al pueblo que había probado por sí mismo las amarguras del esclavo, durante la larga noche de su cautiverio.

¿En qué consiste entonces la originalidad moral de la Ley nueva? ¿En qué consiste que la caridad deba llevar el sello de Jesús y no el sello de Moisés o Isaías? Apenas aparece necesario decirlo. En que la Ley y los profetas fueron una obra eminentemente nacional, y la obra de Jesús fue una obra esencialmente humana; en que la Ley y los profetas predicaban para su pueblo, y Jesús predicaba para la humanidad; en que la caridad de la Ley y los profetas no abrazaba más que los límites estrechos de la nacionalidad y de la patria, y la caridad de Jesús, mostrando abierto el banquete de las recompensas a los hombres venidos de los cuatro puntos del horizonte, rebosaba sobre la prole escogida de Abraham y llenaba los ámbitos del mundo.

La campaña contra la imagen de Cristo levanta por bandera el postulado de que la caridad prevalece sobre las diferencias religiosas; y desconoce que ese mismo postulado a que se acoge, ese mismo principio en que se escuda, pertenecen, por derecho irrefragable, a quien, oponiéndolos a la tolerancia orgullosa de su tiempo, los consagró para siempre con la hermosa sencillez de sus parábolas, en el ejemplo de "el samaritano y el levita" [4] que minaba las bases de la caridad fundada sólo en la coparticipación de la fe.

---

4 San Lucas, X, 30-37. — El señor Bossi, en el libro de que se hablará más adelante (*Jesucristo nunca ha existido*, pág. 173 de la traducción española) invierte los términos de esta notoria diferencia entre la moral del Antiguo Testamento y la del Nuevo, atribuyendo a la fraternidad cristiana el carácter nacionalista o sectario y a la judía, el humanitarismo. La paradoja no tiene siquiera el mérito de la originalidad. Esta es, desde luego una cuestión palmariamente resuelta por los hechos históricos, que presentan al cristianismo tendiendo, desde su nacer, a universalizarse y fundando la unidad humana más amplia y comprensiva; y al judaísmo, confirmándose, después de la destrucción de su Templo, y perseverando, hasta nuestros días, en su exclusivismo de raza y su insociabilidad genial. El señor Bossi no puede desconocer

Pero abramos campo todavía. Imaginemos que esta extensión universal del espíritu caritativo estuviera ya en germen en los preceptos de la antigua Ley y no necesitara sino desenvolverse y propagarse. Aun así, el vínculo por el cual esa escondida virtud de la tradición mosaica se habría comunicado con el mundo y le habría conquistado y redimido, no sería otro que la palabra de Jesús. En Grecia, en Roma, en todo el oriente del Mediterráneo, las colonias judías precedieron en mucho tiempo a las misiones de los apóstoles; pero su espíritu no fue, antes de la propagación del cristianismo, más que un ánfora cerrada, sin trascendencia real en el ambiente. ¡Qué miserable virtud había de tener por sí solo para mover la corriente magnética de las simpatías humanas! La sinagoga sin Jesús es el fariseísmo: el hedor del sepulcro, la hipocresía de

---

lo evidente y confiesa (pág. 178) que la fraternidad universal es "la esencia del cristianismo"; sólo que atribuye este resultado a influencias extrañas a la moral, que llama *sectaria*, del Evangelio. Pero es absurdo pretender que el humanitarismo cristiano proceda, en lo fundamental, de otra parte que de la moral evangélica. Las citas en que apoya la paradoja el señor Bossi (pág. 116) son unilaterales y contrarias a todo principio de lealtad y corrección en la crítica. No sólo se atiene casi exclusivamente al *Evangelio de San Mateo*, que, como se sabe, es el más penetrado de judaísmo conservador, sino que toma únicamente de él lo que puede convenir a su prejuicio. Así, menciona la prohibición de entrar en ciudades de gentiles y samaritanos (*Mateo*, X, 5-7); y el episodio de la mujer cananea (*Mateo*, XV, 22-26), no sin excluir de la referencia los versículos finales (27 y 28), que completan, y en cierto modo rectifican, el sentido; y el pasaje que presenta a los apóstoles juzgando sólo a las doce tribus de Israel (*Mateo*, XIX, 28) La refutación de pleitisia consistiría en argüir que el significado de esos y otros pasajes debe tomarse en la inteligencia de una simple prioridad cronológica en la conversión de los judíos respecto de la de los gentiles, como cabe sostener fundándose en la versión dada por San Marcos (VII, 27), de las palabras de Jesús a la Cananea, y en las de San Pablo y San Bernabé a los judíos en las *Actas de los Apóstoles* (XIII, 46). Pero la sinceridad crítica y el interés desapasionado en la indagación de la verdad, están en aceptar derechamente el significado judaísta de

la fórmula. Jamás pudo surgir de almas de fariseos la redención de la humanidad. Lejos de cooperar desde sus reductos a la obra histórica del cristianismo, la ortodoxia judía, que sacrificó al Reformador en nombre de la ley, fue el mortal enemigo que hubo de vencer la fe naciente, no ya fuera, sino dentro mismo de su seno; y el cristianismo necesitó romper los últimos lazos que le sujetaban a la tradición para no perecer consumido por su sombra: como habría perecido, sin duda, si el genio propagador y humanitario de San Pablo no le arrancara de aquella atmósfera de muerte, separando, según el precepto del Maestro, el vino nuevo de los odres que le hubieran agriado.

Cabe aún una última objeción, — si es que puede llegarse a la última objeción cuando se tiene enfrente la pertinacia imperturbable de las opiniones sistemá-

---

tales referencias, para argumentar luego con que no es admisible valorarlas sin poner al lado de ellas los lugares en que aparece, de manera clara e inequívoca, el sentido humanitario. Así, en el mismo *Mateo*, el episodio del centurión de Cafarnaúm (VIII, 5-13), y la parábola de los labradores sustituidos en el cultivo de la viña (*Mateo*, XXI, 33-43; *Marcos*, XII, 1-9; *Lucas*, XX, 9-16), y la de los caminantes llamados al convite de bodas (*Mateo*, XXII, 2-10; *Lucas*, XIV, 16-23); y en *Lucas*, la citada parábola del samaritano y el levita, y el caso del samaritano agradecido (XVII, 11-16); y en *Juan*, la hermosísima escena de la Samaritana (IV, 5-23); y finalmente, los mandatos de que el Evangelio se predique a todas las gentes y naciones, en *Mateo* (XXIV, 14, y XXVIII, 19), en *Marcos* (XVI, 15) y en *Lucas* (X, 1 y XXIV, 47), corroborados en *Juan* con el anuncio de la glorificación de Jesús por los gentiles (XII, 20-23). Es, pues, inexcusable la necesidad de reconocer en los *Evangelios* la huella de ambas tendencias — judaísmo y humanitarismo — tal como alternativamente se imponían al espíritu de los evangelistas; y partiendo de aquí, quien se proponga inferir con sinceridad, entre ambas, cuál es la que verdaderamente interpreta la posición original de Jesús, se inclinará sin género de duda a atribuirle el sentido humanitario, y hallará para los vestigios del judaísmo, ya la explicación de que el Maestro no llegó probablemente a aquél desde el primer instante de sus predicaciones, ya la de las resistencias que en la mente de los discípulos, sujeta todavía por los vínculos de la tradición y

ticas. Jesús no se levanta sobre la planicie del fariseísmo como montaña aislada y súbita, a manera de los conos volcánicos. Anhelos e impulsos de reforma; tendencias inconexas, pero inconscientemente convergentes en el sentido de comunicar más efusión de amor al espíritu de la caridad, más amplitud y fuerza íntima al sentimiento religioso, más extensión humanitaria a la idea de la solidaridad social, se agitaban, con la recrudescencia de las esperanzas mesiánicas en torno de la sinagoga; y en ese desasosiego presagioso el maestro de Nazaret no fue el único ni el primero. — Algo aprovecha de este argumento posible el doctor Díaz; y así, aunque con un tanto de incongruencia, — furtivamente deslizado entre su Buda, su Zoroastro y su Confucio, — trae a luz el nombre de Filón, el judío de Alejandría que, simultáneamente o con alguna an-

---

la raza, debía hallar el atrevimiento de un espíritu inmensamente superior al de ellos en amplitud e independencia genial de tales vínculos. Sabido es que la lucha entre la tendencia universalista y la judaica constituye, durante el primer siglo, el conflicto interior del cristianismo naciente; y por mucha parte que deba atribuirse en el triunfo de la expansión humanitaria a la iniciativa de San Pablo, es seguro que esta iniciativa no hubiera prosperado a no tener hondas raíces en la doctrina original. Nadie puede lealmente desconocer que el sentido humanitario es el que se conforma y armoniza con el carácter general de la personalidad y la doctrina de Jesús y desde luego, el que fluye necesariamente de su concepción del sentimiento religioso: separando este sentimiento de la autoridad de la tradición y de la ley, para darle por fundamento único la intimidad de la conciencia, la sinceridad del corazón, no podía menos de llegarse a repudiar la idea del privilegio de un pueblo elegido y de la indignidad de los otros. Los dos grandes historiadores del Jesús *humano* concuerdan en la interpretación del espíritu del Reformador en este punto: véase Renán, *Vida de Jesús*, cap. XIV: "Relaciones de Jesús con los paganos y los samaritanos", y Strauss, *Nueva vida de Jesús*, lib. I, XXVI: "Jesús y los gentiles". Consúltese también en Strauss la "Mirada retrospectiva sobre los tres primeros Evangelios": ob. cit. Introducción XIX, XX, XXI.

terioridad a Jesús, obtuvo de la conciliación del deísmo de su pueblo con la filosofía neoplatónica, una moral inspirada en un alto sentimiento de la fraternidad humana. Demos paso a Filón — y hasta proporcionémosle cortejo, recordando que aun pudo el conferenciante abonar su tesis contraria a la originalidad del cristianismo con nombres que convinieran mejor a su objeto que el de Filón; siendo así que, respecto del pensador alejandrino, nadie duda que permaneció Jesús en incomunicación absoluta mientras que es sostenible la influencia de los esenios, con su apartamiento de las observancias exteriores y su sentido semicristiano de la caridad; y muy sostenible la de moralistas como Hillel, el rabino de las suaves sentencias, más verdadero precursor de Jesús que el tétrico y adusto Bautista. — Pero ya se refieran los precedentes a la *utopía* social de los esenios, ya al judaísmo helenizante de Filón, ya a las sentencias de la tradición oral recogida en las páginas de los libros talmúdicos, es indudable que en los últimos tiempos de la antigua Ley cabe encontrar, antes o fuera de la palabra de Jesús, muchos de los elementos en que pueda concretarse la diferencia *literal* de la Ley nueva, respecto de la antigua.

¿Qué dificultad hemos de oponer para reconocerlo quienes no vemos en la obra del fundador del cristianismo cosa divina, materia de revelación, sino obra de genio y monumento de grandeza humana? — Demuéstrese triunfalmente todo ello; ordénense, en dos columnas paralelas, el *Nuevo Testamento* por un lado, por el otro extractos del *Antiguo,* de los tratados de Filón y del *Talmud;* señálense las relaciones, las semejanzas, las coincidencias... y después de esto la originalidad de Jesús quedará siendo tan alta

que jamás obra humana merecerá a más justo título que su obra el nombre de *creación.*

Lo que queda dicho al precisar las condiciones que determinan la calidad histórica de los iniciadores y reformadores, define suficientemente el sentido de esa afirmación; que no será paradojal más que para los que se alleguen a estas cuestiones con la estrechez del criterio legista, apegado a la ruindad de la letra, incapaz de la mirada que desencarna el alma de los acontecimientos y las cosas.

El genio es esencialmente la originalidad que triunfa sobre el medio; pero esta originalidad en que consiste el elemento específico del genio, no significa la procedencia extratelúrica del aerolito; no excluye, como lo entendería una interpretación superficial, la posibilidad de rastrear, dentro del mismo medio, los elementos de que, consciente o inconscientemente, se ha valido; los precedentes que de cerca o de lejos le han preparado; el cultivo que ha hecho posible la floración maravillosa. Lo que sobrepuja en el genio todo precedente, lo que se resiste en el genio a todo examen, lo que desafía en el genio toda explicación, es la fuerza de síntesis que, reuniendo y compenetrando por un golpe intuitivo esos elementos preexistentes, infunde al conjunto vida y sentido inesperados, y obtiene de ello una unidad ideal, una creación absolutamente única, que perseverará en el patrimonio de los siglos; como la síntesis química obtiene de la combinación de los elementos que reúne, un cuerpo con propiedades y virtudes peculiares, un cuerpo que no podría definirse por la acumulación de los caracteres de sus componentes.

Así, en el arte, como en la ciencia, como en la creación moral. — Todo Shakespeare puede ser recons-

truido con autores que le precedieron, para quien sólo atienda a los argumentos de sus obras; y en cuanto a la originalidad literal, dos mil entre seis mil versos suyos son remedos o reminiscencias; pero no es sino Shakespeare quien, con ese material ya empleado, impone a la admiración eterna de los hombres *Romeo y Julieta, Hamlet, Macbeth, Otelo.*

Y hemos de ver más adelante que cuando se trata de la iniciativa de revoluciones morales, las *ideas* — en cuanto este nombre designa la simple noción intelectual — son, no menos que en el arte, elemento secundario, y la personalidad *viviente* del reformador, la personalidad que siente y obra, es casi todo. Las ideas que el análisis puede disociar en la doctrina de Jesús se hallan en *La Ley* mosaica, en los *Profetas*, en el *Eclesiástico*, en Hillel, en Antígono de Soco, en Filón, en el Bautista; pero sólo Jesús, sólo su fuerza sublime de personalidad, obtiene de esos elementos flotantes, dispersos o inactivos, esta síntesis soberana: la moral y la religión de veinte siglos, el porvenir del mundo, la regeneración de la humanidad!

Toda argucia fracasa ante la sencillez formidable de este hecho: cualquiera otro nombre a que quisiera vincularse la gloria de la caridad, entre los que hemos citado, sólo tendrá tras sí o el olvido o una fama sin calor ni trascendencia activa en la realidad de lo presente; y el nombre de Jesús es, y seguirá siendo durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los hombres.

IV

Empezaremos hoy agradeciendo al doctor Díaz que nos proporcione ocasión de respirar por una hora el aire que circula entre los mármoles del Acrópolis y sacude las ramas de los olivos de Minerva. Siempre es grata esta peregrinación a que nos invita. De aquella parte vino lo más noble de nuestro patrimonio intelectual: ciencia, arte, investigación metódica, sentido de lo bello. — ¿Vino también de allí un ideal de amor caritativo que, excediendo de la extensión de la ciudad y de la raza y trascendiendo de la esfera del pensamiento abstracto al sentimiento y a la acción, volviese vana la enseñanza del Redentor del mundo?

Examinemos la nueva provisión de citas de nuestro estimable replicante. — Procede descartar, desde luego, la que se refiere (de modo general y sin abonarse concretamente la oportunidad de la cita) a las sentencias que en las epopeyas de Homero y los poemas de Hesíodo reflejan las ideas de conducta que gobernaban el espíritu de aquellas sociedades en tiempos primitivos y semibárbaros, caracterizando un sentido moral que fuera absurdo parangonar con el que orienta la marcha de nuestra civilización. [5] La moral de Pitágoras, si señala un nivel más alto, no pasa de es-

5 El espíritu de la moral anterior a la filosofía, puede concretarse de esta manera: "El bien para el amigo; el mal para el enemigo". La venganza era *el placer de los dioses*. Esta noción espuria de justicia suele reaparecer, aún en la plenitud de la cultura griega, en los filósofos y en los poetas. Véase, por ejemplo, en Esquilo, la contestación de Prometeo al coro que le exhorta a cejar: *Prometeo encadenado*, verso 970. Si la caridad tiene, desde los primeros tiempos de Grecia, un lejano anuncio en las costumbres, éste es la *hospitalidad:* el agasajo del caminante y el extranjero, hecho en obsequio de Júpiter Hospitalario, con el candor patriarcal cuya poesía embalsama la encantadora fábula de *Filemón y Baucis*, reproducida por Ovidio: *Metamorfosis*, Libro VIII.

peculación filosófica a ley de conducta, sino en la forma de organización clausurada y conventual, necesariamente efímera en un pueblo a cuyas más íntimas condiciones repugnaba y que pronto prefirió volverse a atender, del lado de los sofistas, el juego vano, pero alegre y audaz, de las ironías dialécticas. — Más sentido y sustancia hay, sin duda, en el recuerdo de Sócrates, por quien un ideal superior al recibido de la tradición aparece al aire libre de la propaganda.

Nadie puede negarse a reconocer en la esencia de la doctrina de Sócrates elementos comunes con los que imprimieron carácter a la revolución moral del cristianismo. — *Sancte Socrate, ora pro nobis,* rezaba el viejo Erasmo. — Emancipando la moral de la tradición y la costumbre, para fundarla sobre la íntima potestad de la conciencia, Sócrates anticipaba en cierto modo la reinvindicación cristiana de "el espíritu y la verdad" antepuestos a la autoridad tradicional de la ley. Oponiendo al egoísmo receloso de la *ciudad* antigua, aquel vislumbre de sentimiento humanitario que inspira las palabras que nos ha trasmitido Cicerón: "No soy de Atenas: soy del mundo", anunciaba el sentido de cosmopolitismo con que los estoicos prepararían el escenario del imperio romano a la propaganda de la idea cristiana. Sellando su amor de la verdad con la resolución del sacrificio, daba el ejemplo del testimonio sublime de los mártires, de que el cristianismo recibiría su prestigio y su fuerza.

Pero si injusto sería desconocer la gloria de estos precedentes, aún más injusto sería exaltarla hasta el punto de anular por ella la originalidad de Jesús. Desde luego — y esto bastaría a nuestro propósito — lo que entendemos por caridad no tiene marco que ocupar en la doctrina socrática. El sentido cristiano de la

caridad es el bien practicado sin condiciones: aun a cambio del mal recibido, y aun con la presunción de la ingratitud del mal. Y la moral de Sócrates nunca pasó de la noción de justicia que se define activamente por la retribución del bien con el bien, y que frente al mal sólo prescribe la actitud negativa de no retribuirlo con el mal. No es, en lo que tiene de activo, más que la relación armoniosa que el maravilloso instinto plástico de la fábula griega había personificado en las tres Gracias: la que concede el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve. Las Gracias formaban un grupo inseparable y la tercera nunca quedó aparte de las otras.

Esta consideración sería suficiente — insisto en ello — para eliminar la oportunidad de la cita; pero aun cuando se concediera que la enseñanza recogida por Jenofonte y por Platón entrañase una moral tan alta como la que se propagó desde las márgenes del Genesaret, siempre quedaría subsistente la diferencia esencialísima que se refiere a la eficacia y la extensión de ambas iniciativas morales. Por más que Sócrates predicase en la plaza pública y hablara al pueblo en el lenguaje del pueblo, su reforma nacía destinada a no prevalecer sino en las altas regiones del espíritu. Su ley moral partía de la eficiencia del conocimiento, de la necesidad de la sabiduría como inspiración de la conducta; y esta concepción aristocrática, que limitaba forzosamente la virtud a un tesoro de almas escogidas, llevaba en sí misma la imposibilidad de popularizarse y universalizarse. — De Sócrates no hubiera podido surgir jamás, para la transformación del mundo, una pasión ferviente ni un proselitismo conquistador.

Instituyó, sí, una orientación filosófica perdurable, un fundamento racional y metódico que perseveró en las construcciones de la ciencia helénica; y que, en la relación de la moral, produjo ideas que, en Platón y sus discípulos, se elevan a menudo a una alta noción de la solidaridad humana y a conceptos no distantes de la caridad; desenvolviendo esa teoría de amor que había de ser el más eficaz elemento que hallaría el cristianismo naciente para asimilarse y apropiarse la obra de la filosofía. Pero nunca esta moral trasciende del ambiente de la escuela y se levanta en llama capaz de inflamar y arrebatar las almas, determinando una revolución que modifique los moldes de la realidad social y convierta sus principios en sentido común de los hombres. Nada era menos conciliable con la íntima serenidad del genio griego que el instinto de la propaganda moral apasionada y simpática, de donde nacen los grandes movimientos de reforma social y religiosa.

En el espíritu romano — tributario, como es bien sabido, del griego, en todo lo que no surgió de su ruda y soberbia espontaneidad, — el hecho histórico es que la caridad no tiene, antes del auge del estoicismo, precedentes más intensos ni extensos, en la teoría ni en la conducta, que los que cabe hallarle dentro de Grecia; a pesar de los conceptos puramente abstractos, sin fuerza de propaganda y realización, que — como el *charitas generis humani* ciceroniano — puedan entresacarse para demostrar la oportunidad con que nuestro replicante haya procedido en sus citas de Cicerón, Horacio y Lucrecio. Y dejemos de lado la extravagancia de incluir al liviano y gracioso espíritu de Horacio, sólo porque haya hablado alguna vez de austeridad y de virtud, entre los educadores y pro-

pagandistas morales; que es como si a alguien se le ocurriera retratar a Lord Byron con el uniforme del "Ejército de Salvación"...

Llegan las vísperas de la regeneración del mundo. La filosofía clásica parece aspirar, en aquella espectativa inconsciente, a un sentido más activo y revolucionario, que la convierta en fuerza de sociabilidad y en inspiración de la voluntad individual; y sobre el desborde de todas las abyecciones y todas las concupiscencias, se propaga la moral a que el conferenciante alude con los nombres de Epicteto, Séneca y Lucano: se propaga la moral del estoicismo, por quien la escuela adquiere ciertos visos de religión; por quien el convencimiento asume ciertos caracteres de fe; por quien la razón teórica tiende a infundirse y encarnarse en la eficiente realidad de la vida. — El estoicismo trajo como fermento de su moral la idea más alta que se hubiera profesado nunca, de la igualdad de los hombres, lo mismo en la relación del ciudadano al extranjero que en la del señor al esclavo; preconizó la dignidad del dolor; exaltó la aprobación de la conciencia sobre los halagos del mundo; y produjo su magnífica flor de grandeza humana en el alma perfecta de Marco Aurelio. — ¿Con qué conquista positiva, con qué adelanto tangible en la práctica de la benevolencia y la beneficencia, contribuyó, entretanto, el estoicismo al advenimiento de la caridad?... Tal vez con algún alivio en la suerte del esclavo cuando el señor era estoico; tal vez con algún influjo en las modificaciones de la legislación para mitigar las diferencias sociales; pero ningún resultado práctico nació del estoicismo que, ni remotamente, se hallara en proporción con la teoría ni prometiese en él la aptitud de realizarla por sus fuerzas. — Faltaban a aquella última y suprema

fórmula de la moral pagana el jugo de amor y la energía comunicativa; y su virtud apática, su *deber* de abstención y resistencia, capaces de suscitar dechados de austeridad individual, pero ineptos para remover el fondo de la conciencia común y arrancar de ella el ímpetu de una reforma, permanecían con la inmovilidad del mármol ante el espectáculo de aquel orden moral que se disolvía y de aquel mundo que se desmoronaba. Después, como antes, de los estoicos, el pueblo no tuvo norma que seguir del lado de la filosofía: en el espíritu del pueblo la filosofía había destruido y no había edificado, y la corrosión del escepticismo, que apresuraba la fuga de los dioses, no se reparaba con ninguna afirmación que viniese a llenar el vacío de las conciencias sin gobierno y a retemplar la fibra enervada de los corazones.

Esto es todo cuanto el mundo clásico ofrece como precedente del sentimiento cristiano de la caridad. — La dominación espiritual de Grecia dio a la unidad romana el resplandor de las ideas, la selección de las costumbres, el timón del criterio, la aguja magnética del gusto; pero no le dio la regeneración moral. Encarézcanse en buenhora los elementos con que el espíritu de Grecia contribuyó a desenvolver y dejar constituido en organismo cabal y poderoso el germen de la idea cristiana, desde que este germen tomó vuelo hacia Occidente. Váyase aún más allá, y señálese en la excitación que concurrió a fomentarlo y madurarlo dentro de su propio terruño, la parte que quepa atribuir a las influencias helénicas que hubieren alcanzado a penetrar en el ambiente de Judea por medio de los prosélitos paganos, y, si se quiere, de la misma escuela helenizante de Egipto. Todo lo que se diga no alterará la verdad de que la célula central, el germen precioso,

donde está la fuerza de vida sin cuya virtud la más pingüe tierra nunca dará de sí un tallo de hierba, vino de otra parte y no tenía en el espíritu de la civilización grecorromana, cosa capaz de sustituirlo.

No he de ser yo quien propenda a amenguar la autoridad con que Grecia preside en lo más bello y más sólido de nuestro pensamiento. Aquel pueblo único produjo para la humanidad su obra cien veces gloriosa; y ella dura y durará por los siglos de los siglos. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos, tomados sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva; pero no por ser una gota deja de ser la parte esencial en la preparación con que se les administra. Lo que en la redoma del farmacéutico da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica, es a menudo una gota diluida en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la verdad y la naturaleza, es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. — Agradezcamos esta agua; pero no desconozcamos por eso la gota de quintaesencia que la embalsama, y le da virtud de curar, y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado a conciliarse, más o menos armoniosamente en la complejidad de nuestro espíritu, en nuestro sentimiento de la vida; pero, en cuanto a su origen, ni pudieron brotar juntos, ni era dable que se lograsen sino a condición de crecer en medios diferentes, adecuados a las respectivas leyes de su desarrollo. La obra de Grecia no sólo no arraigó en la conciencia humana el sentimiento de la caridad, sino que implícitamente lo excluía. Cada civilización,

cada raza considerada como factor histórico, son un organismo cuyas fuerzas convergen necesariamente a un resultado que, por naturaleza, excluye la posibilidad de otros bienes y excelencias que aquellos que están virtualmente contenidos en el principio de su desenvolvimiento. No se corona el rosal con las pomas del manzano; no tiene el ave de presa el instinto de la voz melodiosa; ni a las razas que recibieron el don del sentimiento estético y la invención artística, fue concedida la exaltación propagadora en materia de moral y de fe. La obra de Grecia era el cultivo de la perfección plástica y serena: la formación de la criatura humana noble, fuerte, armoniosa, rica de facultades y potencias para expandirse, con la alegría de vivir, en el ambiente luminoso del mundo; y en la prosecución de esta obra, el débil quedaba olvidado, el triste quedaba excluido, la caridad no tenía sentido atendible ni parte que desempeñar. Donde la libertad, no acompañada por un vivo sentimiento de la solidaridad humana, es la norma suprema, el egoísmo será siempre la sombra inevitable del cuadro. La compasión, nunca muy tierna ni abnegada, ni aun entre los vinculados por los lazos de la ciudadanía, tocaba su límite en la sombra donde habitaban el esclavo y el bárbaro.

Un día, se presentó en el Areópago de Atenas, un judío desgarbado y humilde, que hablaba, con palabras balbucientes, de un dios desconocido, de una ley ignorada, de una era nueva... Su argumentar inhábil hizo sonreir a los filósofos y los retores iniciados en los secretos de la diosa que comunica los dones de la razón serena y de la irresistible persuasión. El extranjero pasó; ellos quedaron junto a sus mármoles sagrados, y nadie hubiera podido hacerles comprender entonces por qué, con la dirección moral de su sabidu-

ría, el mundo se había rendido a la parálisis que le mantenía agarrotado bajo la planta de los Césares, y por qué Pablo de Tarsos, el judío de la dialéctica torcida y la palabra torpe, llevaba consigo el secreto de la regeneración del mundo.

V

LA PERSONALIDAD EN LOS REFORMADORES MORALES

Hemos examinado, una por una, las pruebas históricas que se nos oponían, y hemos demostrado la inoportunidad de todas ellas: ya por referirse a influencias que no alcanzan al ambiente de nuestra civilización, ya por aludir a sistemas morales inferiores a la idea cristiana del deber o que carecieron de aptitud de proselitismo y realización. Todo cuanto puede concederse es que preexistiera, en las fórmulas de la moral pagana, el *concepto intelectual* de la caridad, de manera más o menos aproximada a la extensión humanitaria y a la categoría moral de deber imperativo, que dio a aquel concepto la doctrina cristiana. — Y ahora: ¿por qué los que, dentro del paganismo, o dentro de las tendencias más o menos divergentes de la sinagoga, llegaron intelectualmente al principio del amor caritativo, no dejaron tras sí más que indiferencia o ecos vanos y estériles, y sólo Jesús produjo la revolución moral que le da derecho imprescriptible a la posesión y a la gloria del principio?

Porque una cosa es formular ideas y otra muy distinta sugerir y propagar sentimientos.

Porque una cosa es exponer la verdad y otra muy distinta entrañarla en la conciencia de los hombres de modo que tome forma real y activa.

Lo primero es suficiente en los descubrimientos e invenciones de la ciencia; lo segundo es lo difícil y precioso y lo que determina la calidad de fundador, en los dominios de la invención moral.

Las revoluciones morales no son obra de *cultura* sino de *educación* humana; no se satisfacen con revelar una idea y propagarla, sino que tiene como condición esencialísima suscitar un entusiasmo, una pasión, una fe, que cundiendo en el contagio psíquico de la simpatía y, manteniéndose triunfalmente en el tiempo, concluya por fijarse y consolidarse en hábitos, y renueve así la fisonomía moral de las generaciones.

El mecanismo de la psicología colectiva no es diferente del de la psicología individual; y en la una como en la otra, para que la idea modifique el complejo viviente de la personalidad y se haga carne en la acción, ha menester trascender al sentimiento, infalible resorte de la voluntad: sin cuyo calor y cuya fuerza la idea quedará aislada e inactiva en la mente, por muy claro que se haya percibido su verdad y por muy hondo que se haya penetrado en su lógica.

Los grandes reformadores morales son creadores de sentimientos y no divulgadores de ideas.

La moral de Séneca el estoico se levanta casi tan alto como la del Evangelio; pero Séneca no sólo dejó inmóvil e indiferente el ánimo de sus contemporáneos, sino que su moral, falta del calor que se une a la luz intelectual de la convicción para refundir el carácter, no impidió que la conducta del propio Séneca siguiese el declive del egoísmo abyecto de su tiempo. — Era la suya "moral muerta", como diría Ribot.

¿Cuál es, entonces, la condición necesaria para inflamar este fuego del sentimiento, con que se forjan las revoluciones morales? — Ante todo, que el refor-

mador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento: que se apasione y exalte por su idea, con la pasión que arrostra las persecuciones y el martirio; y además, que demuestre la constancia de este amor por medio de sus actos, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente, de su palabra y su doctrina. El verdadero *inventor* de una idea en el mundo moral es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta.

Pero aún no son suficientes esas dos condiciones para que la iniciativa del apóstol alcance la virtualidad que la convierte en sustancia de los hechos históricos; ya que puede el apóstol apasionarse por su idea, y rendirle la vida en holocausto, y haberla hecho carne en su conducta, y a pesar de ello no dejar en torno de su nombre más que silencio y soledad; sino que la palabra y los actos del reformador han de tener la virtud comunicativa, el irresistible poder de sugestión, el don simpático que solemos llamar *prestigio* y que hace que, dejando de ser aquellos actos una excepción individual, se difundan por la imitación y el ejemplo: de donde concluiremos definitivamente que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo.

Considerada a esta luz, la personalidad del fundador del cristianismo asume, con preeminencia incontestable, la representación del ideal moral que selló con su martirio. Es por él por quien la caridad desciende de la región de las ideas y se convierte en sentimiento universal y perdurable; es por él por quien inflama los corazones para traducirse persistentemente en acción, y reserva un lugar, en el organismo de la ciudad, para el hospital, el asilo, el refugio de ancia-

nos, la casa de huérfanos. Apreciando de esta manera la magnitud de su obra, es como se tendrá la medida de su originalidad sublime.

No fue otra la originalidad de Buda en su medio. Cuanto hay de teórico y doctrinario en su enseñanza preexistía, y era el fondo de los libros sankias y vedantas; pero por él se transformó en sistema activo, en revolución social, en proselitismo religioso.

Concretaremos de manera más simple y breve lo que va expresado, si decimos que lo que importa en el origen de las revoluciones morales es, ante todo, la personalidad real y viva del reformador: su *personalidad;* y no, abstractamente, su doctrina.

El don de atraer las almas, que infundió la palabra de Jesús en el núcleo humilde de sus primeros adeptos, hasta el punto de darles, con esta vocación propagandista, la fuerza necesaria para resistir el peso de un imperio y una ciencia hostiles, — como la burbuja de aire que, por su fuerza infinita de expansión, equilibra el peso de la columna atmosférica: esta eficacia misteriosa y nunca igualada, no venía directamente de la doctrina del Maestro, sino, ante todo, de la maravillosa sugestión de su personalidad: de la impresión imborrable y fascinadora que dejó en el espíritu de su pobre cohorte: de la *locura de amor* que supo inflamar en torno suyo.

Éste era el talismán incontrastable que aquel grupo de hombres sin malicia llevaba consigo. — La personalidad del Maestro, viva en su memoria y en su corazón; la doctrina, propagada en alas de ese recuerdo fervoroso, de esa onda magnética de sugestión persistente: tal es el secreto de aquel triunfo único en lo humano: de esta manera fue regenerado el mundo.

No tendrá clara idea de la psicología de las revoluciones morales el que no conceda todo el valor que deba atribuírsele a este factor importantísimo de la *personalidad.*

Sócrates mismo — con no haber sido un fundador moral en el sentido de Jesús o de Buda — debió la mayor parte de su influencia real, no tanto a la profesión de una doctrina determinada y concreta — puesto que fue mucho más lo que sugirió que lo que significó y concretó — cuanto a la atracción que supo ejercer en torno suyo, a la persistencia que acertó a infundir en la impresión causada en el ánimo de los que le rodeaban, por la sugestión de su palabra y el modelo de su vida.

Hay, dentro mismo del escenario de los orígenes cristianos, un interesante ejemplo de lo que decimos. El influjo de la personalidad del fundador es hecho tan esencial, que un hombre del genio y la asimilación intuitiva de San Pablo, nunca logró compensar del todo la inferioridad en que quedó, en muchos respectos, para con los candorosos discípulos de Galilea, con no haber vivido como ellos en compañía del Maestro; con no haber presenciado por sus propios ojos las escenas de la Pasión; con no haber escuchado por sus propios oídos el Sermón de la Montaña... Bien se echa de ver en San Pablo, a pesar de toda su grandeza, que no estuvo nunca al lado de Jesús.

Y este valor de la *personalidad* de los reformadores, independientemente de lo que hay de concreto en su doctrina, adquiere singular oportunidad e importancia cuando se trata de evitar el riesgo de juzgarles con lamentable insuficiencia y estrechez, al apreciar los quilates de su originalidad y la eficacia de su influjo.

La personalidad del genio es un elemento irreduc-

tible y necesario en la misteriosa alquimia de la historia. — Hay algo de inexacto, pero hay mucho de verdadero, en la teoría de *los héroes* de Carlyle. — La fatalidad de las fuerzas naturales; la acumulación de las pequeñas causas; la obra oscura de los trabajadores anónimos; la acción inconsciente de los instintos colectivos, no excluyen el dinamismo peculiar de la personalidad genial, como factor insustituible en ciertos momentos y para ciertos impulsos; factor que puede ser traído, si se quiere, por la corriente de los otros; fuerza que puede no ser sino una manifestación o concreción superior de aquellas mismas fuerzas, tomando conciencia de sí, acelerando su ritmo y concentrando su energía; pero que, de cualquier modo que se la interprete, responde a una necesidad siempre renovada y tiene significado sustantivo. [6]

---

6 Nadie que siga con algún interés el desenvolvimiento de la filosofía de la historia, desconoce que el problema del valor relativo de la conciencia genial y de la acción inconsciente de la masa, es uno de los que con más animación y persistencia se han discutido y discuten. El influjo de Nietzsche, la nueva propagación de las doctrinas de Carlyle y de Emerson, y otras influencias, han determinado en los últimos tiempos una reacción contraria a la excesiva importancia que se concedió a la acción de la muchedumbre, y favorable al papel histórico del genio. Pero lo que importa hacer notar sobre todo es que ninguna tesis autorizada y duradera llegó nunca a la afirmación de uno solo de ambos factores y a la negación del otro; sino que todas ellas aceptan, aunque en diversa proporción y según diferentes relaciones, la necesidad complementaria de ambos. Véase, por ejemplo, cómo el individualismo histórico de Hegel, no sólo no significa negar el valor de la obra común, sino que implícitamente lo afirma, hasta el punto de que, según se considere su tesis, ya lleva a la deificación de los hombres providenciales, ya conduce a la idea de la pasividad del grande hombre, convertido en dócil instrumento que no hace sino continuar y terminar la obra de todos, y esto mismo sólo porque el azar le coloca en el punto y hora en que ella ha de terminarse. (Hegel: *Filosofía del derecho*, Prefacio). Y para ejemplo de la posición contraria, nótese cómo Le Bon, sostenedor de la preponderante eficacia de las multitudes, encarece la necesidad de la dirección individual que las polarice y oriente. (Le Bon: *Psicología de las muchedumbres*, Lib. II, Cap. III).

No se explican los impulsos enérgicos de innovación que responden a una norma ideal orgánica, sin la conciencia de un grande hombre; no se explica el origen de la caridad cristiana sin el corazón y la voluntad de un Jesús. Por eso, los que se empeñan en desconocer la realidad histórica de esta sublime figura, los que niegan la existencia personal de Jesús no reparan en que su tesis, huyendo de aceptar lo que llaman el milagro de una personalidad tan grande, incide en la suposición de un milagro mayor: el de una obra tan grande realizada por personalidades relativamente tan pequeñas como las que quedan en el medio desde el cual se propaga el cristianismo, si se elimina la personalidad del fundador. [7]

Exclúyanse — si se quiere, — por legendarias o dudosas, de la vida de Jesús, toda determinación biográfica, toda circunstancia concreta: el nacimiento en

---

7 Esta referencia a la tesis que niega la existencia personal de Jesús es oportuna, porque, a lo que parece, ella ha ganado algún auge en nuestro ambiente, a favor de la divulgación de cierto libro escrito en italiano por el señor Emilio Bossi y traducido a nuestro idioma en un volumen de la "Biblioteca contemporánea" de Granada y Ponzinibbio: libro que está en todas las manos y explota la común afición hacia los ruidos que se tiene por nuevos, aunque se hallen muy lejos de serlo; libro iliterario por la forma y vulgarísimo en el fondo, donde la conocida tesis de Ganneval — y hasta cierto punto, de Havet — se rebaja a la entonación de esa *propaganda* efectista y batallona que es en sí misma un prejuicio inconciliable con la indagación histórica de la verdad.

Esa obra, profanación de fuentes muy dignas a menudo de estudio y de respeto, no merecería la menor atención si no entrañase el género de importancia común a todos estos libros escritos *ad captandum vulgus*, que llevan en su propia inferioridad la condición triunfal de su difusión y su influencia. El autor empieza por declarar ingenuamente en su prólogo que él no entiende mucho de estas cosas... a pesar de lo cual invade y resuelve, con admirable intrepidez, las más altas y delicadas cuestiones de historia, exégesis y mitología. Fundándose principalmente en el *Origen de los cultos*, de Dupuis, dedica el señor Bossi la tercera parte de su libro a asimilar la idea de Jesús con los mitos del paganismo y las

Betlem o en Nazaret, la visita al Bautista, el grupo de pescadores, la crucifixión en el Calvario... y siempre quedará subsistente la necesidad psicológica de la existencia de la *personalidad* capaz de haber dado el impulso genial, la forma orgánica de los elementos que compusieron la doctrina, e inflamado el fuego del proselitismo. Y siempre subsistirá además la noción fundamental del carácter de esa personalidad, testimoniado por la índole de su obra, de su creación, de su ejemplo, tal como éste toma formas vivas en los actos de sus discípulos y en la moral que prácticamente instituyeron. Aseguradas la existencia personal y la sublimidad del carácter, todo lo demás es secundario. Para la justicia de la glorificación, hay bastante con ello. La imagen que, con más o menos probabilidades de exactitud plástica, recuerda esa existencia personal, lleva en sí títulos sobrados a perdurar en la venera-

---

religiones orientales. Allí se saca filo al fecundísimo argumento basado en las analogías de nombres *(Xristos y Xrestos — Cristo y Cristna — Jez-eus y Jesús)*. Allí se desarrolla, en sugestivos paralelos, la identidad palmaria y decisiva de los más salientes rasgos atribuídos a la personalidad y la vida de Jesús con los más salientes rasgos de la historia o la leyenda de Buda, y de las leyendas de Mitra, de Serapis, de Dionisos, de Adonis... No entra en la oportunidad ni en los límites de esta alusión incidental, el comentario — ciertamente, tentador — de tan altos portentos de mitología comparada. Sabido es, por otra parte, que este sufrido tema de los paralelos constituye, por excelencia, el *burgo libre* de la fantasía en los dominios de la especulación histórica. Recordamos haber leído, hace tiempo, una curiosa página, muy espiritualmente urdida, donde, sin ánimo de convencer a nadie, y sí sólo por alarde de ingenio, se *demostraba* la tesis de la irrealidad legendaria de Napoleón, convertido en una palingenesia del mito griego de Apolo, con su significado solar (como el que atribuyen estos sutiles exegetas a Cristo), y con las hazañas heroicas del dios; desenvolviéndose el paralelo a favor de semejanzas y coincidencias que hubieran resultado verdaderamente impresionantes a tratarse de una personalidad algo remota y de historia no muy precisa; sin excusarse entre tales relaciones, las del oportuno cotejo de los nombres *(Napoleón y Apolión)*.

ción de la posteridad. Si no es efigie, es símbolo. Si no es retrato, es figuración legitimada por el amor de cien generaciones.

Una vez más: las ideas, como agentes morales, sólo cobran eficacia en el caliente regazo del corazón y la voluntad humanos; y el corazón y la voluntad han de empezar por tomar formas personales en el carácter vivo de un hombre, de un apóstol, de un iniciador, para que, instituido con el modelo el ejemplo, se propague a la personalidad de los otros.

Y esto nos lleva como de la mano a examinar lo que haya de sustancia en ese aparatoso concepto de caridad *científica*, que caracteriza y expone nuestro replicante para coronar los argumentos históricos de su conferencia, y con el cual se pretende fundar la desvinculación entre la caridad que hoy se profesa y practica, y el legado inmortal del mártir del Calvario.

Mucha más seriedad implican los conocidos argumentos que se fundan en lo insuficiente y vago de las fuentes históricas de que disponemos, relativas a la persona de Jesús: sea por lo indirecto de las noticias, sea por la autenticidad insegura; sea por la mezcla del elemento milagroso y sobrenatural; sea, en fin, por las discordancias de los cuatro *Evangelios*. Pero ya se indica en el texto el límite a que alcanza esta argumentación y cómo ella no llegará nunca a destruir lo único que en definitiva importa: la infinita probabilidad de la existencia de un fundador personal, y la noción fundamental de su carácter, del modo como surge impuesta por el espíritu que infundió en quienes le siguieron y heredaron.

De la manera como está escrito el precioso libro del señor Bossi, dará idea la pintoresca acumulación de adjetivos con que se empenacha el siguiente fin de párrafo: "... el cristianismo intolerante, inmovilista, teocrático, iliberal, reaccionario, místico, ascético y visionario"! Las inculpaciones contra la moral evangélica asumen rasgos cómicos en la página 124: "Se hace mantener por las mujeres de los demás". "Se rodea de gente hambrienta". "Manda a los apóstoles que no saluden a nadie". El señor Bossi termina su libro con una invocación patética para que la humanidad subyugada por la irresistible persuasión de su palabra, se regocije de haberse librado de la pesadilla de creer en la existencia personal de Jesús, rémora de todos sus adelantos y obstáculo de todas sus aspiraciones generosas.

VI

EL SOFISMA DE LA "CARIDAD CIENTIFICA"

Cualquiera que sea el fundamento que, según las distintas concepciones morales, se reconozca para la idea de la caridad como deber humano, y ya se le dé por origen un dogma religioso, ya una ética espiritualista, o un criterio de utilitarismo, esa idea ha de pasar, de todos modos, a ser sentimiento y voluntad, si aspira a convertirse en realidad psicológica y social persistente. — Sentado esto, examinaremos si es posible rechazar, en nombre de determinada teoría del deber caritativo, la solidaridad con la obra de Jesús.

No sería necesario un análisis prolijo para encontrar en la idea de la caridad que surge *ad litteram*, de la enseñanza evangélica, mucho que rectificar, mucho que circunscribir, y por lo tanto, reales diferencias que la separan del concepto de aquella virtud a que se alude cuando se habla de una caridad que tiene por norma la utilidad común y lleva impreso el sello de la ciencia. — Como nacida de la exaltación inspirada y absoluta que es, por naturaleza de las cosas, el involucro ígneo de todas las grandes ideas que nacen — a la manera del planeta envuelto en fuego antes de consolidar su corteza — la idea de la caridad surgió del espíritu de su autor ardiendo en llamas que excluían la posibilidad de toda consideración relativa. Su concepción del bienhacer era el sacrificio de sí mismo sin límites ni diferencias. La pobreza no sólo aparecía a sus ojos como objeto de simpatía y de piedad, sino como supremo objeto de deseo y como la única condición conciliable con la práctica de la

virtud. Quien no lo diera todo, no podía entrar en el número de los discípulos, ni en el reino de los cielos. En el mendigo se glorificaba la imagen viva de la santidad. La norma de organización social era el comunismo ebionita, tal cual se realizó, con paradisíaco encanto, pero tan efímeramente como todas las organizaciones comunistas, en la primera sociedad cristiana de Jerusalén.

¿Dejará por eso Jesús de ser el fundador humano de la caridad? ¿Dejará de pertenecerle la revelación del sentimiento, la iniciativa del ejemplo eficaz? ¿Se ha suscitado otro principio por ministerio de la ciencia? ¿Convergen las corrientes del mundo moral a otro polo?

Sería necesario confundir lamentablemente los términos para atribuir ese carácter a las conquistas de la sabiduría. La ciencia no ha sustituido un principio a otro principio. La caridad que se dispensa en nuestros hospitales no es otra que la que fue enseñada en la parábola de Lázaro el mendigo y en la del lisiado del camino de Jericó. El signo veinte veces secular permanece en lo alto. Lo que la ciencia ha hecho es depurar el concepto, encauzar el sentimiento, organizar la práctica, asegurar los resultados. Y así, en las sucesivas manifestaciones de esta obra, encontrará la ciencia, para el ejercicio de la caridad, otros fundamentos y otras razones que los que sólo nacen de la igualdad fraternal en el seno de un amoroso Padre; reivindicará contra la negación absoluta de la propia personalidad, el principio del libre y armonioso desenvolvimiento de todas nuestras facultades capaces de perfección; completará la armonía de los afectos altruistas con el amor de sí mismo, que es el necesario antecedente de aquellos afectos y su límite y copar-

tícipe en el dominio de la obligación moral; demostrará que la caridad practicada sin discernimiento es una influencia desmoralizadora, y que el sacrificio inconsulto de los buenos no tendría más resultado que el triunfo y la supervivencia de los malos; enseñará a proporcionar la caridad a su objeto, establecerá para su práctica diferencias, limitaciones, prevenciones; y llegará, finalmente, a asegurar la fructuosidad del beneficio, lo proficuo de la protección, la eficacia del remedio, con todos los recursos que el estudio paciente de la naturaleza pone a disposición de los maravillosos instrumentos de la inteligencia humana.

Pero la piedra angular del edificio, el impulso, el estímulo de la obra, no han surgido de las investigaciones de la ciencia, sino que estaban en el núcleo de nuestra civilización; y el origen inconcuso de este principio esencial de nuestra civilización es el sentimiento propagado y sostenido por el ejemplo del Fundador en la vida de cien generaciones, en virtud de la fuerza moral de *imitación* que reproduce una creencia, un amor, un ideal de carácter, al través del espacio y el tiempo, como la imitación inorgánica propaga la forma de una onda en el movimiento ondulatorio y como la imitación biológica propaga un tipo individual en la reproducción de las especies.

Y ese sentimiento es y será siempre lo fundamental, lo que impulsa a la obra, lo que determina la acción, lo que mantiene vivo el fuego de la voluntad benéfica; por muchas que sean las modificaciones que el saber y la prudencia instituyan en cuanto a la manera de dirigirlo y aplicarlo.

Valgámonos de un ejemplo sugestivo. La experiencia y la ciencia de la política han depurado, en el siglo transcurrido desde la Revolución que es génesis de la

sociedad moderna, el concepto de la democracia y la república; lo han adaptado a una noción más justa del derecho, a un sentido más claro de las condiciones de la realidad; y nuestra idea de la una y de la otra es hoy muy distinta de la que profesaron y ensayaron los hombres del 89. Pero cuando queremos glorificar supremamente aquellas fórmulas de nuestra fe política, es a los hombres del 89 a quienes rememoramos y glorificamos, y son sus fechas históricas las que están universalmente consagradas para el festejo de la libertad; porque, cualesquiera que sean las deformaciones con que las interpretaron, ellos dieron a tales fórmulas el magnetismo, la pasión, que las impuso al mundo: magnetismo y pasión sin los cuales no hubieran pasado nunca las entidades abstractas; magnetismo y pasión que jamás hubieran dado de sí las especulaciones severas de los constitucionalistas, el cálculo habilidoso de los hombres de estado, capaces de rectificar y corregir, de completar la obra con toques prudentes y oportunos, pero incapaces de encender, como el apóstol, como el mártir, como el héroe, el fuego que arrebata los corazones y las voluntades y renueva el mundo por misteriosa transfiguración.

¿Acaso para que la gloria de una iniciativa persevere vinculada a un nombre, a una personalidad, a un hecho histórico, ha de ser necesario que la humanidad quede inmovilizada después de ellos, sin revisar su legado ni complementar su obra?

En el arranque de las revoluciones morales no es un hombre de ciencia el que encontrará quien apele al testimonio de la historia; sino un hombre, o una cooperación de hombres, de simpatía y voluntad. — No es un Erasmo, es un Lutero, el que realiza una Reforma. — Puede la ciencia anticipar la idea; pero ya

queda dicho que si la *idea,* como quiere Fouillée, es una *fuerza,* lo debe sólo a sus concomitantes afectivos; y a su vez, si el sentimiento es el motor de las transformaciones morales, lo debe sólo a su absoluta potestad sobre los resortes de la acción.

Es de pésimo gusto esta invocación profética y solemne del nombre de la *ciencia* fuera de lugar y de tiempo: género de preocupación apenas tolerable en los coloquios famosos de la rebotica de Homais, con que Gustavo Flaubert levantó estas deformaciones caricaturescas de la ciencia en la picota de la sátira.

Ha de darse a la ciencia lo que es de la ciencia, y a la voluntad inspirada lo que pertenece a las inspiraciones de la voluntad.

El hornillo de Fausto producirá maravillosos resultados mientras se atenga a su esfera peculiar y propia; pero no engendrará más que el *homúnculus* mezquino cuando trate de remedar la obra creadora de la Vida.

La confusión de tan conocidos límites se revela en su plenitud cuando indica el doctor Díaz la justicia de erigir junto al crucifijo, en caso de habérsele dejado subsistente, un retrato de Kant... ¿Qué he de pensar de esta idea novedosa? Sería una ridiculez pedantesca colgar la imagen de Kant de las paredes de los hospitales. Y en verdad que mal podía el ilustrado autor de la conferencia haber escogido nombre más apropiado que el de Kant para poner precisamente de relieve la inconsistencia de este género de contraposiciones, que se fundan en la identificación absurda de lo que no puede identificarse jamás: la obra del pensador con la obra del apóstol; la fórmula abstracta con la iniciativa creadora. Porque Kant personifica, por excelencia, la moral abstraída de todo jugo y calor de sentimiento,

vale decir: privada de todo dinamismo eficaz, de toda fuerza propia de realización; y en este sentido ofrece el medio de demostración más palpable que pueda apetecerse para patentizar la diferencia que va de la esfera de la ciencia pura a la esfera de la voluntad inspirada.

El moralista de Kœnigsberg podría haber vivido tantos miles de años como los dioses de la mitología brahmánica y haber razonado y enseñado otros tantos en su cátedra de filosofía, admirando, según sus célebres palabras, "el espectáculo del cielo estrellado sobre su cabeza y el sentimiento del deber en el fondo de su corazón"; y podría haber hecho todo esto sin que su moral estoica conmoviese una sola fibra del corazón humano ni hiciera extenderse jamás una mano egoísta para un llamado de perdón o para un acto de generosidad. En cambio, una palabra apasionada y un acto de ejemplo, de Jesús o de Buda, de Francisco de Asís o de Lutero, de Mahoma o de Bab, es una sugestión que convierte en dóciles sonámbulos a los hombres y los pueblos. — "Aquel que ame a su padre o a su madre más que a mí, no venga conmigo": sólo el que tiene fuerzas para decir esto e imponerlo, es el que funda, es el que crea, es el que clava su garra de diamante en la roca viva de la naturaleza humana. — ¿Cuándo adquiriría derecho el retrato de Kant para figurar, frente a la imagen de Jesús, en las salas de las casas de caridad? Cuando la moral de Kant hubiera desatado, como la de Jesús, torrentes de amor, de entusiasmo y de heroísmo; cuando hubiera impulsado la voluntad de sus apóstoles a difundirse para la conquista del mundo, y la voluntad de sus mártires a morir en la arena del Coliseo; cuando hubiera levan-

tado las piedras para edificar hospicios y los corazones para el eterno *sursum corda* de una fe.

El ejemplo puede encontrarse sin salir de junto al fundador del cristianismo. Ese Filón cuyo nombre citaba el doctor Díaz entre los de los precursores de la caridad cristiana, era lo que Jesús no fue nunca: hombre de ciencia, hombre de sabiduría reflexiva y metódica. Ajustó la tradición hebraica a los moldes del raciocinio griego, y su espíritu condensaba el ambiente de aquella Alejandría donde el saber occidental y el oriental juntaron en un foco sus luces. Y por obra de Filón, la ciencia planteó simultáneamente con las prédicas de Galilea su tentativa de legislación moral, para llegar a resultados teóricamente semejantes. ¿Cuál de ambas prevaleció; cuál de ambas dio fruto que aplacase el hambre de fe y esperanza, del mundo? — El nombre de Filón sólo existe para la erudición histórica y Jesús gobierna, después de veinte siglos, millones de conciencias humanas.

Nada hay, por otra parte, en las conclusiones de la moderna indagación científica, que, ni aun teóricamente, menoscabe la persistencia de la obra de Jesús. Si alguna relación debe establecerse entre los resultados de la ciencia en sus aplicaciones morales y sociales, y los principios de la ley cristiana, no es ciertamente la de que los unos anulen o sustituyan a los otros; sino, por el contrario, la relación, gloriosísima para el fundamento histórico de nuestra civilización, de que, buscando la ciencia una norma para la conducta individual y una base para la sociedad de los hombres, no haya arribado a conclusiones diferentes de las que estaban consagradas en la profesión de fe con que se orientó la marcha de la humanidad en el más brusco de los recodos de su senda.

Llámese al lazo social fraternidad, igualdad o solidaridad; llámese al principio de desinterés caridad, filantropía o altruismo, la misma ley de amor se impone confirmando como elementos esenciales de la sociabilidad humana, como *substratum* de todas las legislaciones durables, los viejos principios con que se ilumina en la infancia el despertar de nuestras conciencias: — "Amaos los unos a los otros". "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti". "Perdona y se te perdonará". "A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". La ley moral adoptada en el punto de partida por iluminación del entusiasmo y de la fe, reaparece al final de la jornada, como la tierra firme en que se realizase la ilusión del miraje... — ¿Quién no se arroba ante estas supremas armonías de las cosas que parecen más lejanas y discordes? Hay en la inspiración moral, como en la alta invención poética, un género de potencia adivinatoria; y lo característico, en uno como en otro caso, es anticipar por la síntesis alada de la intuición, lo que se recompondrá, tras largos y ordenados esfuerzos, con los datos menudos del análisis. — Aun los extremos, aun los desbordes del sentimiento de la caridad, tal como su excelso autor quiso generalizarlo, y que constituirían un ideal de vida inconciliable con las condiciones de la sociedad actual, pueden considerarse como el sublime anticipo de un estado de alma cuya posibilidad vislumbran en la sociedad de un porvenir muy remoto, las conjeturas de la ciencia; cuando la evolución de los sentimientos humanos y la reducción correlativa del campo de dolor y de necesidad en que quepa hacer bien a los otros, deje en los corazones un exceso libre de simpatía, determinándose así una emulación de des-

interés y sacrificio que sustituya a la competencia, todavía brutal, de la ambición y el egoísmo. [8]

No existe, pues, una caridad traída por revelación de la ciencia, que pueda oponerse, como entidad autónoma y substancialmente distinta, a la que hemos recibido de los brazos maternos de la tradición. La caridad es una sola; la caridad, como sentimiento, como voluntad, como hábito, como fuerza activa: la que levanta asilos y recoge limosnas y vela junto al lecho del dolor, no es sino una; y el fundador de esta caridad en la civilización que ha prevalecido en el mundo, es Jesús de Nazaret; y la conciencia humana lo reconocerá y lo proclamará por los siglos de los siglos.

VII

EL SIGNO

Pero aun dejando por encima la significación histórica del fundador del cristianismo, y aun cuando quede demostrado lo indisoluble del lazo que le une a la idea de la caridad, la argumentación que se nos opone encuentra todavía punto en que estribar, para desconocer el respeto que se debe a su imagen. El crucifijo, se arguye, no es Jesús. El crucifijo tiene su significado propio, independiente del mártir a quien en él se representa; y es en ese concepto en el que se le repudia y proscribe.

Negamos, desde luego, que cualquier otro simbolismo que quepa atribuir al crucifijo, pueda prevalecer sobre el que intuitivamente surge de su sencilla apariencia. El signo histórico, el supremo símbolo del

8 Véase Spencer, *Fundamentos de la moral*, Cap. XIV.

cristianismo, es y será siempre la cruz. Cuando se busca una imagen, un emblema, que materialice y ponga inmediatamente a los ojos de quien lo mire la idea de la regeneración del mundo, la gran tradición humana del cristianismo, despertando de una vez todas las asociaciones de sentimientos y de ideas que abarca la virtud sugestiva de tan excelsos recuerdos, no se encuentra otra figura que la de los dos maderos cruzados. Y el crucifijo no es más que la última y definitiva forma en el desenvolvimiento iconográfico del signo de la cruz. No importa que el signo completo no surgiera simultáneamente con la expansión y propagación del nuevo espíritu, sino siglos más tarde. Los emblemas que los primitivos cristianos alternaban con el de la cruz, quedaron sepultados en el seno de las catacumbas, y prevaleció el que recordaba plásticamente el martirio con que fue consagrada la idea. Luego, al instrumento del suplicio se añadió la figuración del [9] cuerpo del mártir, y el signo adquirió su integridad y plenitud [10] expresiva, para que, llegado el despertar glorioso de las artes, lo perpetuasen en metal, en piedra, en madera, en marfil, en tintas de color, los grandes orfebres, los grandes estatuarios y los grandes pintores de una de las más lozanas primaveras del ingenio humano: Benvenuto Cellini, Donatello, Velázquez, Van Dick... No se menosprecia con el mote grosero de *fetiches* estas formas sensibles en que cuaja la savia de idealidad y entusiasmo de una fe secular, desenvolviéndose en el espíritu de las generaciones humanas; a la manera como la imaginación inconsciente que combina líneas y colores en las obras de la natu-

9 P.: "del propio cuerpo del mártir".
10 P.: "y su plenitud".

raleza, remata los laboriosos esfuerzos de un proceso orgánico con la forma inspirada de una flor, con la flámula viva de un penacho de ave. No se inventan, ni reemplazan, ni modifican en un día estos signos seculares: se les recibe de los brazos de la tradición y se les respeta tal como fueron consagrados por la veneración de las generaciones. El crucifijo no estaba en manos de Pablo ni de Pedro, ni sobre el pecho de los mártires del circo, ni en los altares ante los cuales se amansó la furia de los bárbaros. No por eso deja de significar el crucifijo la gloria de tales tradiciones: estuvo, antes de todas ellas, en realidad y carne humana, en la pelada cima del Gólgota... y aun cuando no hubiera estado, suya es la virtud de evocarlas y animarlas juntas en el recuerdo de la posteridad.

Pero no se repudia sólo al crucifijo por ajeno a la significación del verdadero espíritu cristiano; se le repudia también por execrable. ¿Y en qué consiste el carácter execrable del crucifijo? Aquí el distinguido conferenciante remonta su oratoria al tono de la indignación, abraza de una síntesis arrebatada el espectáculo de los siglos, y se yergue triunfante con las pruebas de que el crucifijo ha presidido a muchas de las más negras abominaciones de que haya ejemplo en la memoria de la humanidad; desde los excesos de las Cruzadas, hasta las crueldades de las guerras de religión y de las persecuciones de herejes. ¿Qué importa que en su significación primera — se pregunta — simbolizase o hubiese podido simbolizar una idea de amor, de libertad, de redención? El crucifijo propició el ensañamiento de los cruzados contra los musulmanes de Omar; estuvo en manos de los victimarios de la noche de Saint-Barthélemy; acompañó los desbordes sangrientos de la conquista de América; presenció en

las paredes del tribunal del Santo Oficio las sentencias que ahogaban la libertad del pensamiento humano; y es hoy mismo, en los fanáticos de Rusia, el signo que incita a la matanza de los judíos de Bielostock... Luego, el crucifijo ha perdido su significación original; la ha desnaturalizado y pervertido, y, lejos de ser emblema de salud y de vida, es sólo signo de opresión, de barbarie y de muerte.

No será necesario apurar mucho los ejemplos para demostrar que con la aplicación de este criterio estrecho y negativo — si ha de entenderse que los grandes símbolos históricos pierden su significado original e intrínseco en manos de quienes los desnaturalizan y falsean en el desborde de las pasiones extraviadas, recordándose exclusivamente, para caracterizarlos, todo lo que se haya hecho de ignominioso y funesto a su sombra, y nada de lo que a su sombra se haya hecho de glorioso y concordé con su genuina significación moral — no habrá símbolo histórico que quede puro y limpio después de apelarse a la deposición testimonial de la historia, porque todos rodarán confundidos en la misma ola de sangre, lágrimas y cieno.

La bandera tricolor, el iris de la libertad humana, la enseña victoriosa de Valmy y de Jemmapes, impulsaba, apenas nacida, el brazo del verdugo, y cobijaba con su sombra las bacanales sangrientas del Terror, no menos infames que la matanza de Saint-Barthélemy; y propiciaba después, en las conquistas de Napoleón el grande, las iniquidades de la invasión de Rusia y de la invasión de España; y resucitaba para servir un día de dosel, con la traición del dos de diciembre, a la consagración cesárea de Napoleón el chico. — Luego, la bandera tricolor, el iris de la propaganda revolucionaria, el guión de los ejércitos de

Carnot, no es signo de esperanza y de gloria, sino de ferocidad, de opresión y de conquista.

La bandera de Mayo, el cóndor blanco y celeste de los Andes, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, militó durante veinte años en los ejércitos de Rozas, y flameaba en Santos Lugares sobre el alcázar de la tiranía, y se encharcaba en sangre en los degüellos de la "Mazorca", y era destrozada a balazos por los hombres libres que defendían el honor de la civilización americana dentro de los muros de Montevideo. — Luego, la bandera de Mayo, el *palládium* de la revolución de América, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, está imposibilitada de merecer el homenaje de los buenos, maculada ante la conciencia de la historia, prostituida por lo infinito de la posteridad.

¿A dónde nos llevaría la lógica de este puritanismo feroz? — A la condena inexorable de toda enseña o símbolo que no hubiera sido secuestrado, desde el momento de nacer, dentro de las vitrinas de un museo. — La acción histórica y el contacto con la realidad implican, para la idea que se hace carne en un emblema, en un señuelo de proselitismo, la profanación y la impureza: tan fatalmente como la exposición al aire libre implica para la hoja de acero la oxidación que la empaña y la consume.

El criterio de simpatía, de tolerancia y de equidad, planteará las cuestiones de muy distinta manera y las resolverá con más honor para la especie humana. — ¿Eran los principios programados en la *"Declaración de los derechos del hombre"* los que se aplicaban en el instrumento de muerte que hizo rodar mil quinientas cabezas humanas en quince días, y los que amarraban a Francia al despotismo de los césares? No, sino

absolutamente los contrarios. Luego, la bandera en que se propagó la declaración de los derechos del hombre, la tricolor de las victorias de la libertad, permanece en la entera posesión de su significado y su gloria. — ¿Eran los principios sustentados en la revolución de Mayo los que encarnaba la tiranía vencida con la alianza extranjera en los campos de Caseros? No, sino absolutamente los contrarios. Luego el símbolo de la revolución de Mayo, la bandera cuya tradición inspiraba a los enemigos de la tiranía, queda firme y sin mácula en la cumbre de su dignidad histórica. ¿Eran los principios sellados con el martirio del Calvario los que se realizaban en la noche de Saint-Barthélemy y en el atropello alevoso del cortejo de Atahualpa, y son ellos los que se realizan en las matanzas de judíos de Bielostock? No, sino absolutamente los contrarios. Luego, el signo del Calvario, la imagen del que anatematizó toda matanza, todo odio, guarda ilesa e intacta su significación sublime, para veneración y orgullo de la humanidad.

Sólo con la aplicación de este criterio amplio y ecuánime podrá salvar la justicia histórica una tradición que no se presente enrojecida con la mancha indeleble de las manos de Macbeth; sólo así podrá instituirse en la memoria de los hombres un Panteón donde se reconcilien todas las reliquias venerandas, todos los recuerdos dignos de amor y de piedad.

Imaginemos que el crucifijo representase, exclusiva o eminentemente, la unidad católica, tal como prevaleció desde el bautismo de los bárbaros hasta la definitiva constitución de las nacionalidades europeas y el impulso de libertad de la Reforma. Aun en este caso, de ninguna manera rehuiría, por mi parte, sostener la tesis afirmativa, en cuanto al respecto histó-

rico que se le debe. Sería el signo que presidió a la asimilación y la síntesis de los elementos constitutivos de la civilización moderna, durante mil años de reacciones y esfuerzos proporcionados a la magnitud de la obra que había de cumplirse. La denigración histórica de la Edad Media es un tema de declamaciones que han quedado, desde hace mucho tiempo, relegadas a los estudiantes de quince años en las clases de Historia Universal. La honda comprensión de las cosas pasadas, con sus consiguientes adelantos de exactitud y de justicia, es una de las imperecederas conquistas del siglo de los Thierry, los Macaulay y los Mommsen. Ya no se infaman épocas enteras de la historia del mundo: se las explica y comprende, y eso vale mucho más. La historia no es ya una forma retrospectiva de la arenga y el libelo como en los tiempos de Gibbon y Voltaire. La historia es, o bien un camposanto piadoso, o bien un laboratorio de investigación paciente y objetiva; y en cualquiera de ambos conceptos, un recinto al que hay que penetrar sin ánimo de defender tesis de abogado recogiendo en él, a favor de generalizaciones y abstracciones que son casi siempre pomposas ligerezas, armas y pertrechos para las escaramuzas del presente. Quien tenga desinteresado deseo de acertar, ha de acercarse a ese santuario augusto, purificado de las pasiones del combate, con un gran fondo de serenidad y de sinceridad, realzadas todavía por una suficiente provisión de simpatía humana, que le permita transportarse en espíritu al de los tiempos sobre que ha de juzgar, adaptándose a las condiciones de su ambiente. Las instituciones que han quedado atrás en el movimiento de la civilización y que ya sólo representan una tradición digna de respeto — y en su persistencia militante, una fuerza regresiva — han te-

nido su razón de ser, y sus días gloriosos, y han prestado grandes servicios al progreso del mundo; y es precisamente en el terreno de la historia donde menos puede vulnerárselas. — Para oponerse a los esfuerzos reaccionarios del clericalismo, no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna; como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repudiar para la Francia la gloria de Marengo y Austerlitz y para combatir la persistencia política y social del caudillaje no necesitamos nosotros desconocer la fuerza fecunda y eficaz que representó la acción de los caudillos en el desenvolvimiento de la revolución de América. — ¿Imagina acaso el doctor Díaz que diez siglos de historia humana se tiran al medio de la calle bajo la denominación común de ignominia, ignorancia, crueldad, miseria, rebajamiento y servilismo? — Los tiempos en que él no ve más que un proceso de "degradaciones tenebrosas", son en realidad una esforzada lucha por rasgar, para los gérmenes soterrados de civilización, la dura corteza de los aluviones bárbaros; y es sin duda en el transcurso de esa lucha cuando la acción histórica del cristianismo presenta títulos más incontestables a la gratitud de la posteridad; porque si el naufragio de la civilización fue desastroso, hubiera sido completo sin el iris que el signo de la cruz levantaba sobre los remolinos tenaces de la barbarie; y si el despertar de la cultura intelectual fue difícil y lento, hubiera sido totalmente imposible sin la influencia de la única fuerza espiritual que se alzaba frente a la fuerza bruta, y reservaba, en medio de la guerra universal, un rincón de quietud para la labor de colmena de los escribas monacales, y salvaba el

tesoro de las letras y las ciencias antiguas en los códices que, llegada la aurora del Renacimiento, romperían, merced a la invención de Gutenberg, sus oscuras crisálidas para difundirse por el mundo. Relea el doctor Díaz, sin ir más allá, las páginas que el gran espíritu de Taine ha consagrado en su estudio de *El antiguo régimen* a delinear la estructura de la sociedad anterior a la Revolución; y acaso refrescará muy oportunos recuerdos, y acaso reconocerá la necesidad de modificar buena parte de sus prejuicios y de limitar no pocas de sus abominaciones.

Otro tanto podría decirse en lo que respecta a alguna otra alusión de las que acumula el doctor Díaz en su síntesis de las tradiciones infamantes de la cruz y, singularmente, a la que se refiere a la conquista de América. — ¿Todo en la conquista fue oprobio y ferocidad; todo en ella fue abominación y exterminio; y cuanto en ella hubo positivamente de condenable a la luz de la razón serena, ha de imputarse a la sugestión maldita de la cruz? — ¿Por qué recordar, si se aspira a la severa equidad del juicio histórico, que la cruz representó en Cajamarca la sanguinaria brutalidad de la conquista, y olvidar que representó, en Guanahaní, el nacimiento de la América a la vida de la civilización, la primera luz de nuestro espíritu, el pórtico de nuestra historia? — ¿Por qué recordar que estuvo en manos de Valverde para excitar al sacrificio de los indios, y olvidar que estuvo en manos de Las Casas para interponer ante el pecho de los indios un escudo de misericordia? — ¿Por qué recordar que fue, con Torquemada, el signo oprobioso de las iniquidades inquisitoriales, y olvidar que fue en la mente de Isabel la Católica el estímulo para ganar y redimir un mundo? — ¿Por qué recordar al verdugo tonsu-

rado y olvidar al evangelizador capaz del martirio? — ¿Por qué recordar al fraile que mata y olvidar al fraile que muere?

Bien es verdad que para la justicia histórica del elocuente conferenciante, cuyo género de liberalismo recuerda, en esto como en otras muchas cosas, la fórmula absoluta del sectarismo religioso: "fuera de lo que yo creo, no hay virtud ni salvación", el misionero que se arroja a propagar su fe en climas lejanos, no hace cosa mejor que "imponer por la violencia el crucifijo, como un yugo de servidumbre, sobre la cabeza de las razas inferiores". — No lo sospechaba Víctor Hugo cuando, en una página inspiradísima de *Los Castigos*, antes de marcar con el hierro candente de su sátira a los dignatarios del alto clero que agitaban el turíbulo de las alabanzas en la cohorte palaciega del gran corruptor del 2 de diciembre, — entonaba un himno conmovido y conmovedor ante el cadáver del fraile decapitado en las misiones de la China por predicar allí la moral del Evangelio. — La espontaneidad del corazón y el criterio de la equidad consisten en honrar la vocación del sacrificio dondequiera que se la encuentre: bajo la sotana del fraile como bajo la blusa del obrero o la pechera deslumbrante del príncipe; y en glorificar la propaganda de la civilización, cualquiera que sea el abanderado de la gran causa humana: así el *pionneer* que se abisma en el fondo del desierto con el hacha que traspasa los bosques, como el misionero que, con la Biblia católica o la Biblia protestante en la mano, se acerca a remover la soporosa conciencia de la tribu.

Por lo demás, no es interpretar fielmente el espíritu de los hechos concretar en la significación del *cruci-*

fijo como emblema histórico, los motivos que han determinado su condena. Cualquiera otra imagen del fundador del cristianismo, aparte de la que le presenta clavado en la cruz, cualquiera otra imagen: cuadro o estatua, hubiera sido sentenciada indistintamente a proscripción. ¿Es o no cierto? Luego, la condena va dirigida contra la glorificación de Jesús, que la suspicacia jacobina no concibe separada del culto religioso ni admite que pueda interpretarse de manera que allí mismo donde el creyente ve el *icono* objeto de su veneración, el no creyente vea la imagen representativa del más alto dechado de grandeza humana.

Juan Carlos Gómez acariciaba en su mente profética un pensamiento que ya se ha convertido en realidad. Soñaba que se levantase un día sobre una de las cumbres de la Cordillera, a modo de numen tutelar de la civilización americana, engrandecida por la confraternidad de todas las razas que se acogen a su seno, y por la fructificación de las esperanzas y los ideales que ha alentado la humanidad en veinte siglos, una colosal estatua del Redentor del mundo, erguida allí, como sobre un agigantado Tabor, en la eterna paz de las alturas, bajo el signo indeleble del Crucero... Juan Carlos Gómez pensaba como un furibundo ultramontano, y la realización de su sueño implica un privilegio ofensivo para millares de conciencias humanas que ven levantarse en su horizonte la imagen de un dios en que no creen; y lo implicará mientras no se levanten también en las cumbres circunvecinas, formando tabla redonda, otras semejantes estatuas de Buda, de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Filón... y de Kant.

VIII

¿JACOBINISMO?

Concluye su refutación el doctor Díaz exponiendo su concepto del liberalismo en relación con la idea de tolerancia, que di por característica, en mi carta, al espíritu liberal. — El criterio en que se funda ese concepto es genuinamente jacobino, y confirma este nombre de *jacobinismo* que apliqué a las iniciativas y tendencias cuya defensa ha asumido el conferenciante.

Contestando en esta parte al doctor Díaz, explicaré el porqué de la expresión al joven e inteligente escritor que me ha hecho cargos en las columnas del semanario evangelista por el empleo, que juzga inadecuado, de tal nombre.

El jacobinismo no es solamente la designación de un partido famoso, que ha dejado impreso su carácter histórico en el sentido de la demagogia y la violencia. El jacobinismo es una forma de espíritu, magistralmente estudiada y definida por Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea.* — La índole de la acción histórica y de la dominación del jacobinismo está virtualmente contenida ya en los datos esenciales de su psicología; pero estos caracteres esenciales se manifiestan y reconocen sin necesidad de que su exaltación suprema en el estallido de las crisis revolucionarias, los pongan en condición de deducir las últimas consecuencias prácticas y activas de su lógica. — La idea central, en el espíritu del jacobino, es el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad, con todas las irradiaciones que de este absolutismo parten para la teoría y la conducta. Así, en su relación con las creencias y convicciones de los otros, semejante

idea implica forzosamente la intolerancia: la intolerancia inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia; incapaz de percibir la parte de verdad que se mezcla en toda convicción sincera y el elemento generoso de idealidad y de belleza moral que cabe hallar unido a las más palmarias manifestaciones de la ilusión y del error, determinando a menudo una fraternidad de móviles y sentimientos que se levanta por encima de los deslindes de ideas y vincula con lazos más íntimos que los que establece la escuela, el partido o la secta, a los hombres que militan para el mundo en campos distintos. — Y como aptitud igualmente inconciliable con su índole, falta al jacobinismo el sentido *humano* de la realidad, que enseña a olvidar los procedimientos abstractos de la lógica cuando se trata de orientarse en el campo infinitamente complejo de los sentimientos individuales y sociales, cuyo conocimiento certero será siempre la base angular de todo propósito eficaz de educación y reforma.

La misma *facultad dominante* que se halla en el fondo de los excesos brutales, pero indisputablemente sinceros, de la tiranía jacobina, constituye el fondo de la intolerancia puramente ideológica e inerme que inspira una página o una arenga neo-jacobínas sobre puntos de religión, filosofía o historia; aunque para llegar del uno al otro extremo haya que salvar grandes distancias en el desenvolvimiento lógico de la misma pasión, y aunque para no pasar de cierto grado, en la transición del uno al otro, es indudable que sería suficiente en muchos casos la fuerza instintiva del sentido moral. — El nombre, pues, clasifica con indistinta exactitud ambas formas de intransigencia fanática, relacionándolas por una analogía más funda-

mental que las que se basan en la materialidad de los hechos o las apariencias; así como las clasificaciones de los naturalistas ordenan, bajo un mismo nombre genérico, especies aparentemente diferentísimas, pero vinculadas por un rasgo orgánico más hondo que los que determinan la semejanza formal.

El antecedente teórico de la tendencia jacobina es la filosofía de *La Enciclopedia:* la ideología de Condillac, de Helvecio, de Rousseau, expresión del mismo espíritu de lógica y de dogmatismo que había engendrado, alrededor de ideas aparentemente opuestas, la filosofía católica y monárquica del siglo de Luis XIV, con la argumentación oratoria de Bossuet y la "razón *razonante*" de Descartes. — Y el jacobinismo, como doctrina y escuela, persiste y retoña hasta nuestros días, en este género de seudo-liberalismo, cuya psicología se identifica en absoluto con la psicología de las sectas: el mismo fondo dogmático; la misma aspiración al dominio exclusivo de la verdad; el mismo apego a la fórmula y la disciplina; el mismo menosprecio de la tolerancia, confundida con la indiferencia o con la apostasía; la misma mezcla de compasión y de odio para el creyente o para el no creyente.

No cabe duda de que la filiación directa de esta escuela seudo-liberal se remonta a la filosofía revolucionaria del siglo XVIII, a la filosofía que fructificó en la terrible lógica aplicada del ensayo de fundación social del jacobinismo, y que, por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neocatólica de Chateaubriand y Bonald: cuando se escribían y divulgaban *Las Ruinas de Palmira;* cuando se admiraba a Holbach y a La Mettrie; cuando las religiones aparecían como embrollas monstruosas, urdidas calculada-

mente por unos cuantos impostores solapados y astutos, para asentar su predominio sobre un hato de imbéciles, soporte despreciable de las futuras creencias de la humanidad.

El criterio histórico era, en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida e inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la historia: la Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo, — eran condenadas de plano, sin la piadosa excepción de un hecho o un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas. — Si renunciando a la implacabilidad de sus odios, aquella filosofía se levantaba alguna vez a la esfera de la tolerancia, jamás pasaba de la tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire o de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renán o un Sainte-Beuve, sino sólo en una fría lenidad intelectual. — Y todos estos rasgos característicos se mantienen en las escuelas que representan, más o menos adaptado a las condiciones del pensamiento contemporáneo, el mismo espíritu; con la diferencia — no favorable, ciertamente, para éstas, — de que la filosofía de *La Enciclopedia* tenía, para sus apasionamientos e injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo.

Todo el sentido filosófico e histórico del siglo XIX — si se le busca en sus manifestaciones más altas, en las cumbres que son puntos persistentes de orienta-

ción, — concurre a rectificar aquel estrecho concepto del pensamiento libre, y aquella triste idea de las cosas pasadas, y aquel pobre sistema de crítica religiosa. — El pensador, en el siglo XIX, es Goethe, levantando la tolerancia y la amplitud a la altura de una visión olímpica, en que se percibe la suprema armonía de todas las ideas y de todas las cosas; es Spencer, remontando su espíritu soberano a la esfera superior desde la cual religión y ciencia aparecen como dos fases diferentes, pero no inconciliables, del mismo misterio infinito; es Augusto Comte, manifestando a cada paso su alto respeto histórico por la tradición cristiana y tomándola como modelo en su sueño de organización religiosa; es Renán, obteniendo de la explicación puramente humana del cristianismo el más sólido fundamento de su glorificación, y manteniendo vivo, a pesar de su prescindencia de lo sobrenatural trascendente, un profundo sentido de religiosidad; es Taine, declarando que la civilización europea no podría dejar extinguirse en su seno el espíritu cristiano sin provocar una recrudescencia de barbarie, e instaurando el más severo proceso del jacobinismo práctico y teórico; es Carlyle, llevando su capacidad de simpatía hasta sentir el germen de idealidad y superiores anhelos que despunta en el fetichismo del salvaje; es Max Müller, aplicando al estudio de las religiones tantos tesoros de ciencia como de intuitiva y piadosa sensibilidad; y es Thierry y es Sismondi y es Viollet-le-Duc y es Fustel de Coulanges, reconstruyendo la voluntad, el pensamiento y las instituciones sociales y políticas de los siglos más desdeñados o calumniados de la historia, para concurrir así a demostrar que no se interrumpió en ellos la acción del *nisus* secreto que empuja la conciencia de la humanidad a la realización

de un orden, al cumplimiento de una norma de verdad y de belleza.

El sentido de la obra intelectual del siglo XIX es, en suma, la tolerancia; pero no sólo la tolerancia material, la que protege la inmunidad de las personas, la que se refiere a derechos y libertades consignables en constituciones y leyes; sino también, y principalmente, la tolerancia espiritual, la que atañe a las relaciones de las ideas entre ellas mismas, la que las hace comunicarse y cambiar influencias y estímulos, y comprenderse y ampliarse recíprocamente: la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter.

No le agrada esta tolerancia al distinguido portavoz del "Centro Liberal", que ve en ella una suerte de claudicación pasiva; y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo. — Dando a la *verdad* y el *error* en cierto género de ideas, la significación absolutamente precisa, con que se ilusionan todos los espíritus dogmáticos; que excluye cuanto hay de subjetivo y relativo en las opiniones de los hombres; que prescinde de la eterna plasticidad y el perpetuo *devenir* de las fórmulas de la verdad, reduciendo la complexión infinita del pensamiento humano a la simplicidad de una lucha teogónica entre un Ormuz todo claridad y un Ahrimán todo tinieblas, concluye que no hay tolerancia legítima con el *Error* encarnado en ideas o instituciones, sino que la *Verdad* ha de perseguirlo sin tregua ni misericordia, para que no envenene las conciencias, y que esta implacable hostilidad y represión es "una grande obra de amor humano". Criterio permanente de todas las intolerancias; criterio con que se han autorizado y legiti-

mado todas las persecuciones por motivos de ideas, y que constituye, desde luego, la exacta repetición de las razones que han estado siempre en labios de la iglesia católica para justificar la persecución de la herejía. Porque, como nadie que tiene una fe o una convicción absoluta, deja de considerar que la verdad está con él y sólo con él, es obvio que, proclamada la vanidad o la culpabilidad de ser tolerante con las instituciones y las ideas erróneas, nadie dejará de reivindicar exclusivamente para sí el derecho de ejercer esa tolerancia lícita, plausible y redentora, en opinión del conferenciante, que consiste en perseguir al error, acorralarlo y extinguirlo, sin consentirle medio de difundirse e insinuarse en las almas. — Siempre habrá mil respuestas, absolutamente distintas, pero indistintamente seguras de sí mismas, para la eterna pregunta de Pilatos: "¿Qué significa la verdad?".

¿Por qué inutilizas, monje de la Edad Media, ese precioso manuscrito, para emplear el pergamino en trazar las fórmulas de tus rezos? Porque lo que dice es falso y lo que yo voy a estampar encima es la verdad. — ¿Por qué incendias califa musulmán, los libros de la biblioteca de Alejandría? Porque si no dicen más que lo que está en mi Ley, que es la verdad, son innecesarios; y si dicen lo que no está en mi Ley, son mentirosos y blasfemos. — ¿Por qué rompes, cristiano intolerante de los primeros siglos, esas bellísimas estatuas de Venus, de Apolo, de Minerva? Porque son dioses falsos que disputan su culto al Dios de la verdad. — ¿Por qué despedazas, sectario calvinista, las imágenes de ese templo de Orleáns? Porque mi interpretación de la Biblia, que es la verdadera, me dice que son ídolos del error. — ¿Por qué profanas, gobierno revolucionario, las naves de Nuestra Señora de

París? Porque allí tiene su nido la mentira que estorba el paso a mi verdad. — ¿Por qué arrojas al fuego, inquisidor español, esos tesoros de literatura oriental, de Salamanca? Porque quien los conociere podría tentarse a abandonar la verdad por el error. — ¿Por qué incluyes en tu *índex*, Pontífice romano, tantas obras maestras de la filosofía, la exégesis y la literatura? Porque represento la Verdad y tengo el deber de guardar para ella sola el dominio de las conciencias.

En el desenvolvimiento de esta lógica, es bien sabido que las personas mismas, en sus inmunidades más elementales y sagradas, no quedan muy seguras... Todo está en que se entenebrezca el horizonte y se desate la tormenta. Y así, todas las intolerancias que empiezan por afirmar de modo puramente ideal y doctrinario: "Soy la eterna, exclusiva e inmodificable verdad", pasan luego, si hallan la ocasión propicia, a auxiliarse del "brazo secular" para quemar libros o romper estatuas, cerrar iglesias o clausurar clubes, prohibir colores o interdecir himnos; hasta que el último límite se quebranta, y las personas no son ya más invulnerables que las ideas y las instituciones; y partiendo por rumbos diametralmente opuestos, se unen en el mismo culto de Moloc — como caminantes que, dando la vuelta redonda, se asombrasen de llegar al mismo punto — Torquemada y Marat; Jacobo Clement y Barère; los sambartolomistas y los septembristas; el Santo Oficio y el "Comité de Salud Pública"; los expulsores de moros y judíos y los incendiarios de iglesias y conventos.

IX

CONCLUSION

Falso concepto de la tolerancia que censura tiene el doctor Díaz, cuando supone que ella excluye la acción, en los partidarios de la libertad, dejando libre el campo a los avances enemigos. Las condiciones de la acción no son otras que el derecho y la oportunidad. Lo legítimo de la acción represiva empieza donde se prueba que el derecho de alguno ha ultrapasado sus límites para perjudicar al de otros. Y la hora de una iniciativa ha sonado cuando se demuestra el interés social que la hace necesaria u oportuna. No serán las agitaciones liberales, *per se*, las que puedan disgustarnos, sino lo gratuito e inoportuno de ellas. No es el movimiento anticlerical en sí mismo, sino su vana provocación con actos como el que discutimos, desacertados e injustos, que aun cuando no lo fueran, estarían siempre en evidente desproporción de importancia para con la intensidad de los agravios que causan y de las pasiones que excitan. — Dígasenos cuál es la acción fecunda a que se nos convoca en nombre de la libertad; indíquesenos dónde está concretamente la reforma que sea necesario, justo y oportuno hacer práctica; y si reconocemos la necesidad y sentimos la justicia y vemos la oportunidad, acompañaremos sin vacilar la iniciativa y ni aun nos importará que ella haya de realizarse a costa de esas turbulencias que son la protesta inevitable de la tradición y la costumbre. Pero suscitar primero la agitación para buscar después pretextos que la justifiquen, tocar primero a rebato para descubrir después el peligro a que deba correrse; componer primero la tonada para después

idear la letra que haya que ajustar a su ritmo, eso no puede parecernos más que fuerza perdida y bulla estéril, propia para alborotar a los muchachos y sacar a luz toda la prendería de las declamaciones antipapales y antiinquisitoriales, pero absolutamente vana para cuanto signifique un adelanto positivo en la marcha de las ideas, una conquista sólida en el sentido del pensamiento libre.

¡Pensamiento libre!... He aquí otro motivo de consideraciones que bien merecerían una prolija atención si estos artículos no se hubieran dilatado ya más de lo justo. — ¿Piensa por ventura el doctor Díaz que no hay más que romper el yugo de los dogmas católicos para adquirir la libertad de pensar? El libre pensamiento es cosa mucho más ardua y compleja de lo que supone la superficial interpretación común que le identifica con la independencia respecto de la fe tradicional. Es mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior*, a que pocos, muy pocos alcanzan. Pensar con libertad, o no significa sino una frase hecha, o significa pensar por cuenta propia, por esfuerzo consciente y racional del propio espíritu; y para consumar esta preciosa emancipación y para adquirir esta difícil capacidad, no basta con haberse libertado de la autoridad dogmática de una fe. Hay muchas otras preocupaciones, muchos otros prejuicios, muchas otras autoridades irracionales, muchos otros convencionalismos persistentes, muchas otras idolatrías, que no son la fe religiosa, y a los cuales ha menester sobreponerse el que aspire a la real y efectiva libertad de su conciencia. Todo lo que tienda a sofocar dentro de una fórmula preestablecida la espontaneidad del juicio personal y del raciocinio propio; todo lo que signifique un molde

impuesto de antemano para reprimir la libre actividad de la propia reflexión; todo lo que importe propósito sistemático, afirmación o negación fanáticas, vinculación votiva con cierta tendencia incapaz de rectificarse, es, por definición, contrario a la libertad de pensamiento. Y por lo tanto, las organizaciones pseudo-liberales que entrañan la guerra incondicional y ciega contra determinada fe religiosa, excluyendo la posibilidad de diferenciar, de discernir, de hacer las salvedades y excepciones que la justicia exija, en cuanto a la tradición histórica o en cuanto a las manifestaciones actuales de esa fe, — vale decir: excluyendo la posibilidad de un ejercicio leal e independiente del criterio personal — son en sí mismas una persistente negación del pensamiento libre.

Si para llamarse a justo título *librepensador* bastara con inscribirse en los registros de una asociación de propaganda y participar de los odios anticlericales, dependería de un acto de voluntad, — menos aún: de un movimiento reflejo, — el ser efectivamente librepensador; pero el hecho es que poder llamárselo con verdad es cosa difícil: tanto, que para que el libre pensamiento pudiera ser la característica psicológica del mayor número, se requeriría en la generalidad de los espíritus un estado de elevación mental que hoy no es lícito, ni aun con el mayor optimismo, reconocer sino en un escaso grupo. Fácil sería demostrar, en efecto, que la gran mayoría de los hombres, los que forman multitud para echarse a la calle en día de mitin y auditorio numeroso con que llenar salas de conferencias para aplaudir discursos entusiastas, no pueden ser, dado el actual nivel medio de cultura en las sociedades humanas, verdaderos *librepensadores*. Y no pueden serlo — si se da a esa pa-

labra el significado que real e íntimamente tiene y no el que le atribuye el uso vulgar — porque lo que creen y proclaman y juran, aunque marque el grado máximo de exaltación en punto a ideas liberales, no ha sido adquirido por vía de convencimiento racional, sino por prejuicio, por sugestión o por preocupación. La misma docilidad inconsciente y automática que constituía en lo pasado el populoso cortejo de los dogmas religiosos, constituye en nuestros días el no menos populoso cortejo de las verdades científicas vulgarizadas y de las ideas de irreligiosidad y libertad que han llegado al espíritu de la muchedumbre. — Muchísimos son — valga esto de ejemplo — los que, aun en capas muy inferiores, intelectualmente, del vulgo, están enterados de que la tierra se mueve alrededor de sí misma y alrededor del sol. Pero entre cien que lo *saben*, habrá dos o tres que sean capaces de probarlo. Los demás quedarían absolutamente desconcertados si se les exigiera una demostración de que no tienen noticia o que nunca han analizado por sí mismos para comprenderla; pero no por eso dejan de abrigar la íntima seguridad de lo que dicen, hasta el punto de que no vacilarían en aceptar, en favor de ello, una apuesta en que les fuese la fortuna o la vida. La multitud cree, pues, en la autoridad de la ciencia, por fe, por adhesión irracional, por docilidad hipnótica: por motivos absolutamente ajenos a la activa intervención de su raciocinio; como hubiera creído, a nacer dos siglos antes, en la autoridad de la fe religiosa y en los dogmas que esta autoridad impone. Y lo que se dice de las verdades científicas, puede, con doble fundamento, decirse de las ideas morales y sociales. Muy pocos son los que se encuentran en el partido, escuela o comunión de ideas a que pertenecen, por examen

propio y maduro, por elección de veras consciente, y no por influencias recibidas de la tradición, del ambiente o de la superioridad ajena. Mientras el nivel medio de cultura de la humanidad no alcance muchos grados más arriba, no hay que ver en ningún género de proselitismo un convencimiento comunicado, por operación racional, de inteligencia a inteligencia, sino una obra de mera sugestión. Si sugestionados son la mayor parte de los que llevan cirios en las procesiones, sugestionados son la mayor parte de los que se burlan de ellos desde el balcón o la esquina. El sueño y la obediencia del sonámbulo, con los que Tarde ha asimilado la manera cómo se trasmite y prevalece la fuerza social de imitación, siguen siendo el secreto de toda propaganda de ideas y pasiones. No hay por qué sublevarse contra esto, que está todavía en la naturaleza de las cosas humanas; pero propender a que deje de ser tal la ley de la necesidad, es la gran empresa del pensamiento libre.

Y entendido y definido así el libre pensamiento, ¿qué será necesario para aumentar el número, forzosamente reducido aún, de los que pueden llamarse *librepensadores?* Tratar de aumentar el número de los hombres capaces de examinar por sí mismos antes de adoptar una idea, antes de afiliarse en una colectividad, antes de agregarse a la manifestación que ven pasar por la calle, antes de prenderse la divisa que ven lucir en el pecho del padre, del hermano o del amigo. Y como esta capacidad depende de los elementos que proporciona la cultura y del recto ejercicio del criterio, se sigue que la tarea esencial para los fines del pensamiento libre es educar, es extender y mejorar la educación y la instrucción de las masas: por cuyo camino se llegará en lo porvenir, si no a

formar una mayoría de *librepensadores* en la plena acepción de este concepto, — porque la superior independencia de toda sugestión, preocupación y prejuicio siempre seguirá siendo privilegio de los espíritus más enérgicos y penetrantes, — por lo menos a asegurar en la mayor parte de los hombres una relativa libertad de pensar. — Éste es el liberalismo, para quien atienda a la esencia de las cosas y las ideas; éste es el pensamiento libre, que, como se ve, abarca mucho más e implica algo mucho más alto que una simple obsesión antirreligiosa; y el procedimiento con que puede tenderse eficientemente a su triunfo es, lo repito, el de la educación atinada y metódica, perseverante y segura, que nada tiene que ver con organizaciones sistemáticas conducentes a sustituir un fanatismo con otro fanatismo; la autoridad irracional de un dogma con la autoridad irracional de una sugestión de prejuicios; el amor ciego de una fe con el odio ciego de una incredulidad.

Abandone, pues, el doctor Díaz su generosa ilusión de que todos los que concurren a oírle son *librepensadores* y de que su aplauso es la sanción consciente del libre pensamiento. Mucho le aplaude ahora su auditorio; pero si extremara la nota y subiera el tono de sus invectivas, no le quepa duda de que aun le aplaudiría mucho más. Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices. En arte, como en moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio del espíritu de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá más que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí

donde el criterio cultivado percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas, para elegir entre ellos aquel en que esté el punto de la equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos: el del *sí* y el del *no*, el de la afirmación absoluta y el de la negación absoluta, para arrojar de un lado todo el peso de la fe ciega y del otro lado todo el peso del odio iracundo.

Esto es así y es natural y forzoso que sea así, desde que la diferenciación de los matices implica un grado de complejidad mental que sería injusto y absurdo exigir del espíritu de la multitud. Es más: quizá conviene, en ella, esta inferioridad relativa; porque el modo como puede ser eficaz la colaboración de la multitud en los acontecimientos humanos, es el de la pasión fascinada e impetuosa, que lleva con ceguedad sublime a la heroicidad y al sacrificio, y que no se reemplazaría de ninguna manera en ciertos momentos de la historia: semejante la muchedumbre en esto al hombre de genio en la fundación moral o la acción, que también debe su fuerza peculiar a lo absoluto de su fe, a su arrebato y obsesión de alucinado. El día en que intelectualizásemos al pueblo, para que su pensamiento fuera real y verdaderamente libre; el día en que lográsemos darle la aptitud de comparar y analizar ¿quién sabe, después de todo, si este don del análisis dejaría subsistir la virtud de su omnipotente entusiasmo?...

Pero no se trata aquí de discutir con quien es vulgo, sino con quien se levanta muy arriba del vulgo; y por eso cabe preguntar si la fuerza empleada en adaptarse al ambiente de la vulgaridad no tendría mejor

empleo en propender a elevar la vulgaridad al nivel propio.

El doctor Díaz tiene méritos y condiciones con que aspirar a triunfos mucho más altos que el de estas propagandas y estos discursos.

Su liberalismo es probablemente el de la mayoría: se lo concedo sin dificultad.

¿Será también el que, en el inmediato porvenir, prevalezca y se realice en el mundo?

No es imposible.

No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que — según augures pesimistas suelen profetizarlo — la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada a la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, a una de esas situaciones de universal nivelación, en que el opresor, — persona o multitud, César o plebe, — reclama a un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual a refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen a los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

Si ése es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos a no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo. — Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad que concretó las primeras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón, y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la

tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, — seguirá siendo, en mayoría o minoría, el paladión del derecho de todos — y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción!

APENDICE

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y LA CRITICA [11]

Señor don R. Scafarelli.

Estimado amigo:

No me pasó inadvertida, cuando tuvo usted la amabilidad de poner en mis manos el opúsculo de que es autor, [12] cierta desconfianza suya respecto de la disposición de ánimo con que yo lo leería y juzgaría. Pensaba usted que llegaba a tienda de enemigo, y que su obsequio era la espada que se ofrece caballerescamente por la empuñadura. He de decir a usted en qué acertó, y en qué proporción, mucho mayor, no acertó.

Del punto de vista de las ideas, grande es la distancia que nos separa. Si sólo como profesión de ideas hubiera yo de considerar su opúsculo, resultaría quizá que no habría en él dos líneas que no suscitasen en mí el impulso de la contradicción y, en ocasiones, el sentimiento de protesta y de angustia con que se asiste al espectáculo de un espíritu capaz de desplegar con amplia libertad su vuelo y a quien contienen y limitan las trabas de dogmas difícilmente conciliables con los fueros de la libre investigación y de la razón independiente.

---

11 Por exponer ideas que se relacionan con las de los anteriores artículos, y en cierto modo las complementan, incluyo aquí esta carta.

12 "El Mártir del Gólgota".

Pero si en sus páginas no hubiese más que la escueta exposición de las ideas, ellas no tendrían otro interés que el que consistiría en proponer una vez más al debate dogmas cien mil veces confesados, cien mil veces negados, cien mil veces controvertidos. Hay algo más que considerar en lo que usted ha escrito, y algo más hondo y original que las ideas; y es el espíritu personal, el sentimiento *ambiente*, el aroma de la fe que se entreabre en un alma joven y entusiástica y la embalsama e inspira: y éste es el interés intenso que su libro entraña, esto lo que le da valor moral y estético, ésta la nota que le redime de la vulgaridad.

Por otra parte, aunque en la clasificación de las ideas ocupemos campos distintos, no hallo en mi espíritu repugnancia ni dificultad para ponerme al unísono del suyo, como lo exige la ley de simpatía que es fundamento de toda crítica certera, a fin de comprenderle y juzgarle. Nada me irrita más que la religiosidad mentida, máscara que disfraza con la apariencia de una fe propósitos temporales de más o menos bajo vuelo; y la religiosidad tibia, frívola y mundana, sin profundidad y sin unción, *dilettantismo* indigno; y la groseramente fanática, que degrada al nivel de las brutales *disputas de los hombres* las ideas que más excelsamente deben levantarse sobre toda baja realidad. Pero crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa, dondequiera que ella se manifieste, cualesquiera que sean los dogmas a que viva unida. Ante el fervor que brota del recogimiento del corazón, y presta alas de inspiración al pensamiento, y trasciende a la conducta en caridad y amor, respeto y admiro. Jamás me sentiré tentado a encontrar objeto de desprecio o de burla en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, enfer-

vorizando al espíritu que lo profesa, percibo un hondo y personal sentimiento del impenetrable misterio de que son símbolos o cifras todos los dogmas.

La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz más que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae, y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las más hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento. Nos inquietarán siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de donde venimos, el fin adonde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas, quede fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita, que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe. De este punto de vista, la legitimidad de las religiones es evidente. Flaquean en lo que tienen de circunscripto y negativo; flaquean cuando pretenden convertir lo que es de una raza, de una civilización o de una era: el dogma concreto y las fórmulas plásticas del culto, en esencia eterna e inmodificable levantada sobre la evolución de las ideas, los sentimientos y las costumbres. Y flaquean aún más y justifican la protesta violenta y la resistencia implacable, cuando, descendiendo de la excelsa esfera que les es propia, invaden el campo de los intereses y pasiones del mundo, convertidas en instrumentos de predominio material, que hieren con los filos de la intolerancia y aspiran a imponerse por la represión de las conciencias.

Si tuvieran la noción clara de sus límites, nada faltaría para sellar por siempre su convivencia amistosa

con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana. "La posición central de las religiones es inexpugnable", ha dicho Herbert Spencer en aquel maravilloso capítulo de *Los Primeros Principios* que se intitula *Reconciliación*, y en el que la austeridad del pensamiento científico llega — sin otra fuerza patética que su propia desnuda eficacia — a producir en nuestro ánimo conmovido el sentimiento de concordia, de paz, de beatitud, con que el espectador del teatro antiguo asistía, en el solemne desenlace de la tragedia, a la solución y purificación de todo conflicto de pasiones: efecto de serenidad ideal que constituye el más alto de los triunfos, así en la esfera del pensamiento especulativo como en la del arte.

Yo, que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y de la vida, y en mis veneraciones históricas, encuentro en nuestro *librepensamiento* latino una tendencia a la declamación *forense* — eterna enemiga de la austera *Mens* interior — y una unilateralidad y una ausencia de delicadeza y penetración intuitiva para llegar al espíritu de las religiones y comprender y sentir su eterno fondo inefable, que le dejan a cien leguas de las inspiradas intuiciones de un Carlyle, cuyo sentido profundo alcanza hasta iluminar el germen noble de idealidad y superiores anhelos que despunta en la adoración temblorosa del salvaje ante el grosero fetiche. — El pensamiento francés es mi encanto; y con todo, muy rara vez he encontrado en autores franceses, aun los más sutiles, aun los más hondos, página donde se establezca la posición de la conciencia libre frente al problema religioso, de manera que plenamente me satisfaga. Ernesto Renán es una excepción. Hay en la manera como este extraordinario espíritu toca cuanto se relaciona con el senti-

miento y el culto del eterno Misterio, un tacto exquisito y una facultad de simpatía y comprensión tan hondas que hacen que se desprenda de sus páginas — *escépticas y disolventes* para el criterio de la vulgaridad — una real inspiración religiosa, de las más profundas y durables, de las que perseveran de por vida en el alma que ha recibido una vez su balsámica unción.

El libre pensamiento, tal como yo lo concibo y lo profeso, es, en su más íntima esencia, la tolerancia; y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también; no ha de ser sólo actitud apática, consentimiento desdeñoso, fría lenidad, sino cambio de estímulos y enseñanzas, relación de amor, poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena con la intuición de que nunca será capaz el corazón indiferente.

Y más que cualesquiera otras, son las cuestiones religiosas las que requieren este alto género de tolerancia, porque son aquéllas en que por más parte entra el fondo *inconsciente* e inefable de cada espíritu, y en que más se ha menester de esa segunda vista de la sensibilidad que llega adonde no alcanza la perspicuidad del puro conocimiento.

Con esa tolerancia he leído, sentido y comprendido su libro; yo, que, si como objeto de análisis fríamente intelectual hubiera de tomarlo, sólo hallaría motivo en él para una crítica estrecha y negativa. En general, con esa tolerancia encaro cuanto leo, si reconozco en ello sinceridad; ya se trate de religión, de ciencia, o de literatura. En la educación de mi espíritu, de una cosa estoy satisfecho; y es de haber conquistado, merced a una constante disciplina interior — favorecida por cierta tendencia innata de mi naturaleza mental —

aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, remontados sobre sus estrechas determinaciones personales, percibir la nota de verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado.

Por eso, del libro suyo que vino a mí no puede decirse que viniera a real de enemigo. ¿Quién habla de enemistad cuando se trata de las confidencias de ideales y esperanzas, que se cruzan de corazón a corazón, de conciencia a conciencia? La enemistad por razón de ideas es cosa de fanáticos: de los fanáticos que creen y de los que niegan. Las almas generosas hallan en la misma diferencia de sus ideas, y en los coloquios que de esta diferencia nacen, el fundamento de una comensalía espiritual. Nos encontramos en el camino; usted me habla de su fe y del amor que le tiene con sinceridad y entusiasmo; yo le escucho con interés. Cuando me llegue el turno, yo le hablaré, con igual íntima verdad, de la manera como a mi alma se impone la atracción del formidable enigma, y de lo que creo, y de lo que dudo; y usted me escuchará también, y así ambos saldremos ganando; porque lo único que no deja beneficio al espíritu es la falsedad, es la vulgaridad, es la pasión fanática; es el sermón del clerizonte zafio, sin caridad ni delicadeza; es la invectiva del jacobino furibundo, sin elevación ni cultura mientras que siempre hay algo que aprender en lo que piensa y siente sobre las cosas superiores un alma lealmente enamorada del bien y la verdad.

Créame su affmo. amigo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

FIN

INDICE

	Pág.
Prólogo	VII
Biografía	LIV
Criterio de la Edición	LV
Ariel	1
Liberalismo y Jacobinismo	93